

La obra que el lector tiene en sus manos fue pensada como una oportunidad que nos brindó esta fecha para preguntarnos por el quehacer del conocimiento social en el marco educativo que representa el programa de Historia en la región y el país. Este proyecto ha asumido la tarea de fortalecer y reforzar la importancia de las ciencias sociales. Una labor que paulatinamente ha cambiado de la misma manera como lo ha hecho el programa, pues no debe olvidarse que éste tiene antecedentes en la propia universidad en el año de 1969 (21 años después de la fundación de la Universidad) con la creación del Instituto Superior de Historia de Colombia (Acuerdo 056 del 20 de mayo de 1969).

En el marco de este tránsito académico de veinticinco años, la memoria social aquí recopilada acude a los profesores que dieron origen al programa de Historia.


ISBN: 978-958-8777-48-1
9 789588 777481



RELATOS DE LA ESCUELA

Orígenes del Programa de Historia

Álvaro Acevedo Tarazona
Compilador

Colección
Escuela de Historia - 25 años

RELATOS DE LA ESCUELA

Orígenes del Programa de Historia

RELATOS DE LA ESCUELA
Orígenes del Programa de Historia

Álvaro Acevedo Tarazona
Compilador

Dirección Cultural





Colección Escuela de Historia 25 años
Bucaramanga, 2013

Colección "Escuela de Historia, 25 años"
N°6.: "RELATOS DE LA ESCUELA
Orígenes del Programa de Historia

Compilador: Álvaro Acevedo Tarazona

Dirección Cultural
Universidad Industrial de Santander

Rector UIS: Álvaro Ramírez García
Vicerrectora Académica: Janeth Aidé Perea Villamil
Vicerrector Administrativo: Luis Eduardo Becerra Ardila
Vicerrector de Investigación y Extensión: David Alejandro Miranda Mercado
Director de Publicaciones: Óscar Roberto Gómez Molina
Dirección Cultural: Luis Álvaro Mejía Argüello

Diseño: Cart Spim / cartspim@gmail.com
Impresión: División de Publicaciones UIS
Comité Editorial: Gabriel Samacá Alonso, Álvaro Acevedo Tarazona,
Luis Álvaro Mejía A.

Primera edición: Julio de 2013

ISBN: 978-958-8777-48-1

Dirección Cultural UIS
Ciudad Universitaria Cra. 27 calle 9.
Tel. 6846730 - 6321349 Fax. 6321364
divcult@uis.edu.co
Bucaramanga, Colombia
Impreso en Colombia

Contenido

Presentación

En sus 65 años de existencia la Universidad Industrial de Santander ha venido brindando cada vez más espacios y acompañamiento a los estudios sociales y humanísticos como parte de su proyecto educativo institucional. Baste recordar cómo en los años sesenta se creó el primer programa relacionado con las Ciencias Humanas, y luego, desde los años ochenta hasta entrado el siglo XXI, se configuró paulatinamente una Facultad de Ciencias Humanas que hoy cuenta con varios programas de pregrado, especialización y maestría. Precisamente, la Escuela de Historia cumplió el año anterior sus primeros 25 años de existencia, fecha de relevancia para nuestra institución, pues constituye una de las principales experiencias académico-formativas de la UIS en el camino de consolidación de las Ciencias Sociales en Colombia.

Uno de los indicadores más importantes en el mundo académico para dar cuenta del cumplimiento de la misión institucional de las universidades es la generación de nuevo conocimiento. El apoyo a eventos académicos, ya sea en su organización o en la participación de docentes y estudiantes, los programas de becas y, en general, toda clase de estímulos para la investigación, contribuyen al fortalecimiento de los programas y al posicionamiento de la universidad como

institución. Durante sus veinticinco años de labores, la Escuela de Historia y sus profesores han contado con el respaldo de la institución para difundir los resultados de sus proyectos de investigación, especialmente por intermedio del *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, el VI Coloquio de Estudios Históricos de los estudiantes del programa –en su VI versión– y varios libros publicados por la editorial de la Universidad.

Entre ellos, cabe destacar las memorias, en texto impreso, del VIII Congreso Colombiano de Historia y, en versión digital, del XIII, organizados por la UIS y la Asociación Colombiana de Historia en los años de 1992 y 2006, respectivamente; la colección bibliográfica dedicada a la historia de los procesos de poblamiento de las provincias de Santander y, más recientemente, la colección bicentenaria de la independencia nacional con una producción investigativa que supera la veintena de títulos. A estos resultados se pueden sumar compilaciones de eventos académicos organizados por la Escuela de Historia, trabajos de investigación de pregrado y maestría, compilaciones documentales como el libro sobre las constituciones santandereanas del siglo XIX y, últimamente, una producción de investigaciones y textos sobre la memoria del conflicto en Colombia y de la historia del tiempo presente o de nuestros días.

Con motivo del primer cuarto de siglo de labores del programa de Historia, la Rectoría y la Dirección Cultural de la Universidad Industrial de Santander, se han propuesto apoyar una colección bibliográfica que recoge algunos de los más recientes desarrollos investigativos de profesores y egresados. El lector interesado encontrará obras sobre historia de la educación nacional en perspectiva regional, historia de la salud pública, la justicia y la criminalidad, el hecho religioso, entre otros campos de reflexión historiográfica

que se vienen abriendo un lugar en Santander y el país. Sin abandonar las tendencias más importantes que han caracterizado la historiografía elaborada desde la UIS, dirigida a la historia política y regional, la colección que presentamos pretende ampliar el horizonte sobre el devenir regional y nacional con nuevas temáticas de la historiografía actual.

Los 25 años del programa de Historia han sido también una oportunidad única para recopilar la memoria de los profesores que dieron origen al mismo, y que con su trabajo docente, investigativo y de extensión dejaron su impronta en las primeras generaciones de historiadores que formaron.

Con la publicación de estos trabajos también esperamos confirmar y mantener el compromiso de la institución por contribuir no solamente con la promoción de los logros científicos y profesionales de los docentes y egresados del programa de Historia, sino por tender puentes de diálogo con la sociedad.

Como rector de la Universidad Industrial de Santander y conocedor de su configuración histórica como la casa de estudios más importantes del nororiente colombiano, me complace entregar a la comunidad de interesados en los temas históricos este nuevo proyecto editorial liderado por la Escuela de Historia y la Dirección Cultural de la Universidad Industrial de Santander. Esperamos que el oficio de los historiadores en la búsqueda de respuestas cada vez más elaboradas sobre el acontecer permita hacernos a mejores y más claros argumentos para diseñar el futuro de la institución y, en la medida de nuestras posibilidades, de la región y la sociedad colombiana.

Álvaro Ramírez García
Rector - Universidad Industrial de Santander

25 AÑOS EN LA MEMORIA Y LA HISTORIA

Álvaro Acevedo Tarazona

El programa de Historia de la Universidad Industrial de Santander fue abierto en 1987, gracias al esfuerzo de una generación de profesionales de diferentes disciplinas sociales y de la disposición de las autoridades universitarias de aquel momento. Esta apuesta académica logró salir avante en el seno de una casa de estudios que para entonces no tenía una tradición institucional, profesional y disciplinaria en las ciencias sociales. Esto no ha significado que a lo largo de la existencia del programa de Historia y de su Escuela no se haya contado con el acompañamiento y apoyo institucional en el desarrollo de las diferentes actividades académicas y los proyectos investigativos y de extensión.

Cumplir 25 años de labores en el campo de la historiografía profesional en Colombia no puede más que llamar a la celebración. Esta ocasión debe también animar un sentido reflexivo y crítico con el devenir de la disciplina histórica. El encuentro de diferentes trayectorias vitales y académicas de los distintos actores que han contribuido a posicionar la ciencia histórica en nuestra universidad y en la región debe ser un motivo más para pensar en esta efeméride. Ha pasado cierto tiempo desde que las asignaturas con cierto contenido histórico eran parte de unos cursos complementarios para ingenieros y profesionales de la salud. El tránsito hacia la especialización y el

consiguiente nivel de autonomía de la disciplina histórica no fue un caso excepcional en Santander. Baste recordar que otras unidades académicas de Historia en el país experimentaron un camino similar, inicialmente separándose de las facultades de Filosofía y Letras y de saberes complementarios para todo tipo de programas académicos.

La obra que el lector tiene en sus manos fue pensada como una oportunidad que nos brindó esta fecha para preguntarnos por el quehacer del conocimiento social en el marco educativo que representa el programa de Historia en la región y el país. Este proyecto ha asumido la tarea de fortalecer y reforzar la importancia de las ciencias sociales. Una labor que paulatinamente ha cambiado de la misma manera como lo ha hecho el programa, pues no debe olvidarse que éste tiene antecedentes en la propia universidad en el año de 1969 (21 años después de la fundación de la Universidad) con la creación del Instituto Superior de Historia de Colombia (Acuerdo 056 del 20 de mayo de 1969).

El Instituto Superior de Historia estuvo vigente y con actividades hasta el año de 1980, fecha en que las Humanidades fueron reformadas en la universidad. Este cambio creó una sección de materias de Historia a cargo de los diferentes profesores con los que se contaba. La necesidad de crear un programa de Historia condujo a que los profesores Armando Gómez, Libardo León Guarín, Ariel Díaz Osorio y Liliana Cajiao presentaran un proyecto para tal fin en octubre de 1984 (Acuerdo 94). Tres años después comenzó a funcionar formalmente el programa de Historia. Trece años después, siendo director de la Escuela de Historia Armando Gómez Ortiz, se realizó un balance sobre la actividad académica e investigativa del programa. Este balance del año 2000 mostró resultados favorables en la creación de conocimiento y en la realización de eventos

académicos e investigativos. Paralelo a la actividad académica del programa fue creado en el año de 1988 el Centro de Documentación e Investigación Histórica Regional (acuerdo 76 del 3 de junio 1988).

Hoy La Escuela de Historia mantiene una actividad académica e investigativa de impacto regional y nacional. Cuatro grupos de investigación adscritos a la Escuela y la Facultad de Ciencias Humanas afirman el compromiso de crear conocimiento histórico: Grupo de investigaciones Históricas sobre el Estado Nacional Colombiano; Políticas, Sociabilidades y Representaciones Histórico-Educativas (PSORHE); Historia, Archivística y Redes de Investigación; Sagrado y Profano: Grupo de Estudios del Hecho Religioso.

Esta actividad académica e investigativa se reafirma con la publicación del Anuario de Historia Regional y de las Fronteras en su XVIII número, editado desde el año de 1995 e indexado en categoría B. Cabe destacar también que la Escuela cuenta hoy con la novena generación de estudiantes de maestría de Historia, programa que inició labores el 2 de agosto de 1994. El Archivo Histórico, el Centro de Conservación Documental y el Museo Arqueológico son otras realizaciones de la Escuela en su actividad académica, investigativa y de extensión. En este año de 2013 el programa de Historia obtuvo el registro calificado en Historia y Archivística y ha emprendido su proceso de acreditación. Ya en el año 2006 el programa de Historia había sido acreditado

En el marco de este tránsito académico de veinticinco años, la memoria social aquí recopilada acude a los profesores que dieron origen al programa de Historia. Cabe advertir que lo consignado es responsabilidad del compilador de esta edición. La memoria no es apolítica o aséptica, de hecho puede

ser manipulable y ajustada generacionalmente para coincidir con las justificaciones de la existencia grupal o para tomar partido con las reivindicaciones colectivas. En un mismo tiempo coexisten memorias diferentes e incluso divergentes. Incluso estando en el mismo espacio y tiempo, la memoria no remite a un hecho objetivo; el sujeto reconstruye una memoria social según las interpretaciones de su vitalidad, sin descontar omisiones y olvidos o intenciones políticas o ideológicas.

Reconociendo este carácter selectivo de la memoria, las voces aquí reunidas rememoran diferentes puntos de vista desde los que se experimentó el surgimiento de esta apuesta profesional y disciplinaria. Profesores como Libardo León Guarín, Ernesto Rueda Suárez, Ariel Díaz Osorio y Blanca Inés Prada representan aquella generación de docentes que comparten las luchas y esfuerzos por persuadir a las directivas universitarias de crear una nueva unidad académica dedicada al estudio del acontecer santandereano y nacional. Jairo Gutiérrez Ramos, Liliana Cajiao Valdivieso, Armando Martínez Garnica, William Buendía Acevedo, Leonardo Moreno González y Amado Guerrero Rincón evocan en estos primero años los ires y venires por darle un sentido de formación al programa. Por diferentes razones no se pudo contar con los testimonios de los profesores Juan Alberto Rueda, Susana Valdivieso Canal y Gloria Rey. Aquí tampoco se encuentran las voces de Orlando Zafra, Mauricio Ortiz Paipa y Conchita Badillo Luna, además de egresados del programa y administrativos profesionales quienes de seguro permitirían construir una visión más completa de lo que ha sido el programa de Historia en sus 25 años de existencia.

Esperamos que este libro pueda servir de inspiración para realizar más adelante una historia de

las ciencias sociales en la Universidad Industrial de Santander. Una historia que tiene en la memoria de sus protagonistas una fuente inigualable por el significado y reconstrucción vivencial de este devenir.

El conjunto de entrevistas que conforman este volumen fueron realizadas por la historiadora Edna Lucía Joya. El proceso de trascripción y revisión de los textos contó con la colaboración de los egresados del programa de Historia Diego Jaimes, Gabriel Samacá Alonso y Gimena Gutiérrez.

Como parte de un curso de Seminario de Tópicos Especiales ofrecido a los estudiantes del pregrado, el maestro en Historia Luis Rubén Pérez Pinzón sistematizó en el año 2006 un trabajo de entrevistas a varios profesores y egresados de la Escuela. El trabajo relata el proceso de creación del pregrado en Historia de la UIS y el estado en que se hallaba el programa en ese momento.

Agradecemos especialmente al profesor Jairo Gutiérrez por contribuir, además de su testimonio, con un escrito evocativo sobre los orígenes del programa de Historia de la UIS.

MEMORIA SOBRE LOS ORÍGENES DEL PROGRAMA DE HISTORIA DE LA UIS

JAIRO GUTIÉRREZ RAMOS

La memoria, según nos enseñó Paul Ricoeur[1], es a lo sumo un eventual insumo de la historia o, más frecuentemente, pasto inexorable del olvido. Producto de la evocación personal, refleja siempre una imagen subjetiva del pasado, y por tanto suele manifestarse altamente contaminada por los afectos de quien se arriesga a invocar los fantasmas que habitan las oscuras sombras de los tiempos idos.

No hablaré en lo posible del pasado más reciente. Ese cuasi presente que no es necesario recordar, porque es memoria viva. Prefiero referirme a los orígenes, ya depurados por las aguas lustrales del olvido. ¿Hubo tiempos mejores? Claro que no, pero eso nos hace creer la engañosa memoria. Todos, cuando llega el momento de la evocación, nos inventamos una infancia feliz, una alegre juventud... ese tiempo pasado que en nuestras remembranzas parece siempre mejor que el "oscuro presente".

Pero no son sólo las tristes nostalgias de los viejos las que se dejan seducir por las trampas insidiosas de la memoria. También las instituciones, las sociedades, chicas y grandes, "primitivas" o "modernas", se inventan un pasado glorioso, un mito originario, una ilusoria "edad de oro".

1 RICOEUR, Paul. *Memoria, Historia y Olvido.* México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

Haciendo uso de ese sacrosanto derecho a falsear lo que realmente aconteció, y que la "memoria" individual o colectiva interesadamente manipula a su antojo, voy a tomarme la libertad de imaginar que el Programa de Historia de la UIS, cuyo breve cuarto de siglo celebramos, tuvo también como lo impone el canon, un respetable origen. En consecuencia, esto no es ni pretende ser "historia". Si mucho, un deshilvanado cronicón inevitablemente contaminado por mis propios recuerdos.

En los inicios de los años 80, cuando se comenzó a gestar la idea de crear una carrera de Historia en la UIS, la universidad, la ciudad y el país, como casi siempre desde que tenemos memoria, oscilaban entre el caos y la esperanza.

En el país, las andanzas desaforadas y catastróficas de los carteles del narcotráfico se sumaban a la ya por entonces añosa actuación de variopintos grupos guerrilleros. En esos tiempos de optimismo revolucionario, prácticamente cada una de las tendencias marxistas (que no eran pocas), tenía su propio "brazo armado". Al menos media docena de grupos guerrilleros combatían en los campos y, por primera vez, una guerrilla urbana, el M-19, amenazaba también a las ciudades. Al desasosiego nacional no podía escapar una región que había sido cuna de un beligerante sindicalismo petrolero y que había visto crecer en sus montañas al ELN y a un combativo movimiento estudiantil en su universidad, encabezado por la célebre Asociación Universitaria de Estudiantes de Santander, AUDESA.

Pero a la par con la lucha armada y la protesta social, la vida intelectual y académica se manifestaba con vigor y creatividad. En las Ciencias Sociales se disputaban el campo las distintas concepciones del

marxismo con la innovadora, ecléctica y criolla "teoría de la dependencia". Por su parte, el *boom* literario latinoamericano alcanzaría la cima del Nobel en 1982 con la exaltación de Gabriel García Márquez, mientras las artes plásticas reflejaban su originalidad en las obras ya consagradas de Obregón, Grau y Botero. En ese mismo año se inauguraba en la ciudad, como una promesa de irradiación cultural, la nueva sede de la Biblioteca Gabriel Turbay, tenazmente impulsada por su gestor, el escritor Jorge Valderrama Restrepo y en donde, en esos inolvidables años de gloria, tuvimos el placer de escuchar a personajes de la talla de Rafael Gutiérrez Girardot, Pedro Gómez Valderrama o Rafael Humberto Moreno Durán.

Y en el ámbito que aquí nos interesa, desde los años 70, las novedosas interpretaciones del pasado nacional agenciadas por los voceros de la "Nueva Historia" ya había asentado sus reales en las universidades, y en el decenio siguiente se disputaría enconadamente el terreno de la enseñanza media con la "historia académica" o "tradicional", detentora hasta entonces del monopolio discursivo en ese estratégico espacio pedagógico.

En la incipiente Facultad de Ciencias Humanas de la UIS, entre tanto, arrastraba sus pasos todavía en 1980 el Instituto Superior de Historia de Colombia, establecido 10 años antes por iniciativa de la Academia de Historia de Santander, siguiendo el modelo establecido por la Academia Colombiana de Historia para la formación de los docentes de secundaria encargados de la enseñanza de las asignaturas propias de esta área disciplinar que entonces todavía tenía identidad propia y presencia activa en los programas de enseñanza media. Y a decir verdad, no dejaba de ser paradójico que en una universidad que se había caracterizado por la virulencia de un movimiento estudiantil que había

propiciado agudos y lúcidos debates políticos en sus masivas asambleas y movilizaciones, albergara en su seno ese curioso enclave de tradicionalismo. Pero las "humanidades", al fin y al cabo, no eran más, y siguen siéndolo, lastimosamente, "asignaturas de relleno" o "costuras" como desdeñosamente las ha llamado siempre el grueso de los ingenieros y sus aprendices.

Pero ya iniciado el decenio de los 80, esa anomalía resultaba insostenible. No sólo los tiempos, las gentes también eran otras. Al cuerpo docente del Departamento de Ciencias Sociales de entonces habían retornado los profesores expulsados en la purga que siguió a la agitación universitaria de comienzos de los 70, a los que se sumarían jóvenes profesionales formados en el fragor de esas luchas ideológicas y sociales. La hegemonía académica de la "Nueva Historia" era ya indiscutible en el ámbito universitario colombiano, y la UIS no podía seguir siendo la excepción. A la consolidación de esta idea contribuyeron además un par de hechos fortuitos, pero determinantes.

El primero de ellos fue la conmemoración del Bicentenario de la Rebelión Comunera en 1980, la cual trajo consigo no sólo las celebraciones protocolarias sino la estimulante confrontación de diversas interpretaciones de la misma, desde la tradicional que sostenía que este movimiento de rebeldía popular había constituido la antesala de la Independencia, pasando por aquellas que lo leían como una clara expresión de la lucha revolucionaria de clases[2], hasta aquella, aún más escandalosa, propuesta por un gringo insolente que se atrevía a sostener que la venerada "Revolución Comunera" no había sido más que una revuelta popular que invocaba la autoridad soberana del rey para deshacer los entuertos inferidos por

2 POSADA, Francisco. *El Movimiento Revolucionario de los Comuneros*. Bogotá: Siglo XXI, 1975; GARCÍA, Antonio. *Los Comuneros, 1781-1981*. Bogotá: Plaza y Janes, 1986.

una burocracia inepta y arbitraria[3]. De esta manera, mediante la chocante pretensión de demoler un mito histórico profundamente arraigado en la conciencia colectiva, llegaron a la apacible parroquia bumanguesa las escandalosas propuestas de la "Nueva Historia". Este saludable revulsivo mental puso a más de uno a pensar en la conveniencia de instaurar en la región un contrapeso a la apabullante y anacrónica hegemonía de la historiografía tradicional.

Si el hecho anterior fue obra del inexorable titán Cronos, el segundo lo fue de la voluble diosa Fortuna. En una triste noche del año 83, un preso agobiado por el calor y el hastío lanzó inadvertida o perversamente una colilla a la celda vecina, a juicio las autoridades del municipio el más seguro depósito para resguardar su más valioso tesoro: el archivo histórico de la colonial ciudad de San Juan Girón. Allí ardieron sin remedio valiosos documentos. Pero, ¿valiosos para quién? No para quienes los habían puesto en custodia del carcelero del pueblo, ciertamente. En todo caso, al revolcón de la conciencia histórica que trajo consigo la celebración comunera, se le añadía ahora el de la mala conciencia que entrañaba ese evidente desdén por un "glorioso pasado" convertido en cenizas. Este segundo, casual y desafortunado evento dio origen a una urgente misión de rescate del medio chamuscado, remanente de ese valioso patrimonio documental. El Banco de la República adoptó el proyecto, lo dotó de equipos y presupuesto, e intentó, hasta donde pudo, recuperar el malogrado archivo histórico de Girón. Un argumento más para consolidar la idea de establecer un centro de formación de historiadores profesionales que se hiciera responsables no sólo del uso, sino también del rescate del tan descuidado como rico patrimonio documental de la región. Ese fue el germen envenenado y doloroso de nuestro actual Archivo Histórico Regional.

3 PHELAN, John L. *El Pueblo y el Rey*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1980.

Ente tanto en la UIS, en su aún endeble Facultad de Ciencias Humanas se trabajaba con empeño en su consolidación. Pequeños grupos de profesores de distintas especialidades se propusieron la tarea de diseñar nuevas carreras que airearan y fortalecieran la Facultad que por entonces sólo contaba con los programas de Licenciatura en Idiomas y Trabajo Social. Se generaron entonces proyectos orientados a la creación de las carreras de Música, Psicología e Historia.

A la cabeza del grupo encargado de construir el programa de Historia se puso el propio decano, el sociólogo egresado de la Universidad Nacional y posgraduado en la Unión Soviética, Libardo León Guarín, secundado por el recién vinculado historiador Armando Gómez Ortiz, formado también en Moscú, el politólogo Ernesto Rueda Suárez, egresado de la UIS y posgraduado en la Universidad de Los Andes, el filósofo Ariel Díaz Osorio, formado en Francia, y la antropóloga Liliana Cajiao Valdivieso, egresada de la Universidad del Cauca. Como era de esperarse, de un grupo tan heterogéneo no podía salir un programa estrictamente orientado por las exigencias profesionales de la disciplina. El programa original de la carrera fue el resultado de un compromiso ecléctico y pragmático permeado por fundados temores acerca del poco interés local por una disciplina de muy dudoso mercado laboral y de poco recibo en un centro de formación eminentemente ingenieril como era la universidad de esos años.

Visto desde el presente, el programa inicial era una especie de trípode inestable que procurando complacer a todos, no pudo nunca sostenerse cabalmente sobre sus tres patas asimétricas: la arqueología, la historia y la pedagogía.

La intención manifiesta del plan de estudios de la Carrera de Historia aprobado por el Consejo Superior de la UIS en octubre de 1984 era matar tres pájaros con un sólo tiro: 1) dar una formación arqueológica básica que facilitara la transición del nefasto guaqueo improvisado a un más cuidadoso rescate de los restos arqueológicos que todavía hoy abundan en la región; 2) dotar de una razonable erudición historiográfica a los interesados en una formación más profesional en este campo; y 3) proveer a los potenciales egresados de las herramientas pedagógicas necesarias para su adecuado desempeño como profesores de Historia. Y por si fuera poco, luego del incendio del Archivo Municipal de Girón, a todo ello debió añadirse un urgente barniz archivístico para poder contribuir en el urgente salvamento del maltrecho acervo documental.

"El que mucho abarca, poco aprieta" nos enseña la sabiduría popular. Con una exigua planta docente de ocho plazas de tiempo completo era y es imposible lograr de una manera medianamente satisfactoria siquiera uno de los propósitos indicados. Y de hecho, en un principio, cuando la carrera comenzó a funcionar hace 25 años, la planta efectiva era de sólo tres profesores: el inolvidable Armando Gómez Ortiz, experto en Historia Universal, la antropóloga Liliana Cajiao Valdivieso y yo, que apenas terminaba mis estudios de maestría en la Universidad Nacional. Los otros cinco docentes de planta eran todavía entes fantasmales...

Y una vez más, sin invocarla, la veleidosa diosa Fortuna acudió en nuestro auxilio. Una tarde llegó a mi despacho una inesperada carta del maestro Hermes Tovar Pinzón. Estaba en Sevilla y en el Archivo de Indias se había topado con un antiguo conocido: un acucioso joven bumangués que trabajaba en su tesis doctoral para el Colegio de México y que, después de años de ausencia, añoraba volver a asentarse en su terruño.

Como anillo al dedo para nosotros que estábamos por comenzar el programa de Historia. Y así vino a parar entre nosotros el profesor Armando Martínez Garnica, y a fe que con él solo casi que completamos el equipo porque Armando, para bien o para mal, hace por tres, como todos sabemos.

Las dificultades comenzaron cuando se quiso poner en marcha el área de arqueología. Qué difícil fue reclutar un arqueólogo que se adaptara a la universidad y a la ciudad. Y cuando conseguimos uno, entonces ya habíamos descubierto que financieramente resultaba insostenible la formación medianamente seria de los cuasi-arqueólogos que pretendíamos formar. Entonces voló el primer pajarito. Y unos semestres más tarde, cuando llegó la hora de la "formación pedagógica", nuestros colegas del Departamento de Educación, cerreramente se negaron a hacerse cargo de las asignaturas previstas, con el argumento, acaso plausible, que la formación de docentes era privilegio exclusivo de los programas de licenciatura, y el nuestro no lo era. Y voló el segundo pajarito. Con lo cual hubo que hacer de urgencia los primeros "ajustes" a un programa que de hecho, nunca se puso en práctica como fue diseñado originalmente. La ventaja fue que hubo que dedicarle más tiempo y atención a lo que era la Historia y la formación de historiadores profesionales, según rezaba el prospecto de promoción de la flamante carrera.

Pero como no todo son tristezas y frustraciones en la vida, hablemos de los inocultables logros que aún en medio de las carencias y dificultades propias de nuestro medio, ha alcanzado nuestra carrera.

Visto cronológicamente, el primer logro notable después de la aprobación de la carrera fue la creación del Centro de Documentación e Investigación Histórica Regional, entidad que como su extenso nombre lo

sugiere, fue un fantasioso embeleco creado por Armando Gómez con el pretexto de asumir el salvamento del archivo de Girón que se había convertido en un dolor de cabeza para el Banco de la República, construyendo un lugar apto para su albergue y restauración, y que a la vez sirviera como espacio adecuado para la formación de los estudiantes del programa y el servicio de los investigadores interesados en la historia de la región. Del dicho al hecho estamos todavía muy lejos. Pero sin duda se avanzó un montón cuando Armando Martínez se puso al frente del asunto y mal que bien, logró instalar el centro integrado, en un comienzo, por el maltrecho archivo de Girón y la biblioteca histórica cedida por la extinta Fundación Luis Perú de Lacroix y los anexos laboratorios de restauración y microfilmación. El archivo histórico, como todos sabemos, sobrevive y crece y ha cumplido bastante bien su misión de proveer de documentación original e información bibliográfica a estudiantes e investigadores. No ha sucedido lo mismo, hay que reconocerlo, en lo tocante a la restauración y catalogación del archivo de Girón.

La investigación histórica y su divulgación constituyen otro logro admirable del programa. Desde un comienzo, por iniciativa de Armando Martínez se constituyó un grupo de investigación que sucesivamente ha desarrollado con éxito diversos proyectos de historia local, regional y nacional. Entiendo que hoy, increíblemente, y que todavía se sobrevive con apenas siete profesores de planta, la Escuela cuenta con al menos cuatro grupos reconocidos por Colciencias.

Y en cuanto a la divulgación de los resultados de investigación, a mí no deja de admirarme que una escuelita tan pequeña y tan pobre, cuente en su haber con un número tan notable de libros publicados. Y además la revista. El *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* se ha publicado desde 1995, completa ya 17

números, y desde hace un lustro se encuentra registrado en el índice de Colciencias, y hay que reconocer con satisfacción que cada vez está mejor en cuanto a presentación y contenido.

No menos importantes para visibilizar la Escuela y mostrar sus logros han sido los numerosos simposios y seminarios que ha organizado y, sobre todo, los dos Congresos Nacionales de Historia que en 1992 y 2006 organizaron con reconocido éxito los profesores Amado Guerrero y Armando Martínez. A ello habría que sumar la realización del Cuarto Congreso Internacional "Los Procesos de la Independencia en la América Española", también en el 2006, así como la activa participación de dos de sus docentes en la Cátedra Itinerante de Historia de Iberoamérica. De todos estos eventos nos queda además el testimonio impreso en libros y revistas.

Y más recientemente, la presencia de la Escuela de Historia de la UIS en la celebración del Bicentenario de la Independencia ha sido notable. Estudiantes, egresados y profesores participaron activamente en las diversas actividades impulsadas por el Ministerio de Educación Nacional con el fin de incorporar a los maestros y alumnos de enseñanza media en el proyecto "Historia Hoy", así como en la producción de varios de los textos incorporados en la "Colección Bicentenario" que el ministerio publicó e hizo llegar a todos los colegios y escuelas oficiales del país. Igualmente reconocida, más por fuera que por dentro de la UIS, hay que decirlo, es la publicación en marcha de la novedosa "Colección Bicentenario UIS", que ya ha completado 20 títulos y que debemos a la iniciativa y testarudez de Armando Martínez y Luis Álvaro Mejía.

Igualmente importante para el avance del conocimiento histórico de la región y del país ha sido la creación del programa de Maestría en Historia, cuyas

sucesivas promociones nos han dejado originales y enjundiosos trabajos de grado.

Pero el logro mayor y más notable del Programa de Historia de la UIS, ¿quién lo puede dudar?, son sus egresados. Al fin y al cabo por ellos y para ellos se ha hecho todo lo que se hizo, poco o mucho, y la verdad es que, en general, han correspondido con creces a los esfuerzos invertidos en su formación. Sus logros académicos, laborales y sus publicaciones son el testimonio fehaciente de su vocación y del buen aprovechamiento de lo que aquí se les pudo ofrecer durante la más crucial etapa de su formación profesional.

LIBARDO LEÓN GUARÍN

Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Miembro de número de la Academia de Historia de Santander. Profesor Jubilado de la Universidad Industrial de Santander.

Yo soy de origen zapatoca, hice mi bachillerato en esa población en un colegio de los curas salesianos, y una vez que terminé, en tiempos en que las carreras se escogían con suficiente anticipación, creí que la sociología era una buena esperanza para el país. Además estaba muy de moda en ese momento, tenía mucho nombre y espectacularidad, no solamente por sus descubrimientos investigativos alrededor de la violencia en Colombia, sino por muchos otros aspectos. En aquel momento, Orlando Fals Borda había venido graduado de la Universidad de Wisconsin y había creado el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional anexo a la Facultad de Filosofía, que posteriormente se independizó creándose como una nueva carrera, con sede propia y con todos los elementos que se necesitaban para crear una carrera de esa manera. Algunas otras instituciones como la Universidad Javeriana, la Universidad del Norte y la Universidad de Antioquia crearon también la carrera de sociología; aunque posteriormente los javerianos, los jesuitas o el Padre Giraldo acabaron con la facultad porque decían que la sociología era para mayores de edad y no para adolescentes.

De ese modo, yo fui de la quinta generación de sociólogos de la Universidad Nacional. Una vez que terminé Sociología hice simultáneamente estudios de

Trabajo Social, también recién creada en la Nacional, estudios en los cuales nunca me gradué aun cuando terminé todo mi ciclo porque realmente no me interesó mucho, a pesar de las prácticas que hice en los barrios pobres de Bogotá, los fines de semana. Por eso nunca me gradué realmente de Trabajo Social, pero sí me gradué en Sociología, y eran los tiempos felices en los que iban a buscar sociólogos de todo el país a la Universidad Nacional.

Durante el tiempo que estuve en la Universidad Nacional, entre 1963 y 1967, ésta era un hervidero político bastante anárquico, a pesar que había grupos de diferentes tendencias de izquierda. Allá decían que había un sólo representante del Partido Conservador, que era un estudiante de Economía que le decían Maquiavelo y que era presidente, secretario, tesorero, suplente y toda la cosa del Partido Conservador en la Universidad porque nadie más se metía. También existía la Juco, los trotskistas, incluso habían diferentes tipos de líneas como la línea Moscú o la línea China.

Además, durante los años de 1968-1970, los movimientos en la Universidad Nacional estaban muy influenciados por la *Revolución Cubana*, al fin y al cabo había llegado al poder el 1 de enero de 1959 y esa influencia marcó mucho. La trayectoria del Che marcó mucho los movimientos de izquierda de la Universidad Nacional, de la línea, por ejemplo de los elenos que se llamaban entonces, más que de la parte del Partido Comunista. Del Partido Comunista, de la juventud del Partido Comunista, llegué a conocer muchos, pero nunca fui simpatizante ni miembro de esas organizaciones.

Todas estas cosas hacían de la universidad un hervidero bastante anárquico, porque yo pienso que a los muchachos de 18 o 20 años no se les puede pedir una madurez política ya que están formándose, están

haciéndose. Otra cosa es que los mayores se coman el cuento totalmente, pues dicen algunos "que la política en la juventud es a la política lo que la música joven es a la música", es decir, son cosas puramente experimentales.

Eran tantos los elementos políticos que la entrevista de ingreso a la Universidad Nacional me la hicieron Orlando Fals y Camilo Torres; incluso, tomé cursos no formales con Camilo Torres, cursos de acción comunal que él dictaba. Tuve la inmensa satisfacción de estar con Camilo en algunos paseos de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, por eso me dolió mucho cuando en 1966 si no estoy mal, cuando regresaba de vacaciones lo habían matado en San Vicente de Chucurí.

Retomando, durante ese tiempo de estudios en la Nacional, Pedro Agustín Díaz Arenas, quien es de Barichara y que hoy vive en Londres, fue decano o director de lo que se llamaba el Departamento de Humanidades de la Universidad Industrial de Santander y, después, fue profesor por mucho tiempo de la Universidad Nacional, además de decano, incluso trabajó en el ICFES. Agustín, inicialmente envió una comunicación a Orlando Fals diciendo que se necesitaban sociólogos, esto sucedió, al mismo tiempo en que se producía un fenómeno interesante en la historia de la UIS, que fue la integración entre la Universidad Industrial de Santander y una entidad que había creado una serie de señoras aquí en Bucaramanga que se llamaba la Universidad Femenina de Santander.

Esa Universidad Femenina, a mi manera de ver, ya tenía un escollo de entrada, y es que la ciencia no puede ser ni femenina, ni masculina y, bueno, ese era un proyecto un poco cojo. Ahora, debe resaltarse que la Universidad Industrial de Santander también tenía una tradición que le dio una gran singularidad: la de ser

una universidad de ingenierías. Siendo creada dentro de ese concepto e introduciendo nuevos elementos tecnológicos en el desarrollo, el país iba a salir adelante económicamente; una teoría muy norteamericana de finales de los años 40 y comienzos de los 50, la idea de desarrollo apoyado en la innovación tecnológica. Eso le dio nombre a la UIS y junto con el apoyo de la UNESCO se le empezó a llamar "Universidad Piloto de América Latina". Nosotros venimos de ese nombre tan grande, para ver que nos quedamos ahora como una de las mejores universidades de Bucaramanga, como reduciendo el espectro.

La Universidad se creó fundamentalmente bajo esa hipótesis del desarrollo y la idea fue impulsada por parte del doctor Mario Galán Gómez y Julio Álvarez Cerón, español e ingeniero militar republicano, refugiado del franquismo, quien entre otras cosas fue el cerebro intelectual y quiso llamarla Universidad Obrera; mientras el doctor Galán Gómez se encargó del impulso quizá logístico y de los trámites en la Asamblea, porque la Universidad es y sigue siendo departamental. Con ese modelo permaneció la Universidad más o menos hasta la rectoría del doctor Rodolfo Low Maus a mediados de los años 60, siendo la universidad casi un enclave, en los términos que nada de lo que había alrededor se le parecía.

La Universidad conservó mucho de su autonomía porque los políticos no tenían nada que ir hacer allá, ni entendían qué era lo que pasaba en la Universidad, ni entendían de física, ni de integrales, ni de todas esas vainas. Pero las cosas cambiaron después de la famosa huelga de 1964, en la cual hubo protagonistas tan importantes como Jaime Arenas, quien escribió el libro la *Guerrilla por Dentro*. Después del conflicto, se quería traer una persona nueva, por eso se nombró al doctor Villarreal, santandereano e ingeniero de

petróleos, por supuesto, con bastante mano dura y con el deseo que la Universidad adquiriera ese concepto de Universitas. Es decir, que no fuera únicamente como instituto especializado de alta categoría, como ya era la Universidad Industrial de Santander en ingenierías, sino que tuviera también otras áreas de conocimiento.

Con ese criterio se crearon el Área de Salud y se amplió el área de las "Humanidades". A mí no me gusta mucho hablar de las Humanidades, prefiero hablar de la Facultad de Ciencias Humanas, incluso, personalmente introduje este concepto porque una cosa eran las Ciencias Humanas y otra cosa eran las humanidades clásicas que era de lo que se hablaba aquí en la UIS. De hecho, en la Universidad Nacional existía la Facultad de Ciencias Humanas que tenía Psicología, Historia, Economía, Sociología, entre otras cosas. Entonces, el rector Villarreal quien había dado pasos muy interesantes acerca de la creación del Área de Salud, de Ciencias de la Salud, les propuso a los de la Universidad Femenina que por qué no se integraban a la Universidad Industrial de Santander, ya que integrándose con la Femenina se ahorraba el esfuerzo de crear una serie de carreras que ya existían en la Femenina, como Fisioterapia, Laboratorio Clínico, Trabajo Social, Delineación de Arquitectura e Ingeniería y otra que se llama Instrumentación Quirúrgica, la cual desapareció después.

En razón de eso, se necesitaban sociólogos porque inicialmente los planes de Sociología los dictaban abogados, tanto en la Femenina como en la Universidad, una vez que se pasó Trabajo Social allá. De ese momento, me acuerdo del doctor Ernesto Rueda Suárez, el doctor José J. Maya y un notario Suárez. A su vez, la formación de Agustín Díaz como director del Departamento de Humanidades, era de una formación bastante académica y él creía que ya era hora que la UIS tuviera sociólogos.

De ese modo, don Agustín envió una carta solicitando sociólogos, que fue publicada en la cartelera, pero a ninguno de mis colegas, amigos y compañeros, que estábamos terminando en ese momento, le apetecía venir a trabajar a Bucaramanga porque no era una plaza apetecida por la fama que tenía la universidad de ser muy cuadriculada y muy poco abierta, era lo que diríamos hoy un poco políticamente de derecha. A los pocos meses, en una segunda oportunidad llegaron otras nuevas cartas de Agustín Díaz, insistiéndole al doctor Fals Borda que necesitaban sociólogos y que él iba a hacer las entrevistas. Así, Orlando personalmente me dijo: "usted que es santandereano porque no va a la entrevista con el doctor Agustín Díaz que va venir tal día", y efectivamente, asistí a la entrevista.

Para ese momento, mi idea era irme a trabajar a la Universidad de Manizales porque ya terminaba mis estudios, eso fue por septiembre de 1967. Sin embargo, asistí a la entrevista y al doctor Agustín le gustó mucho mi perfil porque, si bien no había terminado estudios de Sociología, ya me iba a graduar. Para mi sorpresa y perdóneme mi expresión, para ser un "guache" de la Universidad Nacional fui tratado muy bien, me dieron el pasaje en avión, me hospedaron en el Hotel Bucarica que era el mejor hotel de la ciudad y me hicieron una entrevista aquí en la Universidad, eso fue en noviembre de 1967. Finalmente y para mi sorpresa, cuando llegué a mi casa de vacaciones, encontré una carta en que me decían que había sido vinculado a la Universidad Industrial de Santander, que me presentara el 15 de enero de 1968, que fue el momento en que empezó mi vinculación realmente con la universidad.

Así, llegué a la Universidad Industrial de Santander con mi trabajo de grado de la Universidad Nacional sobre migraciones rural-urbana en Santander en los períodos intercensales 1938-1963, porque el

desplazamiento del campo a la ciudad era un fenómeno muy de la época, en especial, el problema del crecimiento agigantado de ciudades que habían sido propiamente pequeños pueblos hasta 1950 y que se dispararon poblacionalmente de una manera muy acelerada por los años 50-70; incluso, Bogotá creció en algunos períodos al 9% anual, una cifra demasiado grande. Actualmente, ya no se habla de gigantismo urbano porque ya nos parece normal, pero en ese entonces las teorías del control natal fueron muy de moda en los años 60, y traídas por sugerencia de organismos norteamericanos que trataban de controlar la población y sobre todo el crecimiento de la población urbana, que era gigantesca.

Todas esas cosas eran como nuevas en Bucaramanga, y al venir a hablar de eso encontré una gran receptividad, sin negar que existieron algunas personas que me vieron como un individuo un poquito peligroso porque venía a hablar de unas cosas que aquí no se hablaban. Así me lo comentaron algunas personas ya de cierta posición en la Universidad. Recuerdo que el primer gran proyecto para graduar trabajadores sociales fue un proyecto colectivo que hicimos con dos antropólogos Inés Sánchez de Valseros y Luis Valseros, quienes también habían sido traídos de la Universidad Nacional, aunque ellos eran más bien egresados de una famosa institución que hubo en el país llamada Escuela Normal Superior, que tenía estudios muy interesantes, creada durante el gobierno de Alfonso López Pumarejo.

Dirigimos un proyecto de grado sobre los tugurios de Bucaramanga porque la ciudad se llenó de tugurios. Fue un trabajo interesante y por ahí está publicado en mimeógrafo como se llamaba entonces. Esos temas eran como nuevos, y era nuevo hablar de Sociología desde un abordaje ya no sentimental de los problemas sociales, sino a través de un abordaje más científico, buscando las causas de los problemas sociales, ¿por

qué se producía?, y señalando que eran las estructuras del país las que había que cambiar y no las formas de la caridad cristiana. Así, empezamos con Trabajo Social que recibió unas influencias diferentes porque se trajeron antropólogos, psicólogos, que no había en la universidad, profesionales de las Ciencias Sociales, entre otros.

Trascurrió el tiempo y la primera vez que hubo elecciones populares de decanos en la Universidad Industrial de Santander, yo salí dentro de la mayoría de estudiantes y profesores. Después, el Consejo de Facultad me introdujo en la terna y me eligieron como decano; esa fue una decanatura un poquito transitoria porque hubo mucho conflicto en la Universidad e incluso entré en contradicción con el Consejo Académico, del que por estructura de la Universidad hacíamos parte los decanos. Esto nos llevó a pasar nuestra renuncia al rector que en ese momento era el doctor Santiago Pinto.

Así fue la primera vez que fui decano. Para la segunda vez que estuve en la Decanatura, durante las rectorías de Orlando Díaz y Jaime Luis Gutiérrez, particularmente, en la rectoría de Orlando Díaz, estando recién ingresado como decano, presenté un plan de desarrollo de la Facultad de Ciencias Humanas porque si bien en 1968 se había traído la carrera de Trabajo Social, que era femenina, no se había creado prácticamente ninguna carrera nueva, la única que podía tener algo de relación había sido Idiomas. En ese momento, empezó a darse un cambio en la Universidad por otra influencia de las políticas norteamericanas: el problema de las universidad era un problema pedagógico y para manejar a los muchachos, evitar tanto problema, tanta deserción, porque la Universidad seguía siendo dura y exigente en las calificaciones, entonces había que introducirle pedagogía; así, empezaron a traer pedagogos. Fue la época del florecimiento de las Escuelas de Educación,

los maestros graduados en pedagogía iban a salvar prácticamente la Universidad, se crearon grupos de estudio en pedagogía y se creó la carrera de Idiomas para formar profesores de idiomas con énfasis en español e inglés.

En ese segundo decanato presenté un plan de desarrollo al Consejo Académico, en el cual se incluían varias cosas. Una era ampliar la Facultad de Ciencias Humanas, no ampliarla físicamente sino en la cobertura de disciplinas. Así, se propuso traer las licenciaturas que estaban en carreras técnicas, por ejemplo, la Licenciatura en Matemáticas estaba en Matemáticas; la Licenciatura en Física estaba en Ciencias junto a la de Biología. Entonces, pensamos en llevárnosla hasta Ciencias Humanas, porque al fin y al cabo eran carreras pedagógicas porque se estaban formando maestros con especialidades en física y en biología, eso efectivamente se hizo.

En el segundo punto de ese plan de desarrollo, estaba la consecución de una sede para la Facultad porque andábamos dispersos en oficinas de Ingeniera Industrial, y logramos conseguir un edificio de los del plan de desarrollo. También se quería hacer una reforma de los llamados cursos de Humanidades, que eran unas materias que veían los estudiantes, pero que a los ingenieros nunca les pareció que eso debía existir. Cuando a mí me preguntaban "¿para qué les sirven las Humanidades a los estudiantes de ingenierías?", yo les decía: "para ver más allá del Socorro, eso no les va a servir para hacer mejores zapatos, ni mejores edificios, ni mejores carreteras, aunque sí les puede ampliar la visión del mundo, para introducir esas visiones del mundo de lo que están haciendo en sus ejercicios prácticos". Es que uno de los problemas de la Universidad, que todavía existe, es que la Universidad Industrial de Santander desde sus comienzos quiso ser una universidad

pragmática, una universidad que formara gente como aséptica en cosas de política y técnicamente muy bien preparada; ese tipo de personaje, el cual todavía existe, por ejemplo, en universidades privadas.

Aun así, logramos hacer una reforma de la cual hoy todavía me siento orgulloso, y que desde luego fueron ideas propuestas en el plan de desarrollo pero ampliadas por comisiones de profesores que trabajábamos en toda esa serie de cuestiones. En esa reforma, se trataba de constituir una especie de bloques electivos para los estudiantes -aunque quizá la palabra no fue la mejor-, en los cuales debían ver cuatro materias de Humanidades en toda la carrera, pero no unas pinceladas: quien escogía el bloque de Sociología sólo veía Sociología. En eso existieron aproximadamente ocho bloques: Sociología, Psicología, Economía, Cultura Griega, entre otras.

En el caso del bloque de Historia, se empezaba con una materia que se llamaba Instituciones Colombianas y recuerdo que Jairo Gutiérrez fue profesor de Historia de Colombia. Él es un sociólogo que decidió hacer historia; por eso tantas veces he dicho "que no hay Historia sin Sociología, ni Sociología sin Historia". El mero recuento de los hechos es pura historiografía, pero si usted le mete Sociología y análisis a los hechos históricos ya es otra cosa. Bajo esa idea, todas las personas tenían que matricularse en tres materias y todos terminaban con una materia común que se llamaba Historia Social de la Ciencia, de la cual, Ernesto Rueda fue profesor; en Medicina, la daba el doctor Roberto Serpa Flórez, médico psiquiatra muy culto y muy formado en cuestiones de teatro. Él hizo cantidad de cosas, usando un método muy interesante que todavía pongo de ejemplo, que consistió en conseguirse una serie de diagnósticos sobre la muerte de personajes ilustres, como Mozart o Bolívar, y a través

de esos diagnósticos se hacía el análisis de la historia de la Medicina de ese momento, ¿cómo funcionaba?, ¿por qué el doctor Reverend le diagnosticó a Bolívar unas pócimas?, ¿por qué en ese momento la Medicina estaba en eso?, ¿por qué se creía tal cuestión?, ¿cómo a partir de eso, la Medicina ha derivado a tal cosa?, etc., etc.; era una cosa muy interesante.

En general, nos parecía que para los ingenieros era una materia muy importante, era ubicarlos en la historia social de lo que iban a hacer, de donde venía eso. Me parecía que el conocimiento debía estar marcado por el cientificismo, que la ciencia es diferente a la creencia y al arte porque las universidades fueron creadas para hacer ciencia, no para hacer creencias; tampoco fueron creadas para fomentar el cristianismo, ni el islamismo. La ciencia es un fenómeno que empieza en la *Edad Media* como oposición a la creencia para avanzar sobre el conocimiento del mundo. Sobre esa base hacíamos todo, aunque para la Universidad ya era ampliar mucho la cobertura y la importancia de la Facultad de Ciencias Humanas.

Otro de los elementos que pensamos fue hacer una historia de la Universidad, la cual nos la distribuimos por temas y comisiones; por grupos de dos profesores se encargarían, por ejemplo, de la parte de los orígenes de la universidad. De eso quedó un librito hecho por Armando Gómez Ortiz y Claudia Cote acerca de los orígenes de la Universidad con documentos relacionados. Con Ariel Díaz nos tocó la parte del desarrollo académico e hicimos ese libro, siendo parte de los productos del plan de desarrollo de la Facultad de Ciencias Humanas; aunque hubo también otras comisiones que no cumplieron.

Ya en la tercera parte del plan de desarrollo, estaba una propuesta mía que nos parecía importante,

la cual era ampliar aún más la Facultad de Ciencias Humanas, que en ese momento se llamaba la División de Ciencias Humanas porque lo de escuela apareció después. Esa propuesta fue aprobada en la Facultad, en el Consejo Académico y en el Consejo Superior, y se plantearon tres nuevas carreras que me parecían básicas: Psicología, Música e Historia. No propuse Economía, siendo yo sociólogo no se propuso Sociología porque había habido una experiencia un poco negativa aquí con la Sociología que habían creado en la UCC. También se había propuesto el Departamento de Artes porque antes existía el Departamento de Artes y Letras, al cual pertenecía la carrera de Idiomas. Dijimos, dividamos y creemos un nuevo departamento que sea el Departamento de Artes y nosotros conseguimos darle el Edificio Daniel Casas donde hoy está Música.

Se trataba de pasar estrategias acerca de cómo convencer a la Universidad y especialmente a los Consejos, porque ese modelo de universidades tan especializadas como se había creado la UIS, solamente en ingenierías, ya no tenía mucha perspectiva. Modelo con el que también se creó la UNAB que empezó labores más o menos en 1970, pues se dijo: "si la Universidad Industrial de Santander se dedicó a las ingenierías para fomentar el desarrollo, nosotros vamos a fomentar la administración de ese desarrollo", entonces, se creó como primera carrera Administración de Empresas, un poco copia de la EAFIT de Medellín.

Bajo ese modelo, al parecer hubo una especie de pacto tácito entre la UIS y la UNAB, que fueron las dos primeras universidades. No obstante, después la UIS montó esto y los otros tal; entonces como era un pacto tácito, no escrito, todo el mundo se dedicó a todo. Como consecuencia, hoy en día la Santo Tomás tiene ingenierías y la UNAB tiene ingenierías, ellos crearon Derecho, la UIS también creó Derecho. Entonces, esa

ampliación de las Humanidades también fue parte de esa Universitas, que la universidad no fuera un campo cerrado a ciertos campos del conocimiento.

En esa línea, la estrategia que se trazó para que los Consejos, sobre todo Académico y Superior, aprobaran las carreras propuestas, fue la siguiente: metamos la más difícil de aprobar, por eso, nosotros pensamos en introducir Música; primero, porque la universidad no tiene tradición de músicos; también, hasta ese momento la única escuela que había aquí para formar músicos era el DICAS. Había un empleado de la Universidad que era don Alberto Serrano Gómez, quien decía "que el DICAS era tan malo que en cerca de 50 años de existencia no había formado ni siquiera un concertista de maracas".

Ya el segundo proyecto fue el de Historia, el cual tuvo dificultades en el diseño del pénsum. Para el caso de Historia y al igual que en las otras comisiones, hubo gente también muy importante. En este caso, tuvo mucho que ver Armando Gómez, pues él realizó una labor muy importante, entre otras cosas porque él tenía estudios históricos en Moscú; yo no sólo lo había conocido a él en el colegio como alumno de bachillerato sino que me lo había encontrado en Moscú porque hice un posgrado en la Academia de Ciencias Pedagógicas en comisión de estudios en el año 1972-73. Por eso me enviaron a hacer un posgrado en Moscú, pues uno escogía el sitio a donde se iba y el Plan de Desarrollo lo financiaba. Además, en consideración que me iba en comisión de estudios, me seguían pagando el sueldo sin los aumentos de fin de año para hacer el posgrado. Por ese motivo, estuve dos años y medio en Moscú, y estando allá tuve unos contactos con Armando.

Recuerdo que Armando era de una familia de políticos y empresarios en Bucaramanga, incluso lo nombraron Secretario de Gobierno del municipio.

Yo conocí a Armando y a Ernesto Rueda que en ese momento estaba en el auditorio como Director Cultural o algo así, cuando entre traguitos y fiestas logramos convencer a Armando que se fuera de profesor de la universidad. Fue un magnifico profesor, un individuo, que yo digo es el primer conservador comunista que he conocido, quien tenía una gran capacidad para la anécdota y para la tertulia.

El proyecto de Historia tuvo algunas dificultades y la defensa del proyecto en el Consejo Académico le correspondió a Ernesto Rueda, quien había entrado como decano después de Reinaldo Suárez, si no estoy mal. Hubo distancia entre la aprobación de Música y la aprobación de Historia, por todos esos trámites en los que se devolvía el proyecto. Además, porque el Consejo Académico formado principalmente por ingenieros nos repetía insistentemente una pregunta ¿y para qué sirve una carrera de Historia? Claro está que esa pregunta cae dentro de ese pragmatismo que ellos quieren que todo lo que se les enseñe a los estudiantes le sirva para clavar las puntillas, todo debe tener una finalidad pragmática. Recuerdo como anécdota que en una de esas reuniones, Ernesto ya un poco salido de casillas dijo: "mire, la carrera de Historia sirve para dos cosas: una para estudiar la historia de la humanidad, los comportamientos de la gente, los movimientos sociales; y sirve también para otra cosa, para no hacer preguntas de esas".

El hecho es que se terminó aprobando la carrera de Historia, no puedo precisar el año, pero se abrió en el 84 o 85. Debe decirse que antes de esto hubo un decano que fue el doctor Antonio Cacua Prada. Él era un historiador empírico, siendo un tipo un poco ajeno a ese talante que habíamos venido formando en la Facultad de Ciencias Humanas, ya que era más político que cualquier otra cosa, realmente no fue un tipo muy

apreciado. Él creó una cosa llamada el Curso Superior de Historia de Colombia, donde la gente se inscribía, en especial los maestros, sobre todo para subir de categoría en el escalafón y allá asistían no sé si dos años por las noches. De eso, tenían que hacer lo que los españoles llamarían una tesina, un pequeño trabajo de grado, los cuales al revisar me percaté que eran vulgares copias.

Yo tuve un problema con alguno de ellos, que creo era maestra porque, coincidencialmente, un día me entregaron un trabajo de los últimos que quedaban para graduarse, lo ojeé un poco y al ir a una librería me encontré con un libro, no sé si de Álvaro Tirado Mejía o de Germán Colmenares, sobre asuntos políticos del siglo XIX que empezaba más o menos diciendo: "cuando los pilares del 7 de agosto entraron al Congreso....", entonces me dije: "yo esa frase la he leído...", llegué a la oficina y mientras me decía: "¿dónde he leído esa frase?", me puse a mirar el trabajo de grado, ahí descubrí que era una vulgar copia de ese libro. A partir de eso, tuve problemas con el esposo de la señora quien alegó, e incluso me enteré que uno de los profesores estaba comprometido, pues prácticamente él le había cobrado por hacerle el trabajo.

Una vez se fundó la carrera de Historia, empecé a buscar profesores. Se hicieron los concursos y ya estaba establecido el concurso para ingresar como profesor de planta de la Universidad. Yo insistí mucho en la Universidad en que los avisos para conseguir profesores no los publicáramos en *Vanguardia* porque ni en Charta ni en Molagavita íbamos a conseguir profesores de especializaciones como la Historia, como si de Cirugía o de Medicina. Pedía que los publicáramos en la prensa nacional, entonces también se publicaron avisos de requerimiento de profesores de Historia en la prensa nacional y nos llegaron bastantes hojas de vida. Pero en ese momento, los sueldos de la Universidad ya no eran

muy buenos, por eso recuerdo que en un concurso, el primer puesto que era un profesor de la Universidad de los Andes no se vino, el segundo tampoco se vino y tocó asignárselo al tercero.

Posteriormente, en nuevos concursos ingresó Amado Guerrero; Leonardo Moreno que venía como arqueólogo, egresado de la Universidad Nacional, y Armando Martínez que es egresado de Ciencias Sociales de la Universidad del Tolima, quien después con una beca que se ganó por un trabajo sobre el Cabildo de Ibagué del Banco de la República se fue a estudiar Historia en el Colegio de México, y a quien el apellido Garnica lo delataba como muy santandereano y me parece que ha sido un acierto, con todos las cuestiones que pueda tener Armando, sus temperamentos y sus ideas; incluso yo hice la presentación de él en la Academia de Historia, él sabe que políticamente pensamos un poco distinto, pero yo aprecio mucho de Armando sus capacidades y su habilidad en la gestión.

Ya cuando salí pensionado de la Universidad en el año 91, prácticamente se había empezado a desmontar la reforma de las Humanidades ya que se decía que sólo le servía a los estudiantes para subir promedio, porque los profesores de las Humanidades eran muy laxos en las calificaciones. Entonces, se creó una serie de cosas que yo todavía no entiendo: unas opcionales o unas electivas.

Ahora, entre esas carreras que se formaron, yo creo que la fortaleza del programa de Historia ha sido la calidad de los profesores. Resulta que en todas las Escuelas del mundo hay buenos y malos profesores, y he dicho que uno recuerda a los muy buenos o a los muy malos; los que son así medias tintas, no se recuerda ni el nombre. La carrera de Historia ha contado no con una totalidad de profesores excelentes, pero sí me parece que con unos personajes que han liderado la calidad.

También tendría que decir que ha contado con estudiantes convencidos que les gusta lo que hacen, estudiantes que en un medio como el santandereano son unos valientes. Siempre he dicho que son unos valientes, pues un muchacho que en Santander diga que va estudiar Historia o que le gusta la poesía, que hace versos, el estudiante es un desastre para la familia, cree que se le vino una desgracia encima porque aquí en el común denominador existe la mentalidad que lo que hay que ser es prósperos y que la acumulación de capital es el futuro, que aquel que no tiene éxito económico es un papanatas.

Por eso digo que los estudiantes que se meten a estudiar Historia, a estudiar Música, son unos valientes porque con seguridad muchos de ellos han tenido conflictos familiares en el sólo principio de la escogencia de la carrera, que les han dicho: "no mijo, pero si queríamos un médico", "no mijo, pero si queríamos un ingeniero civil" o un veterinario "porque allá está la finca para que vaya a administrarla". Yo digo que seguramente por eso tampoco la poesía en Santander ha progresado mucho, porque aquí las poesías se hacen a escondidas para que no se descubra quien es poeta porque eso es una especie de mala suerte para la familia.

Entonces, dentro de las cosas valiosas de la carrera de Historia me parece que están los profesores, que han liderado y que han llevado la carrera por la línea de la investigación. Yo diría que si habláramos de falencias, quizás les ha faltado un poquito más de Sociología. La Sociología en la Historia no se puede hacer sino sobre la base de la investigación histórica, no sobre los "decires" y las creencias de lo que fue. Además, fíjese que en Santander, y lo pongo como ejemplo, prácticamente se ha revolucionado el origen de los municipios de Santander con base en los trabajos y la producción intelectual de la Escuela de Historia que echaron por la borda una

serie de creencias de aficionados a la historia quienes generalmente escribían el libro para elogiar a su pariente lejano que figuraba en la fundación. Por ejemplo, en Zapatoca descubrí que algunos de los que allá se creían herederos de los "fundadores", nunca existieron en las familias iniciales que fueron a poblar o que hicieron el primer poblamiento. Ahora, digo "fundadores" entre comillas porque entiendo que fundación es mucho más que eso, pues no todos los pueblos fueron fundados porque no hubo una ceremonia de iniciación, ni toda la tramitología con las autoridades españolas. Sobre esas bases se hicieron muchos libros y muchas cartillas que elogiaban el apellido.

Yo creo que la carrera de Historia se ha encargado mucho de las historias de los municipios, esos trabajos sobre las provincias de Santander, la Provincia de Mares, la Provincia Comunera... Aunque seguramente faltan datos sobre las fundaciones, he leído bastantes trabajos de esa naturaleza sobre municipios de Santander con descubrimientos interesantes. Por ejemplo, el origen de Floridablanca o la idea de trasladar a Girón a otro pueblo por el miedo al río, y tenían razón en el siglo XVIII y en el XIX, pues el río cobró hace unos años con una avalancha, entre otras cosas, porque se metieron a construir en playas abandonadas por el río, y los viejos campesinos saben que las playas abandonadas por los ríos, en un tiempo, no se sabe cuándo, son recuperadas. A su vez, la idea de la fundación de Floridablanca me llamó mucho la atención porque se dio en un sitio que se llamaba la Mano del Negro, que dice la leyenda, fue un negro que le quitaron las manos porque mató a su patrón y fueron expuestas durante mucho tiempo partes de su cuerpo en diferentes lugares, como elemento de miedo para que la autoridad se respetara. Esas cosas me parecen muy interesantes, junto a ser una producción que ha tenido pocos años y cuyo volumen

no es el mismo que el de la Universidad Nacional, la cual respeto mucho por su calidad.

Sobre la titulación ahora en Literatura y Archivística, yo creo que es una especie de contagio del pragmatismo que ha sido como una especie de línea de la Universidad Industrial de Santander y que hoy se le exige mucho a las universidades que los estudiantes sepan hacer algo; es decir, es entender la universidad como un espacio en donde se capacita a la gente. A la formación intelectual se le añade o a veces se le suplanta con la capacitación, es decir, que sea un individuo que sepa hacer algo y entiendo que proponer esto, es hasta cierto punto seguir con esa línea, que lo importante es que los muchachos encuentren trabajo porque como son historiadores e investigadores pues la única fuente de trabajo es a veces la docencia.

Entonces, eso puede ser una combinación de las cosas, por un lado, la formación intelectual y por el otro, la Archivística porque seguramente el país lo requiere. Yo estaría de acuerdo que se dé esa formación, que se capacite a la gente en Archivística sin abandonar la formación intelectual y científica que se ha dado. Aunque resalto que eso está muy dentro de la línea de la Universidad y de todo eso de los gremios que volvieron a meterse en la Universidad, pues desde 1960 se habían sacado. Ahora volvieron y le exigen a la Universidad eso: "necesitamos que nos forme gente en tal cosa".

Además de la formación en Archivística, podría establecerse otras especialidades, por ejemplo, Arqueología que es una derivación de la Historia; podría otra, quizá no con tanta apertura o con tanta posibilidad de empleo, la Etnología; pero estos trabajos ya significan pues que el historiador va a depender de instituciones muy bien cimentadas, que van a patrocinar estudios etnológicos o arqueológicos y aquí no hay mucha plata.

En conclusión, yo digo que no puede abandonarse la historia, porque formar estudiantes o capacitarlos en Archivística sin los fundamentos históricos es formar unos técnicos, que es lo que creo yo salen mucho a hacer algunos estudiantes de la UIS.

Esto explica la pregunta: ¿por qué la figuración nacional del egresado de la UIS no es tan grande? Porque como técnico, generalmente, los ingenieros de la UIS no llegan muy lejos, sobre todo, las últimas generaciones. A mí me parece que no tienen la capacidad de interpretación de para dónde va la política y para eso sí ayuda la Historia, lo reitero, eso no sirve para hacer zapatos, ni sirve para clavar puntillas, ni sirve para hacer edificios ni columnas, pero sí sirve, por lo menos, para ver el mundo de otra manera.

El balance de estos 25 años para mí es positivo, y es hasta sorprendente que en un medio como el nuestro una carrera de Historia haya podido hacer lo que ha hecho.

ERNESTO RUEDA SUÁREZ

Bachiller del Colegio Santander. Trabajador Social de la Universidad Industrial de Santander. Magister en Ciencia Política de la Universidad de los Andes. Fue Decano de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Industrial de Santander. Profesor Jubilado de la Universidad Industrial de Santander.

Primero estudié ingeniería en la Universidad para ser electricista, luego entré a la carrera de Trabajo Social que estaba recién trasladada a la UIS porque esa carrera era de otra universidad, muy al estilo santandereano, que se llamaba Universidad Femenina de Santander porque, en ese tiempo, la UIS era una universidad muy masculina, de ingenieros, puesto que en Colombia en general, las ingenierías eran un asunto de hombres. Era rarísimo que una mujer estudiara ingenierías, pero no era un problema santandereano, era un problema de la cultura nacional. Finalmente, esa carrera fue a parar a la UIS en el año de 1967, junto con todas las carreras que la llamada Universidad Femenina tenía, las cuales eran: Trabajo Social, algunas carreras paramédicas como Enfermería, Bacteriología, Fisioterapia etc., y una que ya hoy en día no existe en el país que era la de Arte y Arquitectura, todas esas eran carreras de mujeres en ese tiempo.

La UIS sufrió en ese momento una gran trasformación para dejar de ser una Universidad de ingenieros e incluir estudios humanísticos como decían en ese tiempo; a su vez abrir la Facultad de Salud implicó una gran transformación para la UIS. Esa es la razón por la que esas carreras fueron a parar allá y el por qué un poco después, varios hombres entraron a estudiar Trabajo Social, contradiciendo la tradición que era una carrera de mujeres; aunque sigue siendo

predominantemente de mujeres, pero que haya hombres ya no tiene ningún misterio.

Posteriormente, empecé a trabajar en la UIS, hice una Maestría en Ciencia Política en la Universidad de los Andes y seguí siendo profesor. Trabajaba en la Facultad de Humanidades, antes División de Humanidades. Una de las carreras que tuvo fue Trabajo Social. Con las modas de ese tiempo aparecieron los estudios en licenciatura, entonces hubo Licenciatura en Educación que traía unos modelos de la época para mejorar la educación, tener mejores maestros y superar el nivel normalista que tenían los maestros, siendo uno de los factores esenciales del desarrollo del país.

En mi trayectoria en la UIS hice un poco de carrera académica, ocupé diversos cargos hasta por tres ocasiones y ya comenzaba a aparecer la necesidad de expandir los estudios en Ciencias Sociales, ya no se hablaba tanto de Estudios Humanísticos sino de Ciencias Sociales y una de las primeras carreras que surgió después de las que he mencionado fue la carrera de Historia.

Alguien muy importante en el proyecto de Historia, fue el profesor Armando Gómez Ortiz, siendo un historiador con una maestría o un equivalente a maestría, quien después de siete años había regresado a Colombia al terminar de estudiar en la Unión Soviética. Al principio no entró con esa idea de hacer una carrera de Historia, pero poco a poco sí se perfiló en ella con el apoyo de varios de nosotros quienes sin ser profesionales de la Historia, nos parecía muy importante que se establecieran unos estudios profesionales en esta área. Anteriormente se había fundado un Instituto de Historia en la UIS para formar maestros calificados, muy a la idea de ciertos miembros de la Academia de Historia. Por eso el doctor Cacua Prada -quien todavía

está por ahí y fue Decano de Humanidades- como miembro de la Academia de Historia y otras personas que no eran historiadores profesionales, hicieron un convenio con la UIS para que ese instituto funcionara en la Universidad. Varios profesores de la Universidad fueron los que dirigieron, coordinaron y manejaron ese convenio con la Academia, convirtiéndose en una semilla.

Después que se acabara, se pensó hacer una carrera profesional universitaria de historiadores y Armando Gómez estuvo a la cabeza del proyecto. También estuvo el profesor Reinaldo Suárez y Ariel Díaz Osorio, eran filósofos, teólogos, incluso habían sido curas, pero en ese momento ya eran civiles, eran profesores universitarios que trabajaban en Filosofía y otras áreas. Ellos fueron también un soporte muy grande para sacar adelante ese proyecto, resaltando el apoyo del doctor Suárez que ya antes había sido decano. En general, aun cuando la UIS en ese momento era muy refractaria a los Estudios Humanísticos, no hubo obstáculos para que ese proyecto saliera adelante. Había estudios a los que sí se oponían muy fuertemente, por ejemplo, si hubiera dicho hace 25 años, que en vez de Historia hubiéramos hecho Derecho, de una vez nos hubieran dicho que no, pues ya nos habían dicho varias veces un "no" rotundo.

Con Historia no pasó eso. Sí habían críticos, pero no opositores rabiosos que no quisieran ver historiadores por allá, porque podría distraer recursos de la Universidad o porque los estudiosos de Ciencias Sociales eran como sospechosos, como muy ligados a la subversión. Siempre se creían esas cosas. Se decía: la UIS, "fuente de" o lugar semilla para la creación del Ejército de Liberación Nacional. Pero en ese tiempo de los orígenes de ELN eran ingenieros; entonces, no se podía decir que era porque había sociólogos, historiadores o trabajadores sociales que la subversión había llegado a la UIS.

Eran ingenieros, personajes muy notables, incluso estudiantes que lograron destacarse mucho a nivel nacional, algunos fueron verdaderos íconos como Jaime Arenas que después fue muerto por el propio ELN y muchos que desgraciadamente el mismo ELN los mató. Eran jóvenes que querían una lucha armada, pero eran como muy modernos, no cuadraban con la idea de lo que eran las FARC en ese tiempo y era claro que eran ingenieros. Entonces yo decía: "fíjense que eran ingenieros y aquí no había Estudios Humanísticos" como para echarle la culpa de eso.

Ese prejuicio fuimos quitándolo, mostramos que eso no era verdad, sin con ello negar que de ahí pudieran salir, como en efecto salen o han salido, pues había ejemplos muy fuertes de la Nacional, como el cura Camilo Torres que estuvo vinculado a la Facultad de Sociología de la Nacional. Pero eso no tiene nada que ver con qué cosas estudian; los jóvenes pueden estudiar las cosas que se les dé la gana y son captados o se inclinan por determinado tipo de actividad política. No tiene nada qué ver con la formación profesional, incluso los que estudiaban Sociología a lo mejor se aplacaban.

Además, yo creo que internamente el proyecto no tuvo opositores fuertes, gracias a que antes había existido el Instituto de Historia de Colombia. Por fuera de la Facultad Ciencias Humanas, sí había distintas opiniones, la más repetida de todas era decir: ¿para qué queríamos historiadores?, ¿como para qué podía servir?, o ¿qué éxito podían tener los profesionales?, refiriéndose al mercado laboral, si realmente los que estudiaban Historia iban a funcionar realmente como historiadores o iban a hacer otras cosas, otras actividades.

Entonces en el Consejo Académico, donde yo tenía que defender el proyecto, lo miraban a uno como si fuera un bicho raro, pero no es que se opusieran, se

preocuparon por el mercado laboral, si íbamos a tener o no un desempeño en el campo profesional; pero los estudios mostraban que eso sí era factible, que se necesitaban con urgencia historiadores en Colombia... Reconstruir, rehacer o hacer por primera vez muchos proyectos de la memoria histórica y eso que en ese tiempo no incursionábamos tanto en aquel tema que sí ocupaba mucho a los sociólogos en esa época, que era la violencia, por lo menos la carrera de Historia aquí no se preocupó por ese problema, aunque imagino que ahora sí es de interés.

Además, con la relación existente con la Universidad Nacional, aprendimos bastante sobre el modo de trabajar los temas importantes que en Colombia se estudiaban en ese momento. En los últimos años, hemos cambiado de temáticas, ahora interesa mucho el narcotráfico, la violencia, otro tipo de problemas, incluso de género; en esos problemas se han internado otras carreras, como los sociólogos, los antropólogos, pero la Historia también tiene mucho qué decir. Otro elemento a favor, es que en ese momento en Colombia había una buena onda, donde se veía algo así como el rescate o lo que se llamó también la Nueva Historia de Colombia, un movimiento llamado así como oposición a esa manera antigua de narrar la Historia. Existía una influencia muy grande de parte del pionero Jaime Jaramillo Uribe, con el que por fin superamos a Henao y Arrubla que eran los historiadores oficiales que nos echaban el cuento de la Historia como una cosa única oficial.

Lo anterior, hizo que Historia generara una gran expectativa en la región y sobre todo frente a esos personajes externos que la miraban con muchos interrogantes, que eran los mismos viejos académicos. Sin embargo, ellos nos recibieron a nosotros muy bien; había muchas peleítas y rencillas en Colombia entre historiadores profesionales y esos historiadores

académicos que generalmente son muy conservadores que defienden puntos de vista del *status quo*, del establecimiento o del gobierno, esa historia como historia de conmemoración. Pero aquí, los académicos de Bucaramanga no nos vieron mal, nos apoyaron e incluso nos invitaron, de hecho yo entré a la Academia de Historia con muchas prevenciones, yo me oponía a entrar porque yo le tenía como alergia a esas academias; pero finalmente no me opuse porque me parecía importante la relación con ellos y sobre todo el vínculo social con la sociedad santandereana a través de esos señores, aun cuando la mayoría de los que hay ahí no son historiadores profesionales.

Después comenzaron a invitar a algunos profesores nuestros a ingresar, algunos de ellos habían tenido antecedentes como Armando Gómez por parte de su padre, su mamá, muchos de la familia de él habían sido académicos, entonces, pues él también fue académico. Luego viene Armando Martínez, era un tipo muy reconocido, y hoy es el más insigne historiador que tienen allá en la Academia. Entonces yo creo que a nosotros nos recibieron bien, nosotros cambiamos nuestra opinión respecto a la Academia, dejamos las prevenciones y ellos nos han apoyado, nosotros los hemos apoyado en muchas actividades; es más, yo creo que la Escuela les ha ayudado mucho a manejar la parte de la biblioteca, también la parte museológica, pues ellos tenían muchas cosas pero eran una montonera de cosas allá arrumadas.

En ese proceso de formación de la carrera también hubo muy buenas relaciones con otras universidades. Entre esas relaciones, debe mencionarse las obtenidas con la Universidad Nacional de Colombia que tenía a un historiador como rector que era Marco Palacios, permitiéndonos tener mucho apoyo de parte de esos grupos de la Nacional. Yo recuerdo que asistí a varias

reuniones que me invitaron por ser decano, pero el medio de esas relaciones fue Armando Martínez.

Se consiguieron muy buenos recursos para un proyecto que inició con mucha fuerza como fue la microfilmación, así nos tocara hacer todo eso con los mormones, pues ellos por razones de sus creencias son muy metidos en ese cuento de microfilmar archivos. Aunque realmente lo que a nosotros nos importaba era tener los archivos, recuperarlos y salvarlos. Yo no sé hoy en día cómo estén, cómo vaya el asunto, pero eso era una cosa elemental que se necesitaba porque si no, ¿cómo hacíamos para investigar? También había relaciones con el Archivo Nacional y en ese momento, el Archivo Nacional sufrió grandes trasformaciones.

Nos inclinamos mucho hacia la historia de lo regional, la recuperación de la memoria regional, la memoria y la recuperación de los archivos, y se tuvieron muy buenos apoyos financieros. La Universidad apoyó el proyecto, tal vez no con todo lo que queríamos o con lo que querían en ese momento Armando Gómez Ortiz y Armando Martínez Garnica. No obstante, Armando Martínez resultó muy hábil para hacer convenios y firmar contratos.

Con relación al apoyo bibliográfico tuvimos muy buenos apoyos. Hoy en día eso no es problema porque las fuentes informáticas han abaratado costos, permitiendo un acceso masivo a todo, pero en ese tiempo no había internet, no había computadores siquiera o eran muy rudimentarias y limitadas; si había computadores eran unos armatostes poco versátiles, complicados de manejar, muy distinto de la situación ahora.

Entonces, mi participación en el proceso de formación en el proyecto del programa de Historia puede reducirse a que impulsamos esa idea en el Consejo

de Facultad, dando el visto bueno para comenzar a construir el proyecto. Se nombró como líder a Armando Gómez para que adelantara todas las cuestiones y todos los vínculos que desde el principio se establecieron con otras carreras del país, con la intención de ver cómo funcionaban los programas a nivel nacional. Siempre se pensó en formar historiadores que fueran investigadores, que realmente fueran a la fuente documental, a los archivos, que los buscaran y los organizaran; es decir, que no fueran licenciados. Esa idea fue muy buena, incluso algo muy interesante en ese momento fue que los académicos realizamos discursos ideológicos sobre "¿qué es la Historia?".

Buscamos que los profesores tuvieran los títulos más elevados como el doctorado, en eso tuvimos ocasión de conectarnos con el Banco de la República, quien nos ayudó en esa etapa. Logramos conocer a Elsa Martínez quien era una bibliotecóloga que trabaja en la Biblioteca Luis Ángel Arango, muy relacionada con la salvaguarda de archivos. Ellos estuvieron muy entusiasmados con que aquí en Santander se estableciera un nodo nacional que impulsara ciertas actividades de interés para el Banco de la República, como la recuperación de archivos y la restauración de documentos.

Ahí conocimos la existencia del profesor Armando Martínez Garnica quien era un historiador que en ese tiempo estudiaba en México porque se había ganado una importante beca del Banco de la República. Estuvo en el Colegio de México y apenas terminó sus estudios doctorales, se vino para Bucaramanga contratado como profesor. Fue una persona muy influyente en lo que se debe al perfil o la estructura que adquirió la carrera e hicimos buena amistad. Colaboró muchísimo en el desarrollo de un programa moderno, en darnos su concepción científica, en el sentido de estudiar las nuevas corrientes historiográficas, las nuevas vertientes

de la Historia y, sobre todo, el rescate documental y de archivos.

En el tiempo que era decano, se logró hacer un convenio con el Banco de la República, fundándose en la Universidad algo que todavía existe que es el Centro de Restauración de Documentos, pues el Banco de la República tuvo esa actividad en Bogotá para un archivo que se había incendiado y que se había comprometido a restaurar. Se trajo maquinaria de lo más sofisticada en ese tiempo, no creo que hoy en día sea lo más sofisticada, pero en ese tiempo sí porque la restauración en Colombia era manual, así que para restaurar una hoja se gastaban no sé cuántos días o semanas y con esta tecnología se restauraba montones al día. Recuerdo que una señora llamada Noemí era la sabia para restaurar el papel, porque en el mundo era como muy manual esa actividad. Ella trabajó mucho tiempo en Washington y fue la que orientó al Banco en este laboratorio. Aquí en la UIS había la causalidad de un Instituto de Papel también, que era muy famoso en Colombia en ese tiempo para la fabricación de papeles; ese instituto se instaló, era de Ciencias Humanas aunque se instaló en el INSED, creo que está allá todavía.

No debe olvidarse que también se vinculó el profesor Jairo Gutiérrez que estaba antes en otra Escuela. Él era sociólogo, pero finalmente se volvió historiador, incluso se doctoró en Historia y creo que se pensionó hace poco. Es un investigador nato, muy bueno y un excelente profesor que trabajó muchísimo en la Escuela. Bueno, esa fue como mi participación más directa, incluso cuando dejé de ser decano me pasé para esa Escuela como profesor, pero yo trabajaba en algo que no tenía mucho qué ver con el proyecto mismo que llevó a la creación de la Escuela o a lo que se dedicaron los dos Armandos, más los otros profesores que llegaron.

Luego llegaron las nuevas generaciones, como el director actual, Álvaro Acevedo, quien fue de los primeros en graduarse, luego hizo su maestría, su doctorado y luego entró a trabajar aquí. Acevedo después de trabajar en Pereira volvió y entró; a mí me parecía que era muy buen investigador, le conocí varios trabajos, le colaboré mucho con unos estudios sobre el movimiento estudiantil y de ahí sacó varios trabajos. Sobre todo, uno muy grande acerca del movimiento estudiantil en Santander, aunque se metió un poco con la UNAB. La irrupción de la UNAB en Bucaramanga fue importante porque fue la primera universidad que realmente apareció al lado de la UIS, con carreras de Administración y después de Derecho, luego siguieron con otras carreras.

Inicialmente, la relación con los demás profesores era completamente distinta de lo que es ahora, yo llevo como ocho años que soy profesor jubilado, aunque sigo siendo profesor de cátedra en Derecho, por eso sé que, en general, el ambiente inicial en la Facultad era bastante cordial, había diversas corrientes, no habíamos llegado o no se habían producido unas fracturas tan grandes como yo veo que hay ahora. Antes las relaciones eran muy cordiales, sin que se quiera decir que no había diferencia, pues teníamos de todo: ex-curas, sociólogos. Luego comienzan a aparecer también los economistas, pues había un departamento que se llamaba de Ciencias Sociales, donde había profesionales de distintas disciplinas: antropólogos, filósofos, sociólogos, hasta arquitectos hubo una vez; pero las relaciones eran cordiales, sin que hicieran un pensamiento único.

A nivel intelectual, incursioné por el área de la Historia Social de la Ciencia, fui uno de los que le metí mucho impulso a esa área que ya existía en otra Escuela pero se la pasamos a Historia porque era como su lugar natural. Se adelantaron trabajos muy interesantes con

varios profesores, unos ya historiadores, otros que se volvieron como historiadores, como el profesor Juan Alberto Rueda, que en realidad era sociólogo pero se volvió historiador. Él trabajó mucho en la Historia Social de la Ciencia como investigador de lo que ocurrió en la región, de la ciencia y tecnología aquí en Santander y en Colombia. Había otros profesores muy entusiastas en ese tiempo, pero no sé ahora en qué andarán, que creo se han ido como Amado Guerrero -a quien llamaría yo de los nuevos aun cuando ya es viejo-; él era muy buen investigador, una persona muy activa, que produjo mucho y manejó muchas investigaciones.

Entre esos profesores, puede que yo sea más antiguo que ellos porque llegué un poquito primero a la Universidad debido a que me gradué y entré de una a trabajar. De ellos, creo que el único fallecido por ahora es Armando Gómez Ortiz; mantuve siempre con ellos muy buenas relaciones de amistad, de respeto mutuo, como amigos, como personas y también en cuanto que ellos salían muy buenos trabajadores, muy buenos profesores, yo creo ellos siempre tuvieron reconocimientos académicos y estudiantiles, también por parte de las directivas de la Universidad, nunca he sabido que ellos alguna vez tuvieran una mala calificación en su desempeño académico e investigativo. Fueron personas que forjaron un prestigio personal y también un reconocimiento de la Escuela en sus primeros años, como en el caso de Jairo Gutiérrez quien hasta hace muy poco trabajó e incluso ganó el Premio Nacional de Historia "Alejandro Ángel Escobar", que es muy importante. Armando Martínez ha obtenido muchos reconocimientos nacionales e internacionales; creo que son personas que han hecho y dejado huella profunda en la Escuela y que quienes los quieran superar tienen una marca alta. En todo caso, tienen un nivel importante de altura, para decir, bueno, este es el punto de referencia que se tuvo, y ahora no sé si esté más abajo

o esté igual, o cómo van a pasar de ahí; se requiere de un esfuerzo muy importante para superarlo. De manera que ellos para mí fueron unos líderes que triunfaron con ese proyecto. Triunfaron académicamente. Se realizaron como profesores.

En cuanto a mi trabajo con publicaciones, siempre he tenido ciertas veleidades con el trabajo periodístico, sin que crean que yo soy periodista ni mucho menos, más como el columnista de opinión, digámoslo así. Trabajé en un periódico oficial que tenía la Universidad antiguamente, no me acuerdo cómo se llamaba. Después hubo un periódico profesoral que se llamaba *Respuesta Universitaria*; estuve muy metido en ese periódico que era de profesores y comenzamos con el profesor Serafín Martínez que era de la Escuela de Letras y con Antonio Pulido que era un ingeniero y trabajaba en Planeación.

Luego decidimos que debía montarse un nuevo periódico oficial de la Universidad y así fue como nació *Cátedra Libre* orientado por varios profesores de la Facultad, y convencimos al rector de la época que le diera financiación a ese periódico. Era un periódico ahí como muy artesanal por su tiraje, diseño y las colaboraciones, eso fue mucho antes que existiera el periódico *UN* de la Universidad Nacional. Después, un rector le dio mucho impulso, con ese impulso ganó una periodicidad fija, ganó una pequeña planta de personal, con comunicadores, periodistas profesionales y se le cambió el diseño. A mí, hoy en día no me gusta como está ese periódico, me parece que se ha vuelto muy parroquiano otra vez; en ese sentido otras universidades nos han tomado muchísima ventaja, pues no puedo compararme con *Alma Máter* de la Universidad de Antioquia o con *UN* que son periódicos, periódicos. Creo que le deben meter mucha financiación porque yo sé que cuesta mucho.

En el periódico *Cátedra Libre*, mi relación fue primero como colaborador, como escritor de columnas de opinión o artículos de fondo, sin ser un artículo de revista, sino de periódico para que la gente lo leyera, pero muy trabajado. Cuando me pensioné ya fui director de ese periódico, lo dirigí un tiempo y después tuve que dejarlo porque mi esposa entró a la dirección de la Universidad. No me sentía conforme con que alguien de la familia esté en una alta dirección de la Universidad y uno en el periódico, eso no me cuadraba. Uno no podía decir lo que quería, para mí era muy incómodo, entonces me salí definitivamente, me convertí en profesor de horas cátedra de Derecho hasta que me aburra o se aburran conmigo.

También dirigí la *Revista Humanidades* que era la única revista que tenía la Facultad y que todavía existe. Escribí muchísimo en esa revista, muchos artículos, incluso, llegué hasta recogerlos y mirar si valían la pena o no reimprimirlos para repartírselo a los amigos. No era una revista especializada, era una revista un poco como miscelánea, diría yo, y como en ese momento no había más en la Universidad, ahí se publicaba de todo: Artes, Cine, Filosofía, Historia. Creo que hoy en día siguen publicando medio revuelto y desde luego eso fue lo primero que los historiadores tuvieron como revista para publicar. Creo que el motivo por el cual la sostienen es porque es una revista muy antigua, ya hay mucho sentimentalismo, es una revista tan antigua y tan vieja que no la podemos acabar y las universidades muchas veces exhiben revistas así. La misma *Revista Santander* no es una revista tan especializada, pues en cuanto es de Historia, ahí se publican muchas otras cosas que no son estrictamente Historia.

Entre las actividades en que participé, en el año de 1992 se logró realizar el VIII Congreso Nacional de Historia que fue el primero que se hizo aquí en la UIS.

En esa época yo no era decano pero me habían nombrado representante de los profesores al Consejo Académico. Ese congreso fue como una carta de presentación y a la vez de reconocimiento nacional a la labor que se hacía en la Escuela. Efectivamente, tuvo mucho éxito en varios sentidos, en cuanto a la organización, la gestión misma de la gente. Era un desafío que una Escuela muy nueva y que a lo mejor sin experiencias previas, organizara un evento de esa naturaleza; pero ahí se demostró que sí había talento administrativo para permitir una muy buena organización pues el congreso funcionó perfectamente, como si fuera un congreso de Ingeniería o de Salud.

Aun cuando la responsabilidad era totalmente del programa de Historia, la rectoría de la Universidad a cargo de Jorge Gómez Duarte, se comprometió y apoyó con mucho entusiasmo ese congreso, se recibieron muy buenos apoyos, en especial logísticos, pues la universidad tenía una experiencia muy grande en organizar estos eventos, la propia Academia de Historia también lo apoyó muy bien. En la parte administrativa y la gestión, todo salió muy bien, pues todo funcionó como se dijo que iba a funcionar y a nivel nacional la coordinación fue muy buena.

La respuesta académica también salió muy bien. Creo que fue un congreso de buena calidad académica porque era un poco como la onda creciente que había en Colombia, una época que en general los estudios de Historia habían tomado mucho impulso. Entonces, ese congreso pudo recoger esa experiencia nacional del impulso en los estudios de Historia y su profesionalización. La sociedad colombiana reconocía la necesidad de los historiadores porque no puede un país, y más como Colombia con su problemas, no tener unas buenas memorias, sino, estaríamos como se dice refrán "condenados a repetir la historia", aunque lo seguimos haciendo.

Ese congreso fue muy notable, muy importante, yo estuve metido en el área donde se trabajó Historia Social de la Ciencia, algo muy novedoso que se vio en ese congreso porque estaba muy de moda en Colombia el estudio de la Historia Social de la Ciencia y había muchas relaciones con una universidad de México, con profesores. Esa era un área que aquí en Colombia tuvo muy buena acogida y hubo muchos grupos de Historia Social de la Ciencia, la misma Colciencias tuvo un área dedicada al estudio y la recepción de la ciencia en Colombia.

En mi trayectoria, también dirigí trabajos de grado e incluso fui calificador de trabajos de grado. Ya en los grandes trabajos de investigación de la Escuela no me metí, no intervine directamente como investigador puesto que yo ya me dediqué al proyecto de Derecho, pues había estado creando la Escuela de Derecho, que creo que tiene como 20 o 18 años. Me pasé allá con mucha dedicación, incluso antes de empezar la carrera de Derecho ya teníamos unos convenios con la Nacional para posgrados en Derecho. Esa fue una situación un poco rara en la Universidad, algunos lo criticaron, pues cómo era que podíamos tener posgrados sin tener pregrado, pero, claro, los programas no eran de nosotros, sino que nosotros los trajimos y nos sirvió como caballo de Troya para meter después el proyecto de Derecho.

Además, aquí se tenía muchas resistencias porque la gente le cargaba bronca a que hubieran más abogados o que hubiera Derecho en la UIS, casi con la pregunta inicial que nos habíamos hecho: ¿para qué más historiadores o para qué historiadores?, entonces aquí: ¿para qué más abogados? Porque, en efecto, si había otras escuelas ya de trayectoria en Bucaramanga, estaba la Santo Tomás, la UNAB, creían que ese proyecto era como ineficiente, entonces yo creía que una universidad pública debe tener Derecho. No puedo concebir una

universidad pública sin Derecho o sin Filosofía que vino después.

En general, yo creo que la recepción de la Escuela de Historia en la región ha sido buena porque la Escuela ha producido mucho, no sé cuál sea el ritmo de producción actual, pero hubo períodos que la Escuela mostraba una producción intelectual bastante grande traducida en publicaciones, investigaciones, en la calidad de las tesis de grado, en las relaciones que mantienen o mantuvieron con otras escuelas colombianas o a nivel internacional, con el rescate de la *Revista Santander* que es la antigua revista de muy buena calidad que se editó incluso antes que existiera la UIS. Era una revista muy buena porque los intelectuales más connotados de la región fueron los creadores y lograron escribir. Ese proyecto se recuperó, yo creo que de la mano de Armando Martínez. La *Revista Santander* es un lujo de revista desde el punto de vista del contenido, pero en especial, es un lujo editorial porque la idea era hacer algo de mucho impacto, de mucha calidad editorial y claro, de contenido; de ahí se han recuperado muchos trabajos antiguos, nuevos, las nuevas investigaciones.

Ya con respecto a la doble titulación en Archivística, debe recordarse que esta Escuela tuvo una veta fuerte de la Archivística, primero por la organización, recuperación y restauración de archivos. Bueno, no sé si la Archivística sea una profesión autónoma, es como los bibliotecólogos, yo no sé si están en vía de extinción los bibliotecólogos o no; porque finalmente los bibliotecólogos pues saben organizar bibliotecas, atender al público, documentar, pero no saben más, yo no creo que sepan de los libros mismos, es curioso que no saben de los libros mismos ni de la historia de los libros. Son como los periodistas, los comunicadores son comunicadores de nada. Si se quiere escribir de economía tiene que ser economista

y muy especializado, y después si quiere ser periodista pues sea, desde que tenga idea de qué es lo que está hablando. Como decía Kraus, un filósofo austriaco: "los periodistas no tenían idea de nada, pero escribían", entonces yo ¿qué saco con ser un archivista? ¿Qué hago con eso?

Creo que la Archivística es una profesión pero como de nivel intermedio, sin disminuirle, sin creer que es una cosa inferior, mucho más se tiene en cuenta la manera como se maneja hoy en día la información. Si un historiador es experto en Archivística de un periodo, de una época, de un tema específico, pues sería como una especialización, si me voy a volver experto en la *Colonia* o experto en el siglo XVIII y quiero saber mucho de la documentación, dónde están las cosas o cómo están organizadas, pero de hecho, tengo que ser historiador primero y luego puede ser que me dedique a la archivística.

En conclusión, yo no sé cómo vean los santandereanos hoy en día la Escuela de Historia, pero en ese tiempo se le veía muy bien, tuvo buena recepción, la Escuela fue muy productiva, tenía buen prestigio a nivel nacional por su productividad, por su trabajo investigativo. No sé el estatus actual cómo sea. Partiendo que la imagen de la Escuela es su producción intelectual sin lugar a duda, y su prestigio es ante todo, la manera como la crítica ha recibido el trabajo académico, el trabajo intelectual, yo creo que esa es la percepción que se tiene fuera de la Universidad.

LUIS ARIEL DÍAZ OSORIO

Licenciado en Filosofía de la Universidad Bolivariana de Medellín. Doctor en Filosofía. Profesor Jubilado de la Universidad Industrial de Santander.

Comencé mis estudios con una Licenciatura en Filosofía en la Universidad Bolivariana de Medellín, aunque realmente inicié en el Instituto Filosófico Salesiano ubicado en La Ceja, cerca de Ríonegro, Antioquia. Sin embargo, como ese instituto no tenía las autorizaciones oficiales y jurídicas se vinculó a la Bolivariana de Medellín, por ese sentido, mi pregrado es de dicha universidad en el año de 1963. En esa carrera llegué a realizar un doctorado, por lo tanto, soy un doctor de proceso académico, no doctor como le dicen a todo el mundo. Dentro de los estudios que realicé para complementar mi formación filosófica, se encuentra los "estudios avanzados en Sociología"; además, y uno de los más enriquecedores, fue el diplomado que realicé en París años antes de haberme vinculado a la UIS, pues el doctorado que también cursé en Francia, lo realicé en el año de 1980 gracias al apoyo ofrecido por la Universidad.

Por muchos años fuí el único doctor de la Facultad de Ciencias Humanas, recordando que me vinculé a la UIS aproximadamente a finales del año 73 e inicios del 74, como profesor externo que se asemeja a lo que hoy llamamos profesor cátedra, hasta el año 75 cuando me realizaron una oferta seria de integración a la Universidad. Sin embargo, dicha propuesta fue truncada por una de las tantas huelgas que existieron en la UIS durante la década del 70; por eso, sólo hasta

enero del año 76 pude empezar como profesor de tiempo completo.

Esta vinculación a la UIS fue impulsada por insinuaciones de amigos, pues cuando llegué a Bogotá luego de mi viaje a Europa, tenía dudas acerca de quedarme o volver a mi tierra, Santander, pero por situaciones personales y familiares me vi obligado a venirme a probar a Bucaramanga. Por ese motivo inicialmente trabajé en aquello que en esa época se llamaba "profesor pirata", ayudaba a la fundación de la UCC, Universidad Cooperativa de Colombia, era profesor en la Universidad Santo Tomás, de las primeras promociones en Derecho y, lógico, profesor cátedra de la UIS.

En mi vinculación a la UIS, dos profesores tuvieron mayor fuerza: el profesor Reinaldo Suárez y el profesor Libardo León, los dos zapatocos. También profesores de otras áreas, sobre todo amigos del área de Química porque los químicos fueron prácticamente una organización administrativa de la UIS, ellos tuvieron mucha importancia en eso y en los procesos de formación del profesorado, entraron muchos químicos; esto debido a que las primeras carreras de la UIS fueron Ingeniería Química, Ingeniería Mecánica e Ingeniería Eléctrica, entonces ellos se vieron obligados a especializarse en aspectos diferentes como educación, por eso se formó el Departamento de Educación que lo dirigía un químico de padres italianos, quien también me invitó a vincularme a la UIS.

Durante esta década, era normal encontrarse con diferentes movimientos estudiantiles que incluso se hicieron presentes durante mi formación académica en la Universidad Bolivariana de Medellín. Sin embargo, en ese momento no tuve mayor participación, porque dicha universidad había sido creada de manera parecida

a la Universidad Santo Tomás; es decir, como una necesidad surgida de los padres de familia por salir de las "furruscas" de las universidades oficiales, donde cada semestre duraba lo de tres. Este tipo de iniciativas de crear o recrear -porque ya existían en algunas partes este modelo de universidades, sobre todo con vínculos religiosos-, fueron apoyadas por la ciudadanía.

Mi participación en este tipo de movimientos tuvo un cambio al ingresar a la Universidad Industrial de Santander, ya en ese momento como profesor. Iba a la Policía a abogar por los estudiantes con el argumento de que eran adolescentes que les daba por tirarle piedra a la Policía, pero no delincuentes, esto con la finalidad que distinguieran, y encontrándome con capitanes que eran muy conscientes de esta situación. Defender a los estudiantes me llevó incluso a ser invitado por parte de la Quinta Brigada para dar conferencias. Yo intentaba ser como una especie de mediador, inclusive, los representantes estudiantiles me citaron algunas veces para que fuera a cierta integración cuando se les salía de las manos muchas cosas. La situación era difícil por causa de los grupos radicales, con los cuales no hay diálogo debido a que son como dos idiomas diferentes, son concepciones tan diferentes que no se puede dialogar.

Además de mi participación en la política y los movimientos estudiantiles, también pude observar cómo la Historia tradicionalmente en Santander se daba a través de la famosa Academia de Historia, conformada por miembros que casi en su mayoría eran abogados. Ellos hicieron sus buenas investigaciones y trabajos históricos, no obstante, siempre se hacían con un criterio muy santandereano de cierto nivel de clase. Pertenecer a la Academia era como una especie de currículo que buscaban, así como en el mismo proceso de ascenso de un abogado a juez, magistrado, etc. De ese modo,

la Academia tenía la cualidad de ser una promoción de abogados dedicados a la parte histórica. Ellos mismos, los académicos, tuvieron la idea de una especie de centro de Historia, pero no sabían dónde ponerlo, debido a que en el año 48 había explosionado el proyecto de la Universidad Industrial, cuyos primeros deseos por parte de los interesados en la fundación de un centro universitario en Bucaramanga, partieron con un sentido muy liberal de hacer accesible la educación superior a clases menos favorecidas, porque las clases prestantes de Santander mandaban a sus hijos a estudiar a otras universidades a Bogotá o al extranjero. Se buscaba que el desarrollo tuviera como base la inteligencia; junto a una serie de proyectos internacionales acerca de cómo sacar a los países del subdesarrollo para que lograsen equilibrar un poco la balanza económica mundial. Así se creyó que creando una universidad técnica en esta región, se impulsaría el desarrollo económico en el sentido más amplio e integral de la región.

Ante esa situación, Bucaramanga tenía una importancia debido a su ubicación como cruce de confluencias culturales y también industriales. Por un lado, estaba Barrancabermeja con la explotación del petróleo; por el otro, Boyacá-Duitama con la metalurgia. Lo anterior necesitaba de personal cualificado. Debido a la necesidad de profesionales en áreas industriales, se retrasó el proyecto humanista, llamémoslo histórico, social, político, profesional, hasta casi finales de la década de los 60, cuando logra entrar por presiones nacionales producidas por los variados conflictos sociales surgidos que obligaron a la necesidad que se pudiera reflexionar sobre las situaciones que se presentaban en esa década, así es como se tuvo más conciencia de eso.

Al principio, aquellos de la Secretaría Académica, eran los encargados de la parte humanística de la Universidad, entendida más bien como Bellas Artes,

diríamos casi de *glamour*, de tener un profesional menos brusco, pulirlo un poco en esos aspectos. Por eso el concepto de humanidades en la UIS fue y creo que todavía es difícil; sin embargo, me parece que ha tenido como esa evolución, en cuanto que se ubicó con base en ciertas áreas importantes.

A partir de los años 65-67 ocurrió otro cambio, cuando se da inicio al traslado de lo que se llamaba la Universidad Femenina, que era como una especie de normalistas superiores en determinadas áreas, sobre todo en paramédicas, pero había también lo que llamaban Bellas Artes y un medio esbozo de técnico en lo que se va a llamar Trabajo Social, que también tuvo una evolución porque se llama Trabajo Social con un poco de asistencialismo social que necesitaban en la Secretaría de Gobierno.

En esa misma época surge el Instituto Superior de Historia de Colombia y atrajo sobre todo a profesoras, pues era bastante amplio el recurso femenino en la enseñanza de aquello que se llamaban Sociales. De ese modo, el Instituto Superior de Historia de Colombia nace en esa necesidad de las Ciencias Sociales, donde la Historia va a convertirse en una especie de núcleo de reflexión. Hasta ese momento todavía seguía siendo el encargado de ese instituto, el secretario de la Universidad, quien en esa época era el doctor Luis Serrano Gómez, un abogado muy humanista y preparado, pero, la Universidad había crecido y con ella los conflictos. De manera que necesitaba "especificar roles".

Yo calculo que en el año 69 se estableció la separación del instituto de aquello que se llamaba la formación humanística de la Universidad a cargo de la secretaría de la Universidad. Pero no sabían quién podría dirigir el proyecto, porque los académicos, por

lo general, eran casi todos jueces, abogados y tenían muchos compromisos, les costaba trabajo encargarse de aspectos administrativos serios, además la Universidad se caracterizaba ya por un proceso interesante de tener profesores de planta.

Cuando llegué en ese tiempo, venía de Venezuela un mexicano que se encargaría del Instituto de Historia, era historiador no en el sentido moderno de la palabra, sino un conocedor de la historia latinoamericana, más bien del proceso de los programas históricos de la época que se reflejaban en los estudios que se hacían en secundaria, en las clásicas dimensiones de la Historia: Historia Antigua, Historia Medieval, Historia Renacentista, Historia Republicana. Nosotros le dimos mucha importancia a la Historia Republicana, sobre todo a partir de las gestas de Independencia, que en esa época la dividimos en Conquista, Independencia y República.

Luego me encargaron el famoso instituto que se ubicó en la División de Humanidades, cuyo director era un economista, quien creo se llamaba Efraín Prada, quien venía de la Universidad Nacional. Además, estaba Libardo León, que fue muy importante para la creación tanto de Historia como de todo el progreso que van a tener las Ciencias Humanas en la Universidad, pues en todo este proceso, se resalta su papel como uno de los fundadores de la División de Humanidades, porque a él le tocó una época conflictiva, tanto a finales de los 60 como toda la década de los 70 hasta inicios de los 80.

También se había empezado con otro proyecto interesante que me gustaba, pues la carrera de Historia se creó casi contemporánea a la de Filosofía, y que tuvo gente que también colaboró mucho. Yo tenía la idea que no se puede hacer Filosofía sin Historia y sin Sociología. En esas áreas se vinculó y se trajo gente interesante:

sociólogos, tambien vinieron algunos paisas a reforzar pero no duraron mucho; de Cali también vinieron y todavía hay algunos que se quedaron ahí.

Después de ser Historia como una cátedra, como algo pequeño, ya pasó a ser algo más grande. Para lograrlo, primero, prácticamente se trató de organizar los programas, establecer un currículo propio; lógicamente se continuó con los profesores abogados y académicos que apoyaron la idea, también se establecieron diferentes cátedras que viraban más al aspecto de la cientificidad de la Historia como una especie de necesidad, entonces, había gente que hacía estudios arqueológicos, otro, archivos, eso no fue invención, fue todo un proceso de la gente que quiso seguir en esa iniciativa porque era una necesidad del departamento y ya estaba en boga lo que se llamaba Historia Social. Sobre ese campo, se puede decir que comencé a elaborar una visión, no tal vez absolutamente novedosa, sino que se aprovechaba en un sentido diferente lo que había. Una de mis preocupaciones fue que conociéramos la región bajo otro aspecto porque se habían hecho muchas monografías, yo diría casi folclóricas de tópicos de Santander; por eso hay un poco de novelas interesantes del siglo XIX. Sobre esas iniciativas, me vino en mente algo que al principio sirvió mucho: todos los estudiantes tenían que hacer una serie de monografías sobre los pueblos de Santander, yo respetaba la formación de cómo se organizaban los estudiantes para hacerlo y casi siempre era por regiones; es decir, los que eran de la provincia guanentina, los de San Gil, los del Socorro y creo que existen muy buenas monografías de todos los pueblitos de Santander.

Considero que eso era una base interesante y había, todavía, la preocupación del conocimiento histórico porque no puede hacerse análisis histórico sin el conocimiento histórico que requiere del aspecto

metodológico. Primero, se comenzó a tener la parte metodológica de la Historia, esa parte metodológica se complementaba básicamente con la parte, llamémosla hoy día, epistemológica, de cuestionamiento filosófico del mismo saber histórico, que en eso ya había mucha literatura importantísima, francesa, inglesa y alemana, es lo que podríamos llamar Filosofía de la Historia.

Lo anterior, fortaleció inquietudes, se vinculó mucha gente interesante que quería colaborar con ese proyecto, como Armando Martínez, quien una vez vinculado se dedicó de lleno a ese aspecto de fortalecer la cientificidad del concepto de Historia, con todo lo que representa cientificidad. Llegó precisamente a fomentar, digamos, la Archivística y todos esos estudios de documentación histórica porque él tenía una especialización en esas áreas que le dio mucha fuerza para tener casi elaborado un proyecto de carrera de Historia.

También se vinculó Armando Gómez Ortiz, un fumador empedernido que ya murió. Él se dedicó a la Historia Moderna, Contemporánea; estuvo también vinculado en el aspecto de Historia de las Ciencias, el profesor Ernesto Rueda, de los que yo sé que son gente que fueron pilares de esa evolución. Esa es la evolución que mencionaba, del aspecto puramente cultural al Instituto Superior de Historia y luego llegar a la carrera de Historia. Esa fue prácticamente mi labor.

No sé si uno ve el pasado siempre muy rosa, pero entre los profesores teníamos un espíritu muy marcado de fraternidad, buenos amigos, seguíamos los debates de clase en nuestros currículos. Entre los profesores había el ambiente de preocupación intelectual, no era un oficio, sino que era una vida, era nuestra vida. En ese sentido éramos muy diferentes porque después se volvió cada uno a su rancho, no había tanta relación. Éramos muy unidos, aun cuando no eran saberes,

podríamos decir, afines, había ese espíritu de colegaje, de fraternidad, de amistad que hacía muy interesante el trabajo, aunque no puedo afirmar que no haya existido posteriormente.

A partir del 95 fui desvinculándome de muchas actividades, no de mi actividad académica, profesional, de labores, pero ya no me encargaba de otras cosas, aunque fui también jefe del Departamento de Ciencias Sociales, fui postulado también para las decanaturas y fui postulado hasta para una terna de rector. Son cosas de mi vida en esa época que yo agradezco a la Universidad, tanta oportunidad que me dio de expresar mi formación profesional humanística. Yo soy uno de los amantes de la Universidad en ese sentido, por eso me duelen las situaciones de deterioro.

Aunque antes de retirarme participé mucho en la producción intelectual, fui uno de los sostenedores con los profesores de lo que se llama la Revista de Humanidades. Me encargué de esta revista y por muchos años las obras están llenas en la carátula de los grandes artistas santandereanos. Personalmente iba a sus casas a visitarlos y me regalaban la foto del cuadro que ellos habían pintado, por eso va encontrar una colección de obras de arte en las revistas. Me preocupé mucho porque fuera de calidad.

Sobre los elementos actuales de la carrera, considero que mientras la titulación de la reforma del programa de Historia sea voluntaria, me parece muy bueno, ojalá hubiera varias micro-especializaciones porque uno descubre cualidades que no las había podido manifestar, que en el trascurso de su carrera se da cuenta y puede que en esa veta encuentre más realización. Entonces eso me parece bueno, imagino que Armando Martínez, que es experto en eso, estará; después entonces los egresados de ahí que fueron chinos muy pilosos, entre esos Álvaro Acevedo, que

estuvo mucho tiempo en la Autónoma, pero se vinculó otra vez a la UIS que es su casa materna y paterna.

Además, no debe olvidarse el Centro de Documentación Histórica Regional que fue interesante y a mí me tocó precisamente algo que fue muy doloroso: el incendio del Archivo Histórico de Girón, donde nos tocó ir con estudiantes a salvarlo. En ese trabajo estuve muchos sábados y domingos con grupos de gente voluntaria. Había documentación casi desde el descubrimiento de América; en ese momento vino una hermana de De Greiff que era especialista en restauración de archivos a nivel nacional, una paisa muy simpática, ya muy señora en esa época, ella dirigió un poco la restauración desde el aspecto de su profesión. Yo colaboré en eso con estudiantes, se salvó bastante documentación; no sé después cómo terminó, pero fue muy doloroso. Luego se comenzó a hacer lo que era la microfilmación de archivos, que eso sí progresó mucho, yo creo que casi todos los pueblos de Santander ya tienen microfilmados sus archivos parroquiales, porque eso sí fue una necesidad, se incendian y se pierden cosas valiosísimas, entonces en ese aspecto también se colaboró. Como le digo, teníamos un espíritu tan ameno, de colaboración y de entrega, que podíamos hacer todas esas cosas.

A mí me parece muy importante la evolución de la conceptualización de la carrera, porque esos conceptos siempre *tienen* un episteme fundamental, o sea, un núcleo de significación, y si se ignora, pues entonces cojea el edificio. Es ese proceso de auto-conceptualización que hace la madurez del desarrollo de la carrera de Historia, pues no se debe olvidar algo que es importante, al menos en el concepto de buenos historiadores: las fuentes. Me atrevo a pensar que eso no se debe descuidar porque a veces con el prurito de la novedad, de la moda, se le hace mucho daño precisamente a la Historia,

un conocimiento tan complejo de las realidades del pasado, sin nunca pretender el secreto de la Historia porque no lo hay, porque sería pretender el secreto de la humanidad y eso no lo hay.

Creo que se ha evolucionado en ese sentido, y afortunadamente ahora la carrera tiene una serie de personajes que tienen conciencia de esos procesos, seguro que van a representar una buena plataforma para continuar y progresar. Yo sé que ya se marcó mucho a nivel de estudios, no solamente regionales sino también de grandes necesidades de lo que es la investigación que se está haciendo en esas áreas a nivel nacional e internacional. No nos quedamos en la culinaria del folclor.

Por eso, la Facultad de Ciencias Humanas se ha dado cuenta que es una Escuela que integra muchos saberes. Por ejemplo, el caso de la evolución de las humanidades de la UIS, se integró a través de lo que se llamaba el Departamento de Ciencias Sociales, que era Trabajo Social. A mí me parece que esa evolución ha sido interesante, sin que entre en detrimento de las otras dos áreas o cuatro, la parte social-sociológica, la parte histórica, la parte filosófica y la parte económica, esas son áreas sumamente importantes. Ahora, en la parte social está la parte política. En todas tiene influencia la Historia, los antiguos tenían en mente una frase de Cicerón, un abogado romano del siglo I, él decía: "*Historia magistra vitae*", "la historia es la maestra de la vida", y la vida se aprende todos los días, entonces, la Historia no es pasado solamente.

LILIANA CAJIAO VALDIVIESO

Antropóloga de la Universidad del Cauca. Magister en Arqueología. Profesora Jubilada de la Universidad Industrial de Santander.

Mi formación es en Antropología y soy antropóloga de la Universidad del Cauca. Posteriormente, cuando ya estaba vinculada a la Universidad Industrial de Santander, me gané una Beca Fullbright Last Pau para ir a hacer mi Maestría en Arqueología a la Universidad de Pittsburgh en Estados Unidos. Además, allá también obtuve el Certificado de Estudios Latinoamericanos con Especialización en Antropología, después regresé nuevamente a seguir con mi carga académica en la Escuela de Historia.

Llegué a la UIS en el año de 1982, para ser más exacta me posesioné el 5 de septiembre de ese año y llegué porque vine a hacer una investigación en plantas medicinales, que era una investigación coordinada por mi director de tesis en la Universidad del Cauca quien tenía un proyecto muy grande para todo el país, que era estudiar el uso que la gente daba a las plantas medicinales, y luego con la recopilación de todas esas muestras, analizarlas en un laboratorio y ver si era para aquello que la gente las usaba y si realmente servían desde el punto de vista científico. Eso era una cosa muy grande con las Naciones Unidas y a mí me tocaron las ciudades de Cúcuta, Bucaramanga, Vélez, Bogotá y Pasto. Cuando yo llegué aquí a hacer mi trabajo en los Santanderes, estaba una compañera de colegio mía, casada con Klever Zamora, un médico

muy prestigioso, y ellos, apenas supieron que yo estaba aquí, inmediatamente me trajeron a la Universidad y coincidencialmente necesitaban un antropólogo; me hicieron una entrevista, me hicieron una oferta de trabajo y me vine para acá, fue así como yo me vinculé a la Universidad.

Yo realmente no había trabajado sino como investigadora y en ese momento tenía trabajo de planta en el Bienestar Familiar de Popayán y trabajaba en zona indígena, o sea que estaba muy bien en el Cauca, pero de todas maneras me hicieron la oferta y me sentí muy comprometida con mi amiga, sobre todo porque ya había dado mi palabra. De ese modo, me tocó renunciar a lo que tenía allá, terminé la investigación y me vine para acá y desde ese momento estoy aquí. Así, me vinculé a lo que se llamaba en ese entonces el Departamento de Ciencias Sociales, que abarcaba todas las carreras, porque en ese momento se llamaban carreras, no hablamos de Escuelas sino de carreras de la Facultad de Ciencias Humanas, eso para el año 82.

El decano de ese entonces de la Facultad de Ciencias Humanas era el doctor Libardo León, a quien agradezco el gran aprecio que me tenía y espero me siga teniendo. Él me llamó para que participara en la creación de ese programa, o sea, que estuve vinculada desde el comienzo al programa de Historia, digamos, que yo tracé las líneas de Antropología que iban desde una Antropología General y culminaban con una práctica arqueológica, pero después eso cambió y no se hizo, pues eran historiadores y no arqueólogos.

Estuve en algunas universidades del país compilando programas de Historia, para poder formar el pénsum de Historia de la UIS. Estuve en la Universidad del Valle y en la Universidad del Cauca, y aunque no fui personalmente, solicité la información

del programa de la Universidad de Antioquia. Estoy hablando de Historia en general; así, participé en todo lo que fue ese proceso junto con los otros profesores que eran Libardo León, el decano; Ariel Díaz, filósofo, y Armando Gómez, historiador. Además, también estuve en las presentaciones que se hicieron en los Consejos para defender el proyecto.

Yo recuerdo que se presentó un poco de resistencia, algo que ha habido siempre a las Ciencias Humanas en una universidad como esta que es de carácter eminentemente ingenieril, pero por lo demás no, tuvo muy buena acogida la propuesta. En ese momento, se había presentado también el programa de Psicología que desafortunadamente nunca llegó a feliz término. El programa de Deportes que siempre ha estado, Historia y Música, que entre otras cosas también estuvo un payanés a cargo de eso, que fue José Tomás Higuera y también con la participación importantísima de Iván Hurtado, un melómano que todos conocemos que es ingeniero mecánico y, bueno, ese fue un proceso bastante interesante.

Yo no recuerdo mucho de la transición del Departamento de Ciencias Sociales a la Escuela de Historia, ya que en ese momento estaba en Estados Unidos haciendo mi maestría, pues yo viajé el 1 de enero de 1989. Cuando llegué, al poquito tiempo fue la creación del programa, o sea que no participé mucho, no sé realmente cómo fue la separación, pero recuerdo que me llamaron para que yo hiciera parte de la separación y por eso desde el comienzo estoy vinculada no sólo a la carrera sino a la Escuela.

Siempre tuve a mi cargo cinco materias, que eran Antropología, también lo que en ese momento se llamaba Etnohistoria I y Etnohistoria II, es decir, esos fueron cambios que se hicieron mientras yo estaba en Estados

Unidos, cuando yo llegué encontré eso así, la otra era Arqueología y la quinta que era Etnología de Colombia. Siempre tuve a mi cargo cinco materias diferentes, más la que dictaba en Trabajo Social, o sea, que tuve una carga tenaz, unos semestres tenía cuatro materias y había semestres que tenía cinco simultáneamente. Entonces, mi papel fue ese, la formación de los estudiantes en la línea de la Arqueología y la Antropología, porque a mí me parece que para un historiador es muy importante conocer lo que hubo antes del nacimiento de la escritura y además tener una conciencia de qué somos los seres humanos, cómo somos, y que las diferencias culturales no tienen por qué llevarnos a actitudes discriminatorias, ni a posiciones discriminatorias, y mucho menos, pues, a actividades discriminatorias, en el sentido en que todos somos el mismo ser humano, todos venimos del África, todos creamos cultura, y en esa medida es que nos diferenciamos de los otros animales.

Adaptar mi profesión, mi especialidad, a lo que se requería en el ser historiadores, consistió primero en hacer tomar conciencia que los seres humanos no empezamos a partir de la historia de la escritura, perdón, ni que la cultura se inicia con la escritura, sino que es un proceso que comienza desde el mismo momento en que esos seres que vamos a llamar humanos crean sus herramientas, es ahí donde empieza la cultura y allí empieza realmente el ser humano, antes de eso, éramos homínidos de otros tipos.

Entonces, el papel de la Antropología en la carrera de Historia en la Universidad y en la sociedad en general, es hacer tomar conciencia de eso, que los seres humanos somos los mismos independientemente de nuestras características visibles, independientemente de nuestras diferencias culturales porque la cultura existe absolutamente en todas las sociedades humanas y lo que nos hace humanos es la cultura, y la cultura no es

solamente lo que aprendemos en los libros, sino que es la capacidad creadora del hombre para la trasformación de la naturaleza y construir las sociedades humanas como tal. Espero haberlo logrado porque son los egresados los que van a dar testimonio de eso, si uno realmente hizo su papel y cumplió su misión.

Las relaciones eran absolutamente maravillosas, eso era absolutamente bello. Éramos amigos, no éramos simples compañeros de trabajo, éramos amigos y seguimos siéndolo. Es decir, mi relación con el grupo de Trabajo Social fue, es y espero que sea para siempre excelente, nosotros nos seguimos reuniendo como amigos, y en Historia pues se reflejó un poco eso, lo que pasa es que la mayoría de profesores que llegaron a Historia eran profesores nuevos que no habían participado de todo este proceso no sólo académico sino social y humano que había existido entre nosotros. En ese ambiente, yo pienso que la relación entre los profesores de la Escuela siempre ha sido buena, digamos que me mantenía un poco aparte, allí influyeron muchas cosas, que era antropóloga, los otros no lo eran, que yo era mujer, los otros no lo eran, pues que tenía una posición muy clara frente a las diferencias culturales, pero en síntesis, el grupo marchaba bien, nunca hubo problemas de ninguna clase, ellos, los hombres eran un grupo muy cohesionado, yo estaba un poco aparte, pero eso a mí no me hacía sentir mal de ninguna manera porque de todas maneras somos diferentes, además nunca tuvimos problemas, por eso, las relaciones eran buenas.

En cuanto a la producción intelectual de la Escuela, me parece excelente. Considero que por mi sentido de responsabilidad con la Escuela, con la Universidad, pero sobre todo, con los estudiantes, siempre investigué para que mis clases fueran buenas y, además, para que mi conocimiento estuviera siempre

actualizado, siempre dando lo mejor de mí para mis estudiantes, por eso, me mantenía investigando continuamente, pero es comprensible que con una carga de cinco materias es muy difícil que uno se pueda sentar, sistematizar y publicar. Aun así, considero que fui investigadora porque sino, no hubiera podido ser profesora y, modestia aparte, creo que fui muy buena profesora.

Afortunadamente, los estudiantes siempre me evaluaron bien y los profesores y los jefes también. Además, después dirigí la revista, me mantuve con mi carga, asumí la Dirección de Investigaciones de la Facultad, manteniendo en un comienzo mi carga porque después la redujeron a la mitad. No obstante, hasta el último momento, seguí con clases, manteniendo dos materias. En el caso de Trabajo Social, sí tuve que renunciar porque era imposible, con el dolor del alma porque mis sentimientos de amistad y gratitud con esa Escuela son inmensos.

Respecto a la titulación de Historia y Archivística, me quedaría muy difícil dar una opinión porque no conozco el programa, entonces, desde ese punto de vista, aunque me parece excelente que un estudiante tenga esta titulación, siempre y cuando esté respaldado por una excelente calidad académica en la formación; espero que así sea porque la tradición de la Escuela ha sido muy buena. La Escuela se creó con muy buenas intenciones y no sólo con muy buenas intenciones, sino con muy buenas bases por la calidad de la gente que siempre ha estado en la Escuela. Por eso puedo decir que podría hablarse de un balance positivo en estos 25 años, en los que han existido cambios, sobre todo en la línea de Antropología, en la cual yo pretendía que pudiéramos hacer trabajo de campo, excavaciones, pero eso fue modificado porque finalmente la carrera no era de Arqueología ni de Antropología sino de Historia.

Yo pienso que el balance es muy bueno, con profesores excelentes y responsables, los estudiantes han respondido, no se puede pretender pues, que si entran 40 estudiantes, sean 40 estudiantes excelentes, pero sí, el balance ha sido de por los menos 10 estudiantes muy buenos, a veces cinco estudiantes muy buenos y eso está bien. Yo siempre he visto bien la proyección de la Escuela como la conocí, me imagino que en el futuro seguirá teniendo excelentes historiadores, como ha sido siempre, pienso que son estudiantes muy bien formados y espero que eso siga así. Yo la veo muy bien.

JAIRO GUTIÉRREZ RAMOS

Sociólogo de la Universidad Autónoma del Caribe. Magíster y Doctor en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor Jubilado de la Universidad Industrial de Santander.

Termine Sociología en pregrado y gracias a eso estoy en la UIS. En ese momento, viví unos años muy agitados porque empecé mi formación en la Universidad Nacional, en el año 68, tocándome la visita de don Nelson Rockefeller, que había originado un movimiento de repudio muy grande.

Ya en el año 77, por esos azares de la vida, la UIS hizo un concurso para vincular a dos sociólogos y aunque no recuerdo cuántos nos presentamos, sé que vincularon a dos profesionales que en ese momento éramos jóvenes, Germán Jaramillo Villegas que venía de la Universidad Pontificia Bolivariana y yo que venía de la Universidad Autónoma del Caribe. Comenzamos nuestra labor en lo que se llamaba entonces Departamento de Ciencias Sociales, en ese departamento había creo que una sola carrera, que era Trabajo Social, y había una cosa que se llamaba Curso Superior de Historia de Colombia, un programa administrado por la Secretaría General de la Universidad en cabeza del doctor Luis Serrano Gómez y gestionado por el Departamento de Ciencias Sociales. Yo hice mis primeras armas como docente en Trabajo Social que en ese departamento, al igual que hoy, se prestaba lo que en ese entonces se llamaba "servicios" a las otras carreras.

En esa época dictábamos un curso muy general que se llamaba Introducción a las Ciencias Sociales. Me llamaba mucho la atención, el interés de los muchachos por las Ciencias Sociales hace 35 años, probablemente por la efervescencia política, los muchachos eran muy inquietos, hacían muchas preguntas, intervenciones, críticas, observaciones, etc., entonces las clases eran realmente interesantes. Para mí fueron muy enriquecedoras, por enfrentarme a un grupo de estudiantes que generalmente eran más maduros que los de ahora, pues los muchachos se graduaban más tarde de bachillerato y su carrera universitaria era un poco más larga, de modo que eran muchachos con cierto nivel de madurez física, mental e intelectual, y como yo era muy joven, casi de la misma edad, entonces había un diálogo mucho más fluido. Eso me llamó poderosamente la atención, me atrajo mucho de la Universidad porque eso lo engancha, uno dice: "bueno, aquí hay quien me escuche y con quien hablar, no es hablar en el desierto". Además, en esa época uno tiene ideales, ideologías, tiene fe en que el mundo va cambiar, entonces hay una cierta empatía allí que ya no es posible porque uno está muy lejos de las nuevas generaciones, de las formas de educación actual.

Cuando llegué aquí, en ese momento, el director de ese programa era un académico que hoy es muy célebre, que es don Antonio Cacua Prada, después lo dirigió Ariel Díaz Osorio, recién llegado de París de terminar un doctorado con una tesis sobre Simón Bolívar, desafortunadamente nunca publicada, por eso no la conozco. Mientras tanto, Germán Jaramillo estaba apenas terminando su tesis de pregrado y su trabajo era sobre la historia de la esclavitud en Antioquia, de manera que yo desde mis estudios de pregrado había tenido notable interés por la Historia, y como él trabajaba en la misma área, entonces comenzamos a hacer una labor en cierta forma, afín.

Era un departamento bastante grande donde había abogados, economistas, trabajadoras sociales, sociólogos, psicólogos y filósofos, de manera que era muy heterogéneo, pero como era relativamente pequeño había una integración notable entre los profesores; es decir, había un ambiente de amistad, armonía y solidaridad. Fui muy bien recibido y vivo muy agradecido con los colegas de esa época, de los cuales creo que ya aquí no queda ninguno, a excepción de Juan Manuel Latorre, que por cierto era el director del Departamento de Ciencias Sociales. Cuando llegué, tuvimos con ellos una gran afinidad, fueron muy hospitalarios, colaboradores y generosos, facilitándonos las cosas a Germán y a mí, aunque a mí más que a él porque él nunca logró integrarse al ambiente santandereano del todo, a los cuatro o cinco años volvió a Medellín, donde le ha ido muy bien.

Creo que nosotros hicimos aquí la primera propuesta de un archivo histórico, por ahí debe estar ese borrador, en la biblioteca o en el archivo de la Universidad. No era una cosa pretenciosa, pero sí era una idea que finalmente se dio, gracias a los azares de la vida, que fueron, el incendio del archivo de Girón y el apoyo del Banco de República al proyecto de restauración, dando pie para que se creara el Centro de Documentación Histórica; pero todo fueron azares.

Estando aquí, ya en los años 80 vino la atomización del Departamento de Ciencias Sociales, paradójicamente ante la idea de consolidar las Ciencias Humanas en la Universidad. Hubo un grupo de trabajo con personas muy interesadas en la Universidad y en las Ciencias Humanas en ese momento, que eran Libardo León Guarín como decano; Ernesto Rueda quien adelantaba sus estudios de Ciencia Política en la Universidad de los Andes y quien había sido un líder estudiantil muy activo en sus años de discente de

Trabajo Social tambien se encontraban Juan Manuel Latorre, Ariel Díaz y Reinaldo Suárez.

Entre tanto, dentro del proyecto de consolidación de la Facultad, como no había carreras, se impulsaron unos ciclos de Humanidades, tratando que los cursos de Humanidades no fueran tan dispersos, sino que hubiese unas áreas de formación mínima. Entonces se crearon ciclos, que eran tres cursos consecutivos de una misma disciplina, en los que un alumno que iniciaba el ciclo debía terminarlo porque el uno era requisito del otro. Había ciclo de Sociología, Historia, Filosofía, Psicología y Antropología. Dentro de ese proyecto se trajeron nuevos profesionales como psicólogos, antropólogos e historiadores para consolidar esos ciclos; también dentro de cada ciclo había otro ciclo de Literatura. En los ciclos, había uno obligatorio para todos que se llamaba Historia Social de la Ciencia, porque lo mínimo que debían saber los ingenieros y los médicos de Historia era cómo se habían formado las disciplinas en las que ellos estaban formándose. En ese contexto yo me incluí o me incluyeron en ese ciclo y se hicieron unos seminarios previos bastante interesantes y yo me encarrilé por el cuento de Historia Social de la Ciencia.

En ese proceso de consolidación de la Historia se creó en la Universidad Nacional la primera Maestría en Historia, recordando que la primera es la de Tunja, pero yo podría decir que la primera maestría reconocida académicamente de manera unánime, fue la de la Nacional. Con el argumento de consolidar mi formación en esa área, me fui a la Nacional en el año 85 con el proyecto de hacer la Maestría en Historia, con un trabajo sobre la *Expedición Botánica* porque la idea era trabajar esta temática dentro del ciclo de Historia Social de la Ciencia.

Pero, a uno por el camino lo pervierten, se deriva hacia otros intereses y ahí empecé a mirar toda la historia del siglo XVIII y descubrí, porque como era un ignorante en el asunto, que sobre la *Expedición Botánica* y sobre Mutis existía cantidad enorme de trabajos, tanto aquí como en España, entonces me pareció que era llover sobre mojado. Me desvié un poco hacia un trabajo que inicialmente quería realizar sobre la élite santafereña pre-independentista, que terminó siendo una especie de biografía del Marqués de San Jorge de Bogotá, me pareció un personaje fascinante cuando comencé a mirar su devenir y tránsito por la vida. Fue una formación muy enriquecedora.

Efectivamente, tuve un maestro que me marcó mucho que fue Hermes Tovar Pinzón, un hombre que a mucha gente le resulta muy antipático, pero yo siento un profundo afecto y estimación, fue y ha sido siempre muy generoso conmigo; él me alentó, me ayudó, me apoyó, me enseñó Paleografía y todas esas carajadas que uno no sabe, ni tiene por qué saber como sociólogo; también me enseñó el rigor y la disciplina de la investigación histórica que es lo importante. Lo demás como es lectura y yo soy un lector compulsivo desde la adolescencia, de manera que eso no me cuesta ninguna dificultad, además leer cualquier tipo de historia es un placer, por donde me meta, me encarreto porque me parece seductora la aventura humana.

En ese momento llegó Armando Gómez inicialmente, no sé exactamente en qué año, pero venía de desertor de la burocracia municipal y departamental, un poco como él decía: "hastiado de esas rutinas politiqueras" y así se vinculó a la Universidad, donde se acopló muy bien. Sus estudiantes lo recuerdan como un excelente profesor, un tipo muy simpático, muy agradable, muy erudito, y con ese grupo de personas se comenzó a hablar de crear una Facultad de Ciencias

Humanas, pero no podía haber Facultad con una sola carrera que era Trabajo Social.

Eso debió ser en los años 85, 86, 84-85, en esa coyuntura se gestó aquí el programa de Historia, por eso yo no aparezco por ninguna parte en ese proyecto, yo no estaba aquí; pero Armando Gómez se había ido un año antes a hacer su Maestría en Ciencia Política en la Javeriana y regresó un año antes, él sí estaba aquí, él sí era historiador de formación, además de ser un tipo con unos entronques familiares y políticos que le permitían tener una mayor audiencia e influencia. De manera que no me cabe la menor duda que estratégicamente fue una decisión muy sabia que Armando Gómez se pusiera en frente de ese proyecto.

Ese primer proyecto si se examina, se verá que tiene un gran énfasis en Historia Europea y Arqueología; Armando sostenía por su formación soviética, que sin una formación arqueológica sólida no se podía ser un buen historiador y menos en estas regiones donde el conocimiento de la cultura Guane era producto de aficionados, guaqueros y curas. Yo creo que él vanamente aspiraba a que en la Escuela de Historia se consolidara un centro de investigación arqueológica e histórica muy fuerte, que dilucidara esos problemas que están sin resolverse. Gracias a eso, está aquí el profesor Leonardo, la profesora Liliana si ya estaba, quien también estaba en ese proyecto y digamos que gracias al proyecto de Armando ella se fue a hacer su maestría en Estados Unidos, con la justificación de formar historiadores con unos fuertes fundamentos arqueológicos.

El tercer elemento fuerte de ese proyecto, aunque a mi modo de ver el menos fuerte, era la historia regional, que digamos, era la justificación esencial. Santander es una región con una historia muy rica, pero

con una historiografía muy pobre. Entonces, ¿cómo se justifica esto?, necesitamos que se cree un centro de investigación y de actividad académica que construya la historia regional; uno de los puntos fuertes de la Nueva Historia era ese, hacer la historia regional, la historia regional de Antioquia, la historia regional de la Costa, la historia regional del Valle del Cauca, cosa que se ha desarrollado, por supuesto, de una manera muy desigual.

Entonces aquí se hizo la cosa con el ánimo que el proyecto se aprobara, que a mi modo de ver se hicieron concesiones a la Universidad, que desde el comienzo hicieron que el proyecto de Historia fuera muy frágil, por ejemplo, que fuese anual porque eso evitaba o justificaba que la planta docente fuera reducida; si la carrera fuera semestral tendríamos que tener el doble de profesores, pero como la Universidad ha sido siempre tan cicatera con las Ciencias Humanas, Armando Gómez, creo que fue él quien dijo estratégicamente, no nos conviene, es mejor que nos aprueben un proyecto con una planta de 10 profesores, pero que nos la aprueben y no pedir una de 20 que no nos la aprueben. Bueno, así empezó la cosa, yo volví en el año, debió ser 86-87, ya pues aterricé en la Escuela de Historia porque acababa de terminar mi maestría.

A su vez, para justificar la creación de la Facultad, se gestó la idea de presentar a la Universidad la creación de nuevas carreras y se plantearon tres: Historia, Psicología y Música porque eran disciplinas que en la región no tenían ningún desarrollo. Por supuesto, en ese momento, ya existía la UNAB y la Santo Tomás, con escuelas de Derecho y de Administración, entonces, pensaron que no tenía sentido ser redundante, crear otra facultad de Derecho no tenía sentido donde ya había dos, crear otra carrera de Administración, ahí estaba Ingeniería Industrial y además la Universidad

Cooperativa tenia Administración de Empresas. Por eso, se pensó crear algo que no hubiese en la región y que la universidad pública pudiera asumir porque eran carreras no rentables y eso la universidad privada no lo iba a impulsar, hoy en día y no sé por qué, la UNAB tiene Música, pero en ese momento era absolutamente impensable.

En el caso de la carrera de Historia, se había vivido unos años de gloria cuando se impulsó aquel movimiento que se llamó de la Nueva Historia. En el año 78, don Jaime Jaramillo Uribe publicó aquella famosa *Nueva Historia de Colombia*, entonces la Historia comenzó a aprestigiarse, a recibir como un público interesante, además, recientemente se había publicado una obra que me impactó mucho del abogado Indalecio Liévano Aguirre llamada *Grandes Conflictos Económicos y Sociales de Nuestra Historia*, que hoy en día la miraría más críticamente, pero en ese momento que era joven, leer una obra tan bien escrita y tan seductora como esa, hacía decir: "bueno, esto es lo que yo quisiera hacer". A su vez, en el año 80 se celebró el bicentenario de la *Revolución Comunera* y en ese año, aquí que era un departamentico muy dinámico, se invitaron a los historiadores más importantes de ese momento, en relación con el movimiento comunero, entonces eso sembró una semilla.

Entonces todo fueron coyunturas: la insurgencia de la Historia como una disciplina nueva y arrolladora; el interés en consolidar una Facultad de Ciencias Humanas; la intención de justificar la creación de esa Facultad, por la misión de la universidad pública de llenar los vacíos académicos que la universidad privada no llenaba por razones de rentabilidad económica. Así, se hicieron los proyectos que exige la rutina burocrática, se presentaron al Consejo Superior y por esos azares de la vida, la primera carrera que aprobaron fue la de

Música. Libardo León invitó a un músico payanés que fue el primer director de la Escuela de Música, siendo prácticamente el que la organizó; curiosamente la carrera que potencialmente debería tener más demanda que era Psicología, el Consejo Superior nunca la aprobó, siempre negaron la aprobación de esa carrera que tenía un proyecto tan consolidado que luego lo adoptó la Pontificia Bolivariana y lo puso en marcha sin ningún inconveniente.

Ahora, como yo estaba formándome como un maestro en Historia, pues debía venir a reforzar una Escuela que estaba naciendo, entonces llegué aquí hacia el año 90. Naturalmente, Armando Gómez fue el primer director de la Escuela, y aunque no sé por qué razón Armando dejó el cargo, me encargaron a mí. En ese momento, el decano era Ernesto Rueda quien había sido uno de los impulsores de la carrera, por eso aparece entre los autores del proyecto de creación, además de ser el que tuvo que defender el proyecto ante el Consejo Académico.

Cuando Ernesto me encomendó a mí la dirección de la Escuela en el año 90, el profesor Hermes Tovar estaba en Sevilla en un año sabático y me escribió diciéndome: "mira Jairo, tú que estás ahora a cargo de la Escuela de Historia, por aquí anda un paisano tuyo, que es casi paisano mío también -porque estuvo allá en el Tolima un poco de años- que se llama Armando Martínez, él dice que quiere volver a su tierra, que es Bucaramanga". Yo le dije a Ernesto: "Ernesto, aquí me escribió este maestro esta carta y nosotros necesitamos gente calificada", y él me dijo: "claro, por supuesto".

Le escribimos a Armando Martínez, quien vino, se presentó e inició su carrera, que a mi modo de ver ha sido bastante positiva, pues Armando llegó con mucha energía, acababa de terminar su doctorado en el

Colegio de México y venía lleno de ideas, de iniciativas, de proyectos, además que él tiene la virtud que trata de volver realidad sus proyectos, donde -otra vez vienen las coincidencias-, el proyecto de restauración del archivo de Girón dejó de recibir el apoyo del Banco de la República, lo tenían allá prácticamente abandonado en la Casa Perú de la Croix, entonces Armando dijo: "esto se va a perder", y empezó a trabajar aquí con Armando Gómez para que se trajera toda esa documentación que todavía está ahí, sin restaurar, sin revisar, pero ahí está.

Comenzó a crecer ese archivo que siempre he visto con simpatía, pero con preocupación, creo que merece más atención, y aun cuando la Universidad ha hecho bastante, considero que debería haber hecho mucho más. Seguramente la Escuela también, aunque la Escuela ha hecho bastante, sinceramente creo que es la que más ha hecho, no quizá en el sentido técnico-académico, pero sí en el sentido de apoyar financieramente el Archivo. A una Escuela le cuesta mucho trabajo conseguir recursos y buena parte de esos recursos se han canalizado hacia sostener, mal que bien el Archivo, porque la Universidad sólo nos da la planta física, nos presta un funcionario que es Mauricio Ortiz, dotación, mantenimiento y, ocasionalmente, donan alguna cosa que valga un poco más.

A mi modo de ver, el Archivo ha crecido más de lo que debería, convirtiéndose en un depósito de papeles que deberían ser responsabilidad de otras instituciones y dependencias porque a nosotros nos cuesta mantener esos papeles, de todas maneras ahí está el Archivo y creo que los estudiantes lo usan con provecho, algunos historiadores aficionados, los profesionales también lo usan y lo aprovechan, debería ser mejor, pero ahí está.

En cambio, el proyecto de consolidar la Arqueología fue un fracaso por razones económicas

y académicas, pero, fundamentalmente, lo primero, porque la Arqueología es una disciplina sumamente costosa, hay que hacer trabajo de campo, salidas de campo, campamentos, hay que hacer un laboratorio de Arqueología, dotarlo, administrarlo, etc., es mucho más exigente que tener un Archivo y hay que tener expertos en cada una de las ramas de la Arqueología. Tremendamente difícil fue conseguir arqueólogos, de hecho no los conseguimos, conseguimos antropólogos inclinados a la Arqueología o por la Arqueología.

Curiosamente, estos primeros antropólogos que aquí vinieron con algún conocimiento o inclinación hacia la Arqueología no se adaptaron en la UIS o Bucaramanga, por eso hubo una gran rotación, de manera que era muy difícil consolidar esa disciplina. A Armando Gómez le parecía interesantísimo, pero él no sabía nada de eso, pues, profundamente, científicamente. La profesora Liliana igual, ella era una antropóloga que después se fue a formar en Arqueología, pero nunca la practicó; mientras el profesor Leonardo ha hecho lo que ha podido con las uñas, porque cuando nosotros nos pusimos a hacer cuentas de cuánto vale consolidar el proyecto de Arqueología, nos dimos cuenta que eso era imposible, había que desviar todos los recursos de la Escuela hacia la Arqueología, entonces o hacemos Historia o hacemos Arqueología.

La decisión fue que nosotros creamos una Escuela de Historia, por lo tanto, debía consolidarse la Historia y reducir la Arqueología a sus justas proporciones y siempre ha estado ahí latente. Pero he llegado a la conclusión, que la Arqueología es competencia de otras disciplinas y no de la Historia, porque la Arqueología es una disciplina muy seria, que requiere unas competencias muy exigentes y aquí no es que no las podamos tener, pero no hay voluntad política para crear un laboratorio de Arqueología. Además, si

hubiese una carrera de Antropología probablemente se hubiera podido sustentar mejor la idea, pero no podíamos estar pidiendo un laboratorio de Arqueología, un laboratorio de restauración y un archivo histórico, porque preguntarían: ¿ustedes qué es lo que hacen finalmente: restauran papeles, estudian esqueletos o hacen Historia?

Naturalmente todas esas cosas pesan y hubo que reenfocar el programa de Historia, hubo que hacer una reforma del programa tratando de descargarlo del componente arqueológico y de otros componentes que se consideraron accesorios en ese momento, porque la Historia como todas las disciplinas sociales está sujeta a las modas, entonces como habían unas disciplinas que ya les había pasado su coyuntura de moda, se quitaron de ahí y se metieron otras que estuvieron de moda, pero que ya no lo están; por ejemplo, yo no sé si ya la habrán quitado, pero ahí estaba la Historia de las Mentalidades, que hace 20 años estaba en su furor, pero ¿hoy en día?...

Esa reforma se hizo en ese momento quizá porque la Universidad era menos democrática, la autocracia le dio mayor facilidad, siendo el ajuste más importante que se le hizo al programa, después ha habido uno que otro retoque, pero ajustes de fondo no sé han vuelto a hacer porque no se ha podido. A pesar que posen de revolucionarios, nadie es más conservador que un estudiante universitario, por eso, no se pueden hacer reformas de la universidad, ni al programa, ni de los planes de estudio, ni reformas de casi nada porque el estudiante universitario es muy suspicaz. Así es muy complicado porque uno no puede hacer una modificación o una reforma contra los estudiantes que son los primeros afectados y que se supondría son los primeros interesados. Tampoco se puede hacer democráticamente porque no tiene sentido, los estudiantes se están formando mientras

los profesores ya se formaron, uno debe suponer que los profesores tienen un poquito más de criterio para hacer las propuestas, aunque yo soy consciente que los estudiantes son los que van a padecer esas propuestas y naturalmente hay que consultarles, pero en esas consultas se pasa el tiempo y todo sigue igual.

De la misma manera, como ha cambiado la organización de la Escuela, también lo ha hecho la relación entre los profesores. Cuando llegué aquí hace 35 años, la mayoría de los profesores eran trabajadoras sociales, a excepción de Juan Manuel, Milton Ortiz Picón y Ernesto Rueda que también es trabajador social, aunque él, de cierta forma, desertó de esa profesión. Naturalmente entre ellos y los que iban llegando se establecía una relación de amistad, pero siendo el grueso trabajadoras sociales porque era la carrera que había, la mayoría eran profesoras jóvenes en esa época, muy hospitalarias, alegres, amigas y lo invitaban a uno, lo integraban, hacían fiestas, bailes, reuniones, realmente casi todos éramos amigos, aunque siempre hubo profesores distantes al conglomerado social de la dependencia, pero me parecía un derecho muy respetable.

Yo pienso que cuando la Facultad comenzó a consolidarse, y por consiguiente el departamento se dividió en carreras, en ese momento comenzaron las tensiones y los roces, pues con la forma como los profesores se adscribían a una u otra carrera empezó el lío, se mencionaban cosas como: "¿por qué se va a llevar a este profesor?", "no, porque éste es mío", "no, pero si él toda la vida ha trabajado conmigo," "no, pero si él entró fue a un concurso para esta carrera, ¿por qué se lo va llevar?"... Entonces ya comienza esa situación porque unas carreas se debilitan y otras se consolidan. Además, no sólo era el asunto de los profesores sino del prestigio. Entonces "yo soy más que tú porque mi carrera es de cinco

años y la tuya es de cuatro", "porque yo puedo llegar a la Corte Suprema y tú si acaso llegarás al bachillerato de Girón a ser profesor"; esas cosas han atomizado lo que antes era un departamento integral, en una Facultad segmentada. Luego, naturalmente en las escuelas, como eran tan pequeñitas en formación, naturalmente había una interacción muy dinámica y muy empática porque había que hacerlo todo, era un proyecto nuevo, era un hijo que estaba gestándose, digamos que todos le metíamos el hombro con entusiasmo. Ya cuando estuvo más o menos formado el hijo o cuando era adolescente, que es cuando siempre pasa, comenzaron los conflictos porque cada uno empieza a tirar para su lado.

Entonces, algo ha fallado en el proyecto, no sé si liderazgo, empuje, vocación, no lo sé, la impresión que tengo, es que así como la Facultad se atomizó primero, luego se atomizó la Escuela y ese grupo de profesores que inicialmente trabajamos mancomunadamente por sacar este proyecto adelante, luego nos dispersamos y si se nos ve hoy, no le voy a decir que cada uno está en su cubículo, es que ninguno está en su cubículo, entonces así no se puede; y eso no es de ahora, eso es de hace unos años. El problema no es estar en la oficina, pero sí tiene que haber un grupo, un colectivo que trabaje mancomunadamente a favor de un proyecto.

Con el tiempo, el problema fue del director, el director es el que manda, el director es el que tiene que resolver, convirtiéndose el director en un pararrayo y un mandadero, no un líder académico, que es lo que debería ser; ¿por falta de carisma?, no lo sé. Es evidente que hay algo que falla en la relación social y no voy a culpar a nadie en particular porque creo que todos tenemos parte de la culpa. Esto no empezó cuando alguien llegó aquí, esto ya estaba aquí, no hay un equipo que mancomunadamente empuje los proyectos de la Escuela. No obstante, en medio de todos estos

cambios, me parece que se ha logrado una producción muy pujante y creo que lo fue durante unos años, pero hace 15 días, cuando el profesor Juan Alberto Rueda me pidió hacer un balance historiográfico para un coloquio que tenían aquí, yo mismo me sorprendí contestándole: "Juan Alberto, yo hace años que no tengo en mis manos un libro de historiografía regional santandereana", y es verdad, esta Escuela se fundó con la idea de escribir la historia regional de Santander y, bueno, se hicieron una serie de monografías con la idea que se mejorara progresivamente porque así es como avanza el conocimiento y las disciplinas. Pero, no sé si por las modas, la historia regional pasó a segundo plano y tiene poca importancia. Realmente si se quiere hacer un balance, lo que se mira son las publicaciones y miremos qué hay: la historia del poblamiento en Santander; la historia de las Constituciones, que no es la historia, es la recopilación de las constituciones regionales. Hay cosas muy dispersas y muy sueltas.

Es decir, se atomizó el interés por sacar adelante un proyecto consistente que a través de los años hubiera podido enriquecerse porque yo creo que la historia de Santander es muy rica y quizá las nuevas generaciones lo puedan hacer: recuperar ese proyecto de consolidar una historia regional que vale la pena hacerla sistemática y consistentemente. No quiere decir que todos tenemos que pensar lo mismo, pero todos deberíamos ir por el mismo camino o bueno, mirando hacia el mismo horizonte para ser más preciso, cada uno puede coger su trocha pero vamos para allá. A nosotros como que la ambición nos desvió del objetivo primordial. La Universidad ha publicado cosas, pero vaya a ver qué cosas, no quiero decir con esto que sean malas, son importantísimas, pero, ¿qué tiene que ver con la historia regional de Santander?, muy poco. Una, dos o tres cosas tendrán que ver con la historia regional.

Esa situación es contraria al caso de la historia regional de Antioquia y creo que es el único caso, incluso, Jorge Orlando Melo, debió ser en el año 90, hizo un volumen muy grueso que se llama *Historia de Antioquia*. En ese momento, hablo de hace 20 años, ya había un corpus sólido de producción histórica o historiográfica que hizo posible eso. Yo creo que si lo vuelve a hacer ahora, lo haría y mucho mejor porque la producción ha seguido, ha continuado de manera consistente; incluso los cundinamarqueses se quejan que allá hay 20 universidades y no hay una buena historia de Cundinamarca; es más, en la Costa Atlántica, mis paisanos que tienen fama de tan perezosos, producen mucho más, por lo menos más consistentemente, más focalizados en los problemas, en los asuntos de la región que nosotros.

Pero en medio de todo, creo que la carrera ha avanzado y la producción historiográfica será pobre pero existe. Se han hecho proyectos importantes, aunque dispersos y quizá de escasa resonancia social. Proyectos que inicialmente impulsó Armando Martínez con Colciencias, recientemente Juan Alberto y la profesora Ivonne, aun así, eso es importante. La primera carrera que tuvo aquí ese tipo de proyectos fue Historia, pero la Historia la veían con cierta envidia y respeto, que creo, se ha perdido con el tiempo, no porque esas cosas se hayan dejado de hacer, sino porque de pronto ya no tienen la misma resonancia, los resultados no se publican, no se divulgan.

Hace 20 años se hacían creo que anualmente, jornadas de historia regional y ahí se daban a conocer los resultados de los trabajos de profesores, de los estudiantes, no era la gran cosa, pero se socializaban los trabajos y en cierta forma se enriquecía porque uno decía: "este muchacho está haciendo esto, este profesor está haciendo esta cosa, me interesa, no me

interesa", había ahí una interacción que creo que fue positiva mientras se pudo hacer. Claro que eso se hizo porque en ese momento teníamos la financiación del Área Cultural del Banco de la República que se asoció estrechamente con el proyecto del archivo y dio la dotación inicial del mismo, luego apoyó cursos de formación en Archivística, permitiéndome ir seis meses a España a formarme en Archivística.

Ahora, el Banco de la República apoyó esas jornadas de historia regional porque en ese momento estaba en furor, además, Jorge Orlando Melo y Germán Colmenares tenían un gran prestigio nacional, eran capaces de venderle al Banco de la República y a Darío Jaramillo Agudelo, que era el director cultural en esa época, la idea que era obligación o deber del Banco de la República consolidar la historia de las regiones de la nación porque ese era el sustento para construir luego una historia nacional, que por supuesto es imposible hacerla todavía porque no hay un desarrollo relativamente homogéneo de la historia regional. Si uno trata de hacer una historia nacional hoy, pues lógicamente tendría que dedicarle 10 capítulos a Antioquia y medio a Santander, por decir algo.

Si voy a hacer un balance, tengo que decir, que no hemos hecho nada en los últimos años. En los primeros se intentó hacer algo, sin que pretenda decir que eso es, son trabajos muy primarios, pero de ahí debió haberse consolidado un trabajo persistente, sistemático y de equipo, no de átomos donde cada uno es un genio: "yo voy a hacer la gran obra", sí es posible, seguramente alguno lo haga, pero a la Escuela qué le queda de eso, ese es el punto crítico. También, uno de los puntos débiles de la Escuela de Historia ha sido la política de admisión porque la Escuela se volvió un refugio de mediocridades, no es que los estudiantes sean malas personas, me refiero a los puntajes del ICFES, a que los estudiantes

no se formaron bien, no tuvieron las oportunidades de estar en buenos colegios, entonces, no por voluntad, ni por incapacidad, tienen una desventaja, que hace más difícil que sean buenos estudiantes porque he tenido la posibilidad de interactuar con estudiantes de Historia de la Universidad Nacional, la Universidad de Antioquia, la Universidad de los Andes y son otra cosa. A esos muchachos les interesa, ¿por qué a aquellos no?, la triste conclusión o hipótesis, que puede estar equivocada, es que no hay vocación por una parte y, segunda y más grave, no hay formación básica para hacer un proceso realmente serio de formación profesional. Sin negar que hay muchachos que efectivamente tienen vocación, se destacan y salen adelante, entran a maestrías, a los doctorados, ganan becas y eso está muy bien, pero son unas excepciones.

Es decir, cuando hablábamos de la armonía, de la interacción, del trabajo colectivo, hay cosas que el grupo de profesores puede que se haya desarticulado pero también, a mi modo de ver, se ha desmotivado, probablemente porque aquí nunca había habido una Escuela de Historia. En las primeras promociones que llegaron, que eran también de gente más bien mayor, era gente que quería estudiar Historia, estaban interesadísimos en aprender y era un placer interactuar con ellos, reiterando que estuve aprendiendo con ellos porque uno nunca pretende que "yo le voy a enseñar"; aprendemos juntos, yo estudio, tú estudias, tú me aportas, yo te aporto y ahí vamos.

Pero la sensación triste que yo tuve en mis últimos ejercicios de docencia fue que en un momento, terminé hablando con las paredes y dije "o yo estoy loco o estos muchachos están en otro mundo, o en otro mundo estoy yo, o en otro tiempo". Mi conclusión, bueno, es que ellos son del siglo XXI y yo soy de mediados del XX y ,según mi mujer, soy del siglo XVIII. Entonces claro, el cortocircuito es muy grande.

Finalmente, acerca de la titulación en Archivística, me acuerdo que hace años, 20 años o 15 años, Armando Gómez tuvo una idea en ese sentido, cuando se peleó porque las carreras de Ciencias Humanas que eran de cuatro años pasaran a ser de cinco años, con el argumento que ganaban estatus porque un trabajador social o un historiador no podían ser menos que un ingeniero, y si un ingeniero se gastaba cinco años en la carrera y dos años haciendo el proyecto de grado, un historiador no podía formarse en cuatro porque eso era insultante. Todas las carreras, incluso Trabajo Social que toda la vida fue de cuatro años pasaron a ser de cinco años. Ya viendo funcionar eso en la práctica, algunos de nosotros llegamos a la conclusión que eso era absurdo, que un estudiante para formarse en Historia no necesita cinco años, por lo menos con el pénsum que existía en ese momento era una exageración. Entonces Armando Gómez y luego, creo que Heraclio Bonilla cuando llegó aquí, apoyó también esa idea porque en todo el mundo los historiadores se forman en cuatro años. Entonces, Armando dijo: si en cuatro años ya eran historiadores, estudien un año más o dos años más, creo que era la idea, y se le da el título, en esa época, de licenciado en Historia o Especialista en Historia Regional. Había dos salidas posibles. Eso fue un proyecto que por ahí debe andar, nunca se aprobó, pero que se pensó con ese argumento. Luego, en los años recientes, cuando yo estuve hace poco en la dirección de la Escuela, yo me ratifiqué y me ratifico en la idea que una carrera como esta, no tiene ninguna justificación para que sea de cinco años. Me parece que es un desperdicio de tiempo para los muchachos, sobre todo porque los muchachos no entienden, uno cuando es joven no percibe lo valioso que es el tiempo pero cuando se es viejo sí, desperdiciar un año inútilmente es una tontería.

Para terminar, ccuando me fui de aquí hace dos años, dije que no quería volver a saber nada de la Escuela de Historia y he tratado de cumplirlo religiosamente, yo llegué hasta dónde pude, hice lo que puede y lo que no pude, pues no se hizo.

BLANCA INÉS PRADA MÁRQUEZ

Maestría en Filosofía de la Universidad François Rabelais de Tours, Francia. Especialización en Historia de las Ciencias. Profesora Jubilada de la Universidad Industrial de Santander.

Nací en Betulia el 28 de marzo de 1940, siendo la mayor de 15 hermanos. Antes de llegar a la UIS, estudié cuatro años de primaria en Zapatoca y como éramos muy pobres, entonces una tía me dio una beca para cursar el bachillerato en Ibagué. Estando allá junto a mi tía, hice tres años en el Colegio de los Sagrados Corazones, quinto de primaria, primero y segundo de bachillerato; luego, tercero, cuarto, quinto y sexto de bachillerato en el Colegio Departamental Santa Teresa de Jesús que era excelente y creo que sigue siendo un colegio excelente. Estuve siete años interna, sin ver a nadie de mi familia, ni papá, ni mamá, ni nadie porque mi familia era supremamente pobre y no podían viajar. Cuando terminé, me dio la locura de meterme de religiosa y trabajé 12 años en el convento. Como ya había hecho bachillerato, entonces en el convento hice normal, estando solamente en dos casas, cinco años en Mosquera y siete años en Caquetá, lugar al que llamo en mi autobiografía, "Los años maravillosos" porque me encantó ese trabajo, resaltando que era religiosa pero nombrada con el gobierno. Entonces, durante dos años trabajé en el Colegio de los Sagrados Corazones dando Álgebra, Geometría y Español en cuarto, quinto y sexto de bachillerato.

Después, me salí del convento porque resulta que en 1970 las monjas me mandaron a un seminario en Manizales en el Instituto Católico Latinoamericano en el que estuve un año. Ese seminario era muy moderno debido a que 1968 fue el Concilio Vaticano II, por lo tanto, la Iglesia tenía que modernizarse. Entonces, en ese seminario le hablaban a uno de la Teología de la Liberación, de Marx, de Freud, de Nietzsche. La intención, era para formar religiosos y personas creyentes, pero en las nuevas líneas del Concilio Vaticano II. Por eso, el lenguaje era marxista, se decía que nosotros teníamos que vivir con la gente, que los conventos debían cerrarse, se hablaba de las comunidades de base, hasta vino un doctor de la Escuela Católica de París, venían padres de la Teología de la Liberación, etc.

Eso fue un revolcón en la Iglesia tremendo, una época donde se salió muchísima gente o nos salimos muchísimos. Entonces, una persona como yo, que había estudiado bachillerato, pero que la Filosofía que le daban a uno en esa época era Aristóteles, empecé a decirme: "por Dios, es que no sé ni la Biblia" porque ni si quiera la Biblia me la había leído completa, empecé a darme cuenta que yo era totalmente ignorante, que formaba personas para el matrimonio, para el bautismo, para no sé qué más, formaba maestros, bueno los maestros era fácil porque le mandaban a uno documentos de la Escuela Nueva, pero que yo era ignorante. Fue una crisis de ignorancia, como dice Popper, fue el descubrimiento de mi propia ignorancia, fue terrible porque es perderle sentido a todo lo que uno hace. Así, descubrí que tenía que ir a la universidad. Entonces, cuando en 1970 regreso a Florencia, con ese revolcón en la cabeza que yo era una total ignorante, que ya no le encontraba sentido a lo que hacía, entonces fue que empecé a decir: "yo tengo que salirme, yo tengo que salirme", y así fue como me salí en enero del 72.

Esa es de la decisiones más difíciles que tuve que tomar en la vida porque sentir que a los 31 años, uno no ha hecho nada, salir uno ni siquiera con un cartón de universidad porque ni siquiera eso tenía yo... Entonces fue una decisión muy difícil, muy difícil. No obstante, el mismo obispo de Caquetá me consiguió trabajo en un colegio de secundaria en Bogotá y primero entré a la Universidad de La Salle a hacer Ciencias Religiosas porque experimenté lo que explica Erich Fromm en su libro llamado *El Miedo a la Libertad*, cuando me salí del convento, pues yo tenía miedo a ser libre, entonces entré a estudiar Ciencias Religiosas en la Universidad de La Salle, pero dos años allí fueron suficientes para darme cuenta de eso tan horrible, entonces me retiré. Durante esa época, yo trabajaba en la mañana y estudiaba en La Salle en la tarde. Luego me pasé a la Universidad Gran Colombia donde el estudio era en la noche y los sábados en la mañana. Así estudié yo en la Universidad Gran Colombia, donde hice mi Licenciatura en Filosofía e Historia y luego empecé a hacer un doctorado en la Javeriana.

De ese modo, mientras trabajaba por la tarde, estudiaba francés, un día salí y vi un letrero que decía "hay una posibilidad de una beca para estudiar francés en la Alianza de París", pero por tres meses nada más. Le daban a uno el pasaje, le daban a uno todo lo del estudio, pero uno tenía que pagar la residencia. Yo fui, llevé los papeles a los dos días y luego me gané la bequita de la Alianza Francesa para estudiar francés en París por tres meses. Para viajar, lo único que no hice fue pedir limosna, pero yo vendí todo lo que tenía, vendí hasta los zapatos viejos, ahorré muchísimo y me fui a estudiar a París. Para ese entonces, yo llevaba dos años trabajando en el Colegio Nacional Policarpa Salavarrieta, que era un colegio departamental en Bogotá.

Cuando terminé los tres meses en la Alianza, yo quería seguir, pero no tenía visa sino de estudiante por tres meses. Sin embargo, en esa época era muy fácil y fui y me matriculé otra vez en la Alianza, me fui a la alcaldía y presenté la orden de matrícula y enseguida me dieron la visa de estudiante. No es como ahora, que sí es muy complicado. En ese tiempo conocí al francés Michel Bullier con quien duré 18 años casada y quien murió hace unos 14 años.

Durante mi estadía en Francia, di clases durante dos años como profesora de Español en un colegio; también hice la Maestría en Filosofía en el año de 1977. En ese tiempo, yo estaba todavía enloquecida con el marxismo aun cuando ya no estaba en furor en Francia porque yo había conocido un amigo marxista y tuve un novio marxista que me enloqueció por el marxismo. Yo era ciega, cuando estuve haciendo mi maestría hasta perdí un seminario que se llamaba dialéctica porque yo alegaba que la dialéctica era la de Marx, Hegel y no sé qué más.

Cuando realicé la maestría, me di cuenta que había muchísimos errores en la teoría marxista, entonces decidí que iba estudiar Filosofía de la Ciencia e Historia de la Ciencia. Además, porque empecé a apasionarme por Galileo, pues recién entré a la maestría, fui a un seminario que se llamaba "La Filosofía Natural de Galileo". Ese seminario que era dictado por un señor Clavelan y como a mí me ha gustado toda la vida la Astronomía, incluso desde niña, en ese seminario me apasioné por Galileo, a tal punto, que paralelamente a mi tesis de maestría iba haciendo mi libro sobre Galileo que publiqué en 1983. Luego me inscribí para el doctorado en La Sorbona, logrando hacer el DEA (Diploma de Estudios Avanzados), todos los seminarios del doctorado y elaboré toda mi tesis sobre Emilio Meyerson. Pero estando en eso, durante los dos últimos

años conseguí trabajo, uno de los motivos por el cual no presenté la tesis porque me dio como una depresión nerviosa, como un cansancio, en parte, empecé a sentirme muy cansada en Francia, en el sentido que no conseguía trabajo en Filosofía. También era como una nostalgia por lo que empecé a preguntarme: ¿de qué me sirve haber trabajado tanto, si tengo que dedicarme a ser profesora de Español?, con el perdón de los profesores de Español.

Ya en el año de 1983, decidí venirme para Colombia, como estaba muy cansada y fatigada dije: "voy a mandar hojas de vida a todas las universidades". Entonces mandé como a 10 universidades del Estado porque yo lo único que dije fue "quiero trabajar en una universidad del Estado", debido a que en esa época pagaban muy mal en las universidades privadas y como que yo sentía que era mejor trabajar en una universidad del Estado, entonces mandé a todas las universidades del Estado y me dije "donde me salga, me voy". Cuál sería la sorpresa, que me llamaron de la UIS y de la Universidad de la Amazonía. Pero, me llamaron de la UIS porque cuando llegó mi hoja de vida habían abierto un concurso para un profesor de Historia de la Ciencia, debido a que se había hecho una reforma de las Humanidades en la UIS y se había puesto la materia de Historia de la Ciencia como la última de las Humanidades; entonces, yo acababa de terminar mi libro sobre Galileo y mi Doctorado en Historia de la Ciencia, había acabado mi DEA.

Cuando llego ahí, Ernesto Rueda y Libardo me mandaron a decir que viniera al concurso, yo no alcancé a llegar cuando se presentó el concurso, ese primer concurso fue declarado por ellos desierto, nadie se presentó con algo de Historia de la Ciencia. Entonces ellos volvieron a nombrar otro concurso, al cual yo llegué en agosto de 1983, en ese momento ya tenía mi libro que iba a salir en la Editorial Tercer Mundo, de

esa manera, luego Libardo y Ernesto Rueda, me hicieron ahí un examen, presenté mis credenciales y el libro y me aceptaron. Así fue como yo entré a la UIS, pero no me dieron el puesto ese año, sino hasta el año siguiente, en 1984, por lo que yo empecé a trabajar en la UIS el 1 de febrero de 1984. Me dieron medio tiempo pero se me presentó un gran problema con la Universidad de la Amazonía que es la universidad de Florencia. Como yo también fui allá y querían que yo me quedara para que organizara el Departamento de Humanidades, pues la Universidad se estaba creando, por lo tanto no había biblioteca, no había laboratorios, no había nada, el padre me decía: "Blanca Inés, usted estuvo acá siete años, todo el mundo la quería, véngase", ofreciéndome como sueldo $70.000, más una bonificación, o sea, que yo me iba ganar como $90.000, mientras en la UIS era $24.000, porque cuando yo empecé a trabajar sólo me dieron medio tiempo.

Pero cuando vine a la UIS, porque yo era santandereana pero no la conocía y vi esta maravilla y que además estaba en furor el marxismo, aun cuando ya no era marxista, entonces se me presentó un dilema, al cual yo dije: "yo creo que en la UIS es donde más puedo trabajar, hay como más medios y todo lo que yo he estudiado, aquí lo voy a poner en práctica". Entonces, a pesar del tentador sueldo, decidí venirme para acá a trabajar medio tiempo por $24.000. En el otro medio tiempo, dictaba clases en la Universidad Santo Tomás y en la UNAB por la mañana. Claro está, que el decano me había dicho que si yo entraba a la UIS y aceptaba ese medio tiempo, en dos o tres años se fundaría la carrera de Historia, por lo cual me darían tiempo completo y así fue. De ese modo, a finales del 86 me nombraron a mí ya de tiempo completo, por eso, a mediados del 86 cuando se aprobó la carrera de Historia yo estaba feliz, pues yo fui de las que más insistía para que aprobaran la carrera.

Cuando entré inicialmente a la UIS, yo daba dos cursos en la tarde a los ingenieros sobre Historia de la Ciencia, esa era mi materia. Ya en el año 86 con la aprobación de la carrera, se inventaron que era mejor dar Historia de la Medicina a los médicos; entonces dijeron: "Blanca Inés, la nombramos tiempo completo con esta condición, da Historia de la Medicina a los médicos y un semestre de Teoría del Conocimiento y otro semestre da Historia de la Ciencia en Colombia". Yo di eso, más o menos, unos dos o tres años. Recuerdo que los primeros cursos de la carrera eran buenísimos.

Así fue como entré de tiempo completo, dejando las universidades privadas porque el sueldito se mejoró, me validaron el libro que publiqué, o sea que en el 86 empecé de tiempo completo, así dure los años 87, 88 y 89 porque a mediados del 89, pedí un año sabático en el cual me fui para Bogotá a una pasantía durante dos años y con la intención de terminar mi doctorado, empecé uno en la Universidad Javeriana porque no me quería ir para Francia, sino hacerlo allí; pero no me aceptaron que presentara la tesis de Emilio Meyerson porque los libros de Emilio Meyerson no estaban en español y segundo, no había ningún profesor que me dirigiera; aun así, el doctor de Filosofía me animó muchísimo para que la hiciera acerca de Popper, sobre quien decidí realizarla.

Ya cuando regresé, di unos dos semestres de Historia de la Ciencia en Colombia y de Historia General de la Ciencia, hasta me acuerdo que los de Historia se apasionaron por la Astronomía e íbamos a hacer observaciones, y muchos por el entusiasmo entraron al Centro Halley que lo fundamos en 1984 con la colaboración de Mayorga, un año después de la publicación de mi libro *Galileo Galilei, su Vida, su Obra y su Aporte al Método Científico de la Ciencia Moderna*. Debo agregar que en Francia formé parte de unos grupos

de aficionados a la Astronomía, por eso cuando llegue aquí, traía mi telescopio que fue el primer telescopio que hubo en la UIS, incluso, llegué con mi catalejo kepleriano. Eso fue muy interesante, sobre todo con los tres primeros grupos de Historia que fueron muy buenos. En esa época también dictaba Historia de la Medicina a los médicos, pero como ellos eran por años, daba sólo un semestre y en el semestre que me quedaba libre iba a Historia para dictar Teoría del Conocimiento o Historia de la Ciencia.

Luego en el 92 me nombraron directora de la Escuela de Ciencias Sociales, cargo en el que estuve cuatro años, tiempo en que dejé de dictar en Historia, solamente dictaba un curso de Historia de la Ciencia para los ingenieros o para los médicos y recuerdo que me encantaba darle clase a los médicos porque eran buenísimos. Desde el momento en que me nombraron empecé a trabajar en la carrera de Filosofía, a hacer seminarios, a crear el ambiente. En el año de 1994, se creó la Especialización en Filosofía de la Ciencia y después en el 95, hicimos la Especialización en Filosofía Política. Finalmente, en el 96 dejé eso y volví a dictar los cursos de Historia de la Ciencia y a trabajar en la carrea de Filosofía.

En general, de esa época en la UIS recuerdo que esos primeros estudiantes de la carrera de Historia eran muy entusiastas, eran muy buenos, ahí entró gente muy brillante, era muy agradable trabajar con los de Historia. Aunque recuerdo que en el tercer semestre fue como más difícil, no sé por qué tengo la idea que era como difícil, aun cuando eran muy entusiastas con el estudio, sobre todo con la Historia de la Ciencia en Colombia que les llamaba mucho la atención.

Con relación a la carrera de Historia yo tenía unas dificultades. Cuando hice Historia de la Ciencia,

me pareció o yo veía que en Historia daban casi pura historia regional y yo criticaba mucho eso porque les preguntaba a los estudiantes en Historia de la Ciencia, sobre la revolución de Estados Unidos, la Independencia de Estados Unidos, la *Revolución Francesa* y no sabían nada. Entonces, cuando les hablaba de la *Revolución Industrial*, tocaba hablarles también de la *Revolución Francesa*. Eso me preocupa, que los de Historia tuvieran las mismas lagunas que encontraba en los ingenieros quienes no sabían nada de Historia Universal.

No sé si eso se habrá mejorado, pero desde un principio que se aprobó la carrera, yo no era partidaria de una historia solamente regional, pensaba que lo regional debía ser como una especialización y que había que tener una Historia Universal para aterrizar en lo regional. Esto no niega que la Historia fue una maravilla para Bucaramanga porque nosotros no teníamos nuestra historia, y el que se haya hecho historia regional fue muy interesante, pero digo que la carrera de Historia tiene que ser más abierta, no solamente a lo regional, sino también a lo universal.

ARMANDO MARTÍNEZ GARNICA

Bachiller del Colegio Santander. Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad del Tolima. Doctor en Historia del Colegio de México. Presidente de la Academia de Historia de Santander. Profesor Jubilado de la Universidad Industrial de Santander.

Yo había estudiado Psicología en la Universidad Nacional de Colombia entre los años 1970 y 1972. Entonces, mientras estuve en Psicología, leí mucha filosofía y mucha teoría política, ya era un lector de Ciencias Sociales y también por supuesto, leía Historia. Pero leí más filosofía, teoría política y marxismo que Historia. Entonces, ya era un lector de Ciencias Sociales antes de ir al Tolima, además leía poesía y literatura. Cuando yo llegué al Tolima empecé a trabajar como profesor de bachillerato, por mi formación me daban los cursos de Filosofía e Historia, pero yo no había terminado ninguna carrera.

Cuando fui a la Universidad del Tolima a mirar carreras que me sirvieran, encontré a quien había sido mi profesor de Filosofía del sexto de bachillerato del Colegio de Santander, se llama César Augusto Velandia Jagua. Él era en ese momento el decano de estudiantes, y yo me le presenté y le dije que había sido su estudiante, con él yo había leído Ortega y Gasset, Nietzsche, el *Manifiesto Nadaísta*, y él me dijo: aquí lo único que le sirve es una Licenciatura en Historia y Geografía. Efectivamente, él me ayudó a entrar e hice la licenciatura porque era lo que más se acomodaba a lo que yo era antes. Y estando ahí, en esa carrera, mientras hacía dos cosas, en la mañana trabajaba como profesor, en la tarde estudiaba, yo estuve en un momento que no sabía qué hacer: si ser geógrafo a la manera de los

papeles donde decía que necesitaba una recomendación académica y sabía que sin eso no podía entrar.

Le pregunté a mi profesor Velandia quién en Colombia era egresado del Colegio de México, él me dijo que había vivido en Tunja y que él conocía a Javier Ocampo López. Me fui para Tunja, le llegué a la casa a Javier y le dije: "quiero que me recomiende, soy alumno del profesor Velandia, yo no lo conozco a usted pero yo quiero ir al Colegio de México"; él me dijo: "¿por qué lo voy a recomendar si hasta ahora lo conozco?", entonces le dije: "porque ya he hecho dos libros y aquí se los he traído", y le mostré los libros de cabildos, él los leyó y dijo: "bueno, pues yo no lo conozco pero esto está muy bueno". Me dio la recomendación y por esa recomendación entré al Colegio y por la Beca José María Samper que me pagaban 500 dólares mensuales durante dos años. O sea, entré al cielo gracias a la beca del Banco de la República, gracias a Javier, y de esta manera salí del hueco del Tercer Mundo, del subdesarrollo a la civilización occidental.

Fue un conjunto, digamos de suerte, la suerte uno se la labra con coraje, o sea, si no hubiera tenido el coraje de irme, de buscar, de dejar mi familia, estaría en Ibagué de profesor de bachillerato. Esa fue la razón por la cual estudié Historia, pero siempre miraba la Geografía de cerquita porque me atraía mucho el campo de la Geografía. Por eso mi alumno William Buendía se dedicó un poco más a la Geografía que yo; pero los dos somos de la misma Escuela y tuvimos los mismos profesores.

El proyecto de la Escuela de Historia de la UIS se dio a finales de los 80. Yo estaba en el año 86-87 en Sevilla haciendo la tesis doctoral, investigando porque México me consiguió la beca para ir a Sevilla un año. Entonces estaba en Sevilla. Los que van a Sevilla tienen

una práctica y es que a las 10:30 de la mañana todos salíamos a tomar café con tostadas con mantequilla o con cualquier cosa. Entonces yo, todos los días, salía a las 10:30 a.m. a tomar mi café y luego volvíamos al archivo. En una de esas salidas llegó un historiador colombiano que se llama Hermes Tovar, él me dijo están abriendo una carrera de Historia en Bucaramanga, yo dije: "no lo puedo creer porque esa es una universidad industrial". Es decir, lo que tenía en mente cuando estaba en Sevilla, yo dije hago mi investigación de tesis, vuelvo a México, me gradúo y vuelvo a Colombia.

Tenía que volver a Colombia necesariamente porque mi papá hipotecó la casa como garantía que yo volvía al país porque esa era la condición del banco. El banco me puso una condición: tiene que volver al país a trabajar el mismo tiempo que estuvo becado. No tenía opción más que regresar. Pero en mi cabeza, decía: "al volver, voy a pedir empleo en la Universidad del Valle donde está Colmenares, o si no puedo entrar a la Universidad del Valle, me voy para la Universidad Surcolombiana de Neiva". Pensaba en el sur, pero pensar en la UIS jamás, cuando me dicen que van a abrir la carrera de Historia en la UIS, "no puede ser posible", entonces Hermes Tovar me dice: "es serio, lo sé porque conozco allá un muchacho que es amigo mío, que está haciendo la maestría y se llama Jairo Gutiérrez".

Entonces, le mandé una carta a Jairo Gutiérrez que no conocía, diciéndole, me han dicho que van a abrir tal carrera, ¿qué posibilidades hay de trabajar allá? Entonces él, como costeño me dice: "sí es cierto, pero ya que usted está allá, consígame estos documentos fotocopiados". Me puso fue a trabajar para él, que yo le buscara documentos, se los fotocopiara, me puso fue oficio, pero me dijo que sí era cierto, que sí iban a abrir concurso. Yo le mandé los documentos y quedó de darme las fechas, y, más o menos, el siguiente concurso

era un momento en que ya había terminado la estadía en Sevilla, ya estaba en México. Y entonces, entregué los informes, todavía no me podía graduar porque tenía que seguir redactando, dije en México ya no tengo nada qué hacer, me voy a Colombia. Y volví a Colombia un mes antes que se venciera el concurso, o sea, yo volví en agosto del 87. El concurso era en septiembre, o antes, no recuerdo cuándo era. Volví a mediados de año a Colombia y llegué donde mi papá, ya me había separado, mi hijo se quedó en México. Mi papá y mi mamá estaban sólitos, yo volví como hijo de familia después de haberme ido 20 años de Bucaramanga.

Efectivamente salió el concurso, el concurso fue en septiembre y concursé con una profesora de Pamplona que se llamaba Susana Valdivieso. Y el concurso me lo gané, ¿por qué me lo gané?, porqué le caí bien a Armando Gómez y Ernesto Rueda Suárez que era el decano. Armando Gómez era el director del programa que pertenecía al Departamento de Ciencias Sociales, y yo le traje un libro de Edmundo O'gorman de regalo y le caí bien porque en la entrevista me preguntaron: ¿cómo se hace una investigación?. Patos al agua, "meterse al archivo, punto". Yo ya venía vacunado con el cuento de los marcos teóricos. Lo que a mí me había hecho tanto daño en los años 60, 70; en México descubrí que era pura carreta el marco teórico. Entonces, ellos pensaban que yo les iba a echar una carreta sobre el marco teórico cognoscitivo, y no señor, investigar es tirarse al archivo, punto sin cuentos raros. Le caí bien a Armando por eso y le gané el concurso a Susana y entré.

Yo creo que me posesioné el 1 de octubre del 87 y entonces entré al segundo semestre porque la carrera empezó tarde, empezó como en abril del 87, la carrera se abrió tarde. Agarré los estudiantes de pregrado de la primera generación que estaban en el segundo semestre, ahí empezó mi vida en la UIS, desde el 1 de octubre del

87. En el segundo semestre con la primera generación que fue muy brillante y muchos están fuera del país haciendo cosas.

Yo no tuve ningún contacto con la Academia de Historia cuando me formé, eso fue posteriormente, me formé más bien en grupos de estudio de izquierda. Por lo tanto fui antiacadémico y me formé criticando la vieja historia, como si fuera miembro de la Nueva Historia de Colombia. Entonces, empecé contra las academias que consideraba obsoletas, la vieja historia, o sea, soy de la corriente de la Nueva Historia que era la que estaba de moda cuando estudié y cuando volví a Colombia. Cuando hice mis estudios de licenciatura, la Nueva Historia estaba irrumpiendo, así que soy de la Nueva Historia. Pero, como rompí con los marcos teóricos, me obligó más a distanciarme de esas grandes interpretaciones sociológicas para ir al archivo, pero era licenciado, fui formado para enseñar, pero quería ser investigador.

Cuando llegué, la carrera la diseñó Armando Gómez Ortiz, para mi él es el padre indiscutible de eso. Armando quiso hacer cuatro cosas al tiempo, y la práctica le demostró que no era posible. Él quería formar investigadores, maestros-licenciados, archivistas, e inclusive asesores de relaciones exteriores. Por su formación, él quiso abrir muchas ofertas laborales, o sea, que fuéramos asesores del servicio exterior, que fuéramos a trabajar en archivos, profesores e historiadores. Él pensaba en el mercado porque a él le tocó enfrentar el problema de un Consejo Superior y un Consejo Académico que no entendía por qué debía haber Historia en la UIS. Entonces, él tenía que venderlo diciendo que sí había demanda laboral, pero en la medida en que fue avanzando la carrera empecé a hablar con él y le decía: "Armando esto hay que revisarlo, en primer lugar hay que tomar una decisión clave:

¿vamos a ser licenciados, licenciados en Historia para enseñar o vamos a ser investigadores puros?". Forcé la decisión de abandonar la licenciatura y centrarnos en la investigación. Pero la propia práctica de la primera generación lo forzó, porque resulta que cuando ya la primera generación había avanzado había que pensar en práctica docente y los de educación dijeron que ellos no se encargaban de eso, había que pensar en las materias pedagógicas y dijeron que no podían. O sea, un día nos sentamos con Armando y dijimos: "estamos jodidos. La Escuela de Educación no nos va a dar la práctica docente ni las pedagogías", entonces se hizo la reforma para eliminar eso y forcé la decisión de no formar licenciados sino historiadores puros, lo cual a Armando le dolía mucho porque él pensaba que iba a tener impacto grave en el desarrollo laboral. Le decía a Armando: "es cierto, pero resulta que si formamos historiadores bien formados, los colegios los van a contratar así no sean licenciados", es decir, el país se estaba abriendo entre el licenciado que sabe mucha pedagogía y no sabe Historia y el historiador que sabe mucha Historia pero no tiene la titulación docente.

Yo forcé esa decisión y abandonamos la licenciatura. Entonces, la única manera de graduarse era con trabajo de investigación, y ahí es donde yo diría "al archivo". Luego se abandonó la cosa de ser asesor de relaciones exteriores. Eso era imposible. La UIS era una burbuja que no tenía ninguna vinculación con los ministerios y quedaba la parte archivística que había que hacerla para poder tener documentos, entonces fue cuando me metí a los archivos para que la carrera tuviera archivos, pero a eso también me ayudó el Banco de la República. Y otra gran cosa, cuando llegué, el Banco de la República estaba metido en un proyecto de salvar los archivos de Girón y había comprado maquinaria, pero la gente que el Banco contrató en Bucaramanga y Girón,

Colección Escuela de Historia 25 años

no tenían la calificación, entonces el Banco se desesperó porque eso no avanzaba, entonces yo me le presenté al gerente del banco que era el doctor Alberto Osorio, le dije: "la única manera, ahora que se cerró la Perú de la Croix, que ya no hay sitio para los archivos, es que la UIS se encargue de eso". Entonces yo actué como el puente entre el Banco de la República y la UIS para que el banco pasara todo a la UIS y la UIS se quedara con ese patrimonio que hoy tiene y que no tienen ni idea de lo que vale. Pero entonces fue un concierto de estrellas entre el banco, Girón, el presidente del banco que daba las órdenes, la notaría de Girón y yo como intermediario porque yo jugaba con dos camisetas: la camiseta del banco y la de la UIS, entonces fue cuando creamos el CDIHR, el CDIHR es idea también de Armando Gómez Ortiz, no es mía, y Armando defendió el proyecto del CDIHR, aprovechando que su hermano Claudio estaba en el Consejo Superior.

¿Por qué hubo que crear el CDIHR?, porque es que no existía la Escuela de Historia. La carrera de Historia era parte de un departamento que se llamaba Ciencias Sociales que lo manejaban los trabajadores sociales, entonces nosotros no teníamos organizaciones en ese departamento para hacer cosas. Entonces, Armando se inventó el CDIHR como una manera que pudiéramos hacer investigación independiente, manejar archivos y laboratorio de restauración. Entonces el CDIHR fue una manera que nos inventamos con el profesor Armando para poder trabajar en el seno de un departamento que era ajeno a nosotros. Así el Centro nos daba independencia y poder para manejar los fondos del Banco de la República con los contratos. Cuando se creó la Escuela de Historia, el CDIHR ya no tenía sentido porque ya el CDIHR fue asimilado a la Escuela, me quitaron el centro de costo y Amado Guerrero se volvió el director del CDIHR porque ya no

tenía sentido, ya la Escuela de Historia tenía autonomía para hacer lo que hacíamos anteriormente. Entonces el CDIHR quedó como un fantasma, pues ya no era necesario porque ya la Escuela era el aparato.

La primera generación de profesores en la Escuela se compuso de los fundadores. Los fundadores fueron un filósofo, Ariel Díaz; una antropóloga que es Liliana Cajiao; un sociólogo que es Jairo Gutiérrez, que luego se hizo historiador con maestría, en el momento que yo llegué, él estaba acabando la maestría; una filósofa que era Blanca Inés Prada; así que soy el primer historiador profesional que llegué, por eso me volví líder porque ninguno de ellos era historiador de formación y yo sí venía de una buena Escuela de Historia.

Pero hay una cosa interesante, era una época en que en la UIS estábamos todo el día. Yo llegaba a la UIS a las 7:00 de la mañana y me quedaba hasta las 7:00 de la noche, 12 horas, uno vivía en la UIS. Al vivir en la UIS, uno terminaba siendo como una familia, entonces las relaciones eran muy personalizadas, éramos amigos, conocimos nuestras esposas, nos visitábamos en la casa, vimos criar a nuestros hijos, existía una gran confianza porque vi crecer las hijas de Jairo, Jairo vio crecer mi hijo, vimos crecer los hijos de Ariel Díaz, vimos el matrimonio de Liliana Cajiao, éramos una familia que incluía las cónyuges, los hijos, comíamos juntos, almorzábamos, era una familia, era una UIS muy diferente a la que hoy existe, muy diferente.

Entonces todos teníamos diferente orientación política, yo ya era muy crítico de la izquierda para esa época. Armando Gómez venía del Partido Conservador pero había transitado al anarquismo, Jairo era el único que se mantenía más o menos fiel a la izquierda, entonces lo jodíamos y los otros venían de la Iglesia Católica, Ariel Díaz había sido provincial de los Salesianos,

Reynaldo Suárez también había sido Salesiano, había sido cura de Charta, de manera que nos tomaban el pelo porque antes que yo llegara a la facultad la llamaban la Pontificia Facultad de Ciencias Humanas porque todos venían del clero, nosotros trabajábamos en una cosa que se llamaba Humanidades. Antes que hubiera carrera, entonces dábamos cursos de Humanidades a los ingenieros, yo alcancé a dar cursos a los ingenieros de Historia, se llamaba Humanidades, entonces fuimos una familia, a nosotros no nos dividió la orientación política para nada, eso para nosotros fue invisible porque no éramos militantes, teníamos opinión política pero ninguno de nosotros militaba con ningún partido, no teníamos compromisos políticos ni teníamos que ganar adeptos ni formar clientela política entre los estudiantes, y más o menos entre todos nos pusimos de acuerdo en que había que trabajar en Historia y mandar los pelaos al archivo.

Luego yo traje a William Buendía, a él lo traje medio tiempo, luego a Juan Alberto Rueda, ellos entraron primero de medio tiempo y luego lo hicieron de tiempo completo. Yo traje a William porque él ya había hecho la Maestría en Cartografía en el Instituto Agustín Codazzi y dije: "Armando, aquí necesitamos un geógrafo", y Armando Gómez dijo: "claro, traigamos un geógrafo" y lo trajimos para eso. Entonces llegaron ellos de tiempo completo, y así fuimos completando digamos que un bloque, luego traje a Amado que era un muchacho muy brillante de la maestría de la UPTC, que había hecho un gran trabajo de la economía del trigo.

Entonces ya empezamos a respirar Historia, en parte porque ya teníamos archivo, la primera y segunda generación toda se metió al archivo, es más, de la primera generación, yo recuerdo que Orlando Pardo fue muy importante en la traída de los archivos judiciales

a la UIS porque él era abogado del Poder Judicial, él fue con Juan Castillo y Diego Hernández, alumnos de la segunda generación, fueron el bloque que gestionó la traída del Archivo Judicial a la UIS.

Comencé con mis buenas maneras a que la gente me regalara archivos hasta que llenamos el sótano de la biblioteca central, fueron llenando, llenando, llenando y luego empezamos a microfilmar en Bogotá y comencé, es decir, hice Archivística, no porque quisiera hacerlo sino porque era necesario cuando había la intervención y porque era la manera que entregaran archivos, y bien sabía que debía crear un patrimonio documental para la carrera, que eso sería el prestigio de la carrera porque lo había vivido en Ibagué. En Ibagué había comprobado que me volví el mejor estudiante porque era el que manejaba el archivo histórico y eso me permitió ganarme la beca porque sabía que un historiador sin archivos termina botando corriente.

Pero fue una primera generación muy buena porque fuimos amigos, pero es que en esa época el departamento era de amigos, es decir, nosotros pertenecíamos a una Escuela con Trabajo Social, las trabajadoras sociales hacían bailes y nos invitaban, entonces uno tenía bailes en la casa de Rosalba Rivera, entonces éramos amigos de las trabajadoras sociales, amigos de la psicóloga, o sea, era una familia extensa. Entonces uno conocía a los cónyuges, es más, también conseguí a mi mujer allá, como ella también madrugaba a las 7:00, llegábamos juntos a tomar tinto, ella pertenecía a Idiomas y de tanto tomar tinto, resultamos casándonos, pues también era muy amigo de las del Departamento de Lenguas, es decir la Facultad era una gran familia, había reuniones de integración, fiestas de fin de año, entonces, era una integración no sólo de profesores, sino con las secretarias, las secretarias eran parte de la familia de uno: Consuelito, Omaira Serrano,

era una familia extensa porque era otro ambiente, era un ambiente familiar más pequeño y porque todos hacíamos la tarea con gusto. Entonces uno se podía quedar a trabajar 12 horas y estaba como en su casa, que es lo que a veces Conchita me dice: había una época en la Escuela de Historia que yo llegaba como llegar a mi casa, hoy ya no, hoy ya llego a sufrir, pues cambió todo.

En esta primera generación, estudiantes como el profesor Juan Alberto, el profesor William, que empiezan a tomar liderazgo en los proyectos que empieza a asumir la Escuela como el de poblamiento, investigaciones, ahí los enganchamos, ahí se aproximaron a la Escuela. Juan Alberto había dado cátedras en Trabajo Social porque él también venía de Sociología. Aunque ellos entraron antes de la Maestría en Historia. William tiene el mismo perfil mío de la Universidad del Tolima: licenciado. Juan Alberto, sociólogo de la Nacional. Entran a la UIS y estando en la UIS entran a la Maestría en Historia. Ya estaban enganchados en la maestría, en nómina. Ellos aprovecharon la Escuela de Historia para capacitarse en Historia, cuando ellos no tenían maestría. William tenía Maestría en Cartografía, pero William y Juan Alberto fueron alumnos míos en la maestría, pero ya eran de la nómina, ya habían entrado. Ellos ya hacían parte de Humanidades, a ellos no los conocí en la maestría sino que ya estaban en la UIS y aprovecharon la maestría para capacitarse.

La UIS tiene un problema histórico, es que la UIS ha crecido a pesar de sí misma como dice el título de Bushnell para Colombia, porque entrar programas nuevos a la UIS ha sido contra la voluntad de los establecidos, esa historia hay que contarla algún día.

La maestría es la consecuencia del pregrado. Esta idea tiene que ver mucho con la formación, la idea era profundizar los buenos estudiantes en investigación y,

por supuesto, esa maestría la hicimos con Jairo y con el respaldo de Armando Gómez. Es que Armando era una persona muy especial, porque, digamos, un historiador profesional él no lo concebía como historiador, pero echaba tan buenas historias que era el profesor más querido por todo el mundo y además tenía mucho don de gentes. Entonces, Armando inhibía todas las peleas con sus chistes, no dejaba pelear, Armando era ese centro de unión porque no dejaba pelear, el cumplió un gran papel en la Escuela.

De manera que mi relación con el profesor Armando Gómez Ortiz fue buena, él diseñó la carrera; el diseño del currículo sigue llevando la mano de Armando Gómez Ortiz, a pesar que le hemos hecho nueve reformas chiquitas. Se le han hecho nueve reformas en total, pero la estructura sigue llevando la mano de Armando. Por ejemplo, la idea de Historia Universal, eso es ruso, eso lo trajo él de la Patricio Lumumba y aquí queda; la estructura de América Latina y Colombia, eso es de Armando.

Hay materias que metí, pero con Armando se podía negociar, él entendía razones: "vea Armando, esto hay que cambiar", Armando me hacía caso. Además fuimos muy amigos y además como teníamos el mismo nombre, nos reíamos mucho porque la gente nos confundía. Entonces él cada rato me llamaba a contarme una anécdota nueva. Nosotros tenemos una colección de anécdotas de gente que nos confundía, 'Armando el historiador de la UIS', entonces podía ser cualquiera de los dos. Entonces, a él lo paraban en la calle para felicitarlo por un libro que yo había escrito. A mí me llamaban a decirme que me habían visto en Café con Verso, pero yo no soy ese, es el otro. O sea, nos vivían confundiendo y nos moríamos de la risa y teníamos una colección de anécdotas. Con Armando fue una amistad y una colaboración intelectual muy productiva.

El *Anuario* fue un proyecto que se concentró de tres universidades: la Universidad del Zulia con Germán Cardozo Galué, nosotros creamos un proyecto con él, FLACSO Quito que era donde estaba Heraclio Bonilla y la UIS. Se sacó el primer número y lo sacó la UIS, pero la idea era que rotara cada año por un país, pues resulta que FLACSO se cerró. O sea, dijimos: muere el *Anuario* o lo seguimos nosotros, entonces decidimos conservar el nombre y seguirlo solamente en la UIS. Y es una revista que mantuvimos, es reconocida nacionalmente.

Pero mi gran proyecto es la *Revista de Santander*, esa sí me gusta, esa sí es una revista muy bonita. Se distribuye en todo el país, esa sí tiene más tiraje. El *Anuario* son 500, esta tiene 2.000 ejemplares. Es mucho más bonita, con tiraje nacional y además se regala, bueno, también se vende. Esa sí es una revista, una belleza de revista, es la mejor diseñada del país, además conserva una tradición muy interesante, esa sí es una revista de mostrar. Para mí esa es la más bonita, digamos, por el contenido, distribución; el diseño es una belleza, es una revista de colección y ya vamos por la número ocho. En el contenido participan estudiantes, al igual que en el *Anuario*, tiene secciones de todo. Ahí no me interesa a mí la calificación, es la habilidad para contar un tema, por ejemplo la del año 2014 será sobre la represa del río Sogamoso y van a escribir ingenieros. Historia es apenas una sección, pero tengo el dossier donde participa cualquier persona. Esa revista a mí sí me gusta porque es para coleccionar, porque tiene mucho cuidado, mucha edición, mucho diseño, buen papel y son cuatro veces más que el *Anuario*, y esa sí se distribuye nacionalmente y es como la revista de mostrar de la UIS y está a cargo de rectoría. No es de ninguna Escuela. El *Anuario* es una revista para personas especialistas y más académica, más dura de leer. La *Revista de Santander* tiende a ser para un lector ilustrado, quien no tenga que ser especialista.

En el balance de los 25 años de vida de la Escuela, hay varios balances, depende del área. En el área de investigación que es lo que a mí más me interesa, la UIS es reconocida nacionalmente. Es decir, el *Bicentenario de la Independencia* mostró que la UIS era la universidad que estaba comprometida con la Historia, o sea, el impacto de la *Colección Bicentenario* fue internacional. Si del Bicentenario hay una universidad asociada es la UIS: 20 tomos de la *Colección Bicentenario*, todo el mundo lo descarga de la página web, fuimos los de mostrar, la UIS brilló y eso muestra que hay investigación.

En general, nosotros somos reconocidos como una potencia en historia política, Y saben que en historia regional cuentan con nosotros. La gente sabe que en Bucaramanga se investiga historia, no hay duda.

Yo estuve en la Universidad de Caldas, visitando el pregrado en Historia y la Maestría en Ciencias Sociales. Allá están tres egresados nuestros: Miguel Suárez, Edwin Monsalve, y Sebastián Martínez. Ellos dicen que es una réplica de la UIS. Estamos también en la Universidad del Valle con Adriana Santos y Hughes Sánchez, o sea, estamos en la Universidad del Valle, en la Universidad de Caldas, en la Nacional toda la universidad tiene gente nuestra. Ya han pasado egresados nuestros por el Colegio de México, está Robinson Salazar allá, está Yoer Javier Castaño, paisa que estuvo en la maestría. Mucha gente en la UNAM.

También hay catedráticos en la Universidad del Cauca; en las universidades del país hay egresados nuestros, y donde llegan los de la UIS, llegan a trabajar.

Hemos hecho la tarea, Armando Gómez se fue tranquilo, ya había un camino, y el camino lo hemos aprovechado, no se cerró. El balance para mí es muy bueno, son 25 años donde dejamos,un testimonio: se

puede hacer Historia profesional en el país. Cuando se presentó el proyecto al ICFES, de la carrera de Historia, los evaluadores fueron Germán Colmenares y Javier Ocampo López. Germán Colmenares se opuso con buenas razones, dijo: "me van a decir a mí que van a abrir una carrera de Historia con filósofos y sociólogos, ¿dónde hay un historiador aquí?", tenía razón, Germán se opuso. Se abrió porque Javier tenía más influencia y dijo: "es que nosotros, la UPTC, también empezamos como licenciados", es decir, fue la bonhomía de Javier la que presionó para que el ICFES le diera licencia de funcionamiento a esta carrera, por Germán no habría carrera.

Hace 25 años nadie creía que con este grupo de filósofos y sociólogos hubiese carrera de Historia. 25 años después, ya hay un conglomerado de historiadores reconocidos nacionalmente, entonces sí se ve el cambio.

WILLIAM BUENDÍA ACEVEDO

Licenciado en Historia y Geografía de la Universidad del Tolima. Magister en Historia de la Universidad Industrial de Santander. Profesor de la Universidad Industrial de Santander.

Yo soy licenciado en Historia y Geografía de la Universidad del Tolima, Magíster en Historia de la UIS. Llego a la Escuela de Historia cuando estaba en Bogotá, me entero que iban a abrir una carrera de Historia en la UIS, entonces solicité una cátedra y fui profesor de cátedra por seis años. Me apasioné por la Historia gracias a mi familia, había ocho profesores, entre tías y primas, licenciadas en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Mi mamá trabajó en primaria toda su vida, por ende, la vocación fue familiar. En el Tolima sólo existió la posibilidad de estudiar licenciatura, no había más. Mis profesores me enseñaron a querer las Ciencias Sociales, pues yo no sabía nada acerca de ellas, sólo lo que mi familia me había enseñado. Los profesores me regalaban libros y me mostraron las Ciencias Sociales como una posibilidad.

Dentro de la Escuela de Historia yo identifico tres grupos de estudiantes. El primero, frente al cual las actividades resultan indiferentes. El segundo que considera que la Geografía y las clases de Historia pueden ser aprovechadas. El tercero, los que consideran que no les agrada, que no les llama la atención. Estoy convencido que el segundo grupo resulta importante, de este grupo hay cuatro doctores: Néstor Rueda, quien hizo su tesis de pregrado y doctorado sobre Bucaramanga; el doctor Sebastián Martínez, quien hizo

su tesis sobre la ciudad de Pereira; la doctora Mary Castellón, quien hizo su tesis sobre Socorro a finales del siglo XVIII, y en la actualidad se encuentra en México; finalmente, Robinsón Salazar, sangileño, quien hizo su tesis sobre la ciudad de San Gil y se encuentra terminando su doctorado en el Colegio de México.

Aunque la línea de investigación de urbanismo como tal no existe formalmente, hay 14 tesis terminadas realizadas por cuatro doctores y dos magisteres. Por lo tanto, considero que tiene importancia. Les ha ido bien a los muchachos, el trabajo se ha hecho de manera aceptable.

Acerca de las cátedras que están y han estado en mis manos tenemos Geografía I y II. La primera, está orientada por el problema urbano en general, al final del curso se estudia Colombia desde el aspecto teórico y se busca la aplicación de esas teorías de investigación hechas, en el caso de Colombia y otras ciudades importantes de Centro y Suramérica. En la segunda, se desarrolla el caso urbano colombiano, se muestra el desarrollo de algunas ciudades desde expresiones hispánicas más conocidas, pasando por expresiones urbanas del siglo XVI, XVII, XVIII hasta siglo XX. Recorrido que tiene hoy una serie de investigaciones destacadas que se intentan dar a conocer y repasar en el curso para que los estudiantes busquen posibilidades de realizar tesis sobre el tema. Por mucho tiempo dicté Historia de Colombia siglo XX, ahora la dicta un profesor vinculado a la Escuela recientemente. En estás cátedras se trabaja el manejo de las fuentes primarias, escritura con base en documentación, se da espacio para que conozcan la documentación y posibles problemas que se pueden estudiar desde su lectura. Se hace énfasis en la recolección de información y escritura en esas bases de datos, clasificadas y orientadas temáticamente, por lo menos.

En cuanto a Estadística, la idea era que un profesor de la Escuela, un historiador dictara esta cátedra con el fin de evitar un problema en el caso que la dictara un especialista con enfoque matemático, y el propósito fue que la materia fuera observada en sus relaciones con la Historia, por eso los estudiantes desarrollan talleres de estadística práctica, escogen un tema, buscan documentación, en el semestre clasifican la base de datos por nociones encontradas en la documentación y escriben, en el caso de Historia de Colombia, tres informes escritos en el trascurso del semestre para revisar problemas y soluciones en la habilidad de la escritura. En general, veo buenos resultados, buen número de estudiantes han hecho su tesis con estas bases de datos siguiendo indicaciones de directores de tesis.

Con el profesor Armando Martínez existe una deuda intelectual, él se preocupó siempre porque hiciera la Maestría en Historia e intenta que haga el doctorado, "algo inalcanzable". Él fue mi profesor, es amigo, es casi de la familia, cuando papá no ha estado, ha hecho de papá, de hermano, ahora es compadre, pues es padrino de mi hija menor. Tengo con Armando una deuda intelectual, familiar, de solidaridad, respeto y acompañamiento.

No se observan publicaciones en mi escasa producción porque, como lo llama Armando Martínez, es por timidez, claro que cuando está molesto lo llama inseguridad. En realidad, no me gusta la tarea de ser líder, creo que Juan Alberto y Armando han cumplido a cabalidad esa tarea.

La deuda con los estudiantes me duele porque están en formación. Sé de la dinámica de la universidad pública. He trabajado al lado de ellos en lo que soy capaz de hacer, transmito lo que más puedo, posibilidad,

actitud. Trabajé temas no urbanísticos y no ha habido problemas, los dejo trabajar tranquilamente, luego reviso y expreso mis puntos de vista y luego se gradúan y les ha ido bien. Me resulta muy satisfactorio los estudiantes magísteres y doctores. Desde la Geografía he realizado análisis urbanísticos, 14 tesis acerca de problemas urbanos en Santander, análisis de barrios, ciudades, capitales, ciudades intermedias como Socorro, San Gil, San Vicente de Chucurí, Girón, Floridablanca, Piedecuesta y he dirigido el 80% de estas tesis.

Con respecto a la titulación de Historia y Archivística, debo decir que la Ley de Archivos obligó a tomar una decisión porque entonces, cualquier egresado no podría tener acceso en ese campo de trabajo.

Del balance de estos 25 años del programa de Historia debo decir que llevo vinculado hace 20 años y punta. Como balance puedo decir que los Armandos, el doctor Ernesto Rueda, la doctora Liliana Cajiao y Jairo Gutiérrez, tomaron la vocería y lo hicieron funcionar. En medio de adversidades ha cumplido 25 años y está listo para al menos otros 25. La Escuela ya tiene maestría y seguramente tendrá doctorado. En términos académicos son logros significativos.

LEONARDO MORENO GONZÁLEZ

Antropólogo de la Universidad Nacional. Magíster en Prehistoria de la Universidad de Barcelona y Magíster en Antropología con Énfasis en Arqueología Ambiental de la Universidad Autónoma de Puebla. Profesor de la Universidad Industrial de Santander.

Soy tolimense. Me formé en un colegio oficial con todos los limitantes y carencias que infortunadamente tiene la educación secundaria. Al graduarme terminé como todos los jóvenes de hace 30 o 40 años, los cuales, aspirábamos a llegar a la Universidad Nacional y tener algún contacto con la ciudad de Bogotá que era nuestro referente más importante. Era el referente universal que teníamos los jóvenes de ese momento y, por supuesto, la Nacional era el mundo más promisorio y anhelado por nosotros.

Llegué a Bogotá e inicié mis estudios de Ingeniería Catastral y Geodesia, los cuales terminé entre el año de 1976 y 1979. Cuando realizaba mi carrera de ingeniería satisfactoriamente, los estudiantes de la Universidad Distrital se tomaron la Universidad y en el año 1978 se cerró la Universidad. A raíz de ese cierre, me contacté con la Nacional porque antes de presentarme a ingeniería, había pensado en presentarme a Antropología, pero dejé un poco de lado eso cuando comencé ingeniería.

Al contactarme nuevamente con la Nacional, hablé con Héctor Llanos que era arqueólogo de la Nacional y de manera coincidencial, necesitaba hacer un levantamiento topográfico, por lo cual, me propuso que si yo le hacía ese trabajo. Por eso me fui hacer el levantamiento topográfico para una investigación que él tenía en Morelia, en el sur del Huila. Él me contrató

por un mes y yo le terminé el trabajo en 20 días, aunque le pedí permiso para acompañarlo el resto de temporada que eran más o menos 18 días más, comentándole que le pagaba el hospedaje y la comida, a lo cual me dijo: "no hay problema, quédese". A su vez, le argumentaba que a mí me gustaba la Antropología, la Arqueología, los pozos de sondeo, todo esto de planos, y que yo veía que la Arqueología era un área que me interesaba; entonces, me dijo: "bueno, pues tiene la oportunidad, descubra esa posibilidad, ya queda en su dinámica, en su capacidad que siga en esta área o no".

Al mes de terminar las excavaciones, me presenté al examen de admisión, pasé y terminé estudiando Antropología, graduándome en el año de 1988, dos años después que me había graduado en Ingeniería Catastral. En el año 88, un arqueólogo me invitó al Valle del Cauca a hacer un trabajo y ahí me contrataron como investigador asociado, ya estando hasta finales de ese año, salió una convocatoria por la prensa donde necesitaban profesores en la UIS. Presenté el examen y me vine a Bucaramanga a presentar la entrevista, hice mi exposición, gané el concurso y en el 89 ingresé a la Escuela de Ciencias Socio-políticas, que era entonces la unidad académica que nos agrupaba a todos nosotros. Empecé a dictar clases de Antropología en la carrera de Historia, en ese momento la profesora Liliana Cajiao era la titular de la asignatura pero se iba para Estados Unidos a hacer su maestría y yo adquirí ese difícil reto de asumir, no de reemplazarla, sino de asumir sus clases, era un reto muy importante en la carrera de Historia, en el sentido de la importancia del componente antropológico.

Desde ahí, realicé un acercamiento entre la Historia y la formación que recibí en la Nacional, donde la Arqueología siempre estuvo pensada en términos de la Antropología. Nosotros recibimos en el pregrado en la

Nacional varios cursos de Historia, entre ellos, Historia Antigua, Historia Medieval, Historia Colonial, luego el componente de Historia en Antropología también era muy rico y de alguna manera uno tenía un diálogo, una cercanía con la Historia y por eso yo no era tan alejado de este campo.

Además, felizmente al llegar al programa de Historia en la UIS, había otro componente y es que los profesores inspiradores que habían creado la carrera de Historia, tenían por fortuna una visión de la Historia de manera holística y ellos habían entendido por su formación en Europa que la Historia tenía un componente muy importante alrededor de lo simbólico, alrededor de la cultura, alrededor de las mentalidades, y que la Historia también era una ciencia social que necesitaba trazar diálogos o tender puentes de diálogo con otras disciplinas y entre ellas la Antropología.

Entonces, yo aquí encontré un nido muy importante hacia la Historia en tanto que se entendía la Antropología como un componente social de un área social que ayudaba a la Historia a explicar procesos sociales, a explicar muchos hechos sociales que constituían el insumo de la Historia en términos de la cultura, en términos de lo simbólico, en términos de lo que podríamos llamar la "historia social", y esto no solamente se pensaba para el momento contemporáneo, sino que se pensaba hacia épocas anteriores. Había un cierto camino, muy importante de la Historia en torno a la Etnología, en torno a la Etnohistoria, que también había sido un componente importante de formación en la Universidad Nacional.

De esa manera, cuando llego a la carrera de Historia, en lo que ese momento se llamaba Departamento de Ciencias Socio-políticas y no Escuela, empiezo a impartir clases para ingenieros, médicos, etc.,

en el campo ya general de la Antropología, acercándome a la carrera de Historia y empiezo a dictar también Etnohistoria y Etnología. Ahí convergen una serie de aspectos a nivel teórico y a nivel de las asignaturas; empiezo a vincularme con materias más específicas de la carrera de Historia y a desarrollar trabajos de Arqueología, aun cuando inicialmente, mi área de investigación que traía desde la Nacional de Bogotá, era San Agustín. Por eso, mis primeros trabajos y casi que toda mi producción de libros y de trabajos que he realizado han sido sobre la cultura en San Agustín.

Luego, entre el año 91 y 94, me fui a México a hacer la Maestría en Antropología, en esa maestría me formé en Arqueología digamos ambiental. Cuando regreso, se había trasformado la Facultad, había nuevas unidades académicas, había surgido la Escuela de Historia, por supuesto, había desaparecido el Departamento de Ciencias Socio-políticas y por alguno de estos movimientos académicos que suelen suceder en estas instituciones, fui adscrito a la Escuela de Historia, tomaron la decisión de hacerme partícipe de la planta de profesores de la Escuela que hasta hoy tengo.

También dejé de investigar en San Agustín y me centré un poco más en Santander, pero infortunadamente no se ha podido desarrollar todo lo aprendido y todo lo que sé porque hay una clase dirigente en la región que poco valora y poco apoya la investigación. A nivel nacional, se ve a Santander como un área muy marginada y a la Arqueología y a la Etnohistoria de esta zona no le dan mucha importancia, por lo tanto, ha sido una lucha hasta hoy en día para poder hacer investigaciones.

Afortunadamente, la Universidad por procesos y dinámicas internas de la investigación, dio la opción de hacer una investigación que es la que realizo actualmente en Los Santos, con la cual, esperamos socializar todo el

potencial y toda la posibilidad arqueológica que tiene la zona de Santander para demostrarle también a la región toda la posibilidad que tiene la Universidad y la carrera de Historia, haciendo mucho más fructífera y productiva la acción académica e investigativa de cada uno de los profesores de la Escuela.

Después de terminar la maestría, hacia el año 2000 me fui a hacer el Doctorado en Arqueología Prehistórica y, por supuesto, allí recibí otras influencias, reafirmé las que había recibido en México, me aparté de la Arqueología Ecológica o Ambiental y me centré más hacia el tema de la producción, de la economía y fundamentalmente me especialicé en sociedades cazadoras-recolectoras, sin que haya abandonado el trabajo con las otras sociedades ó con los otros períodos de la historia social prehispánica. Además, logré combinar la Ingeniería Catastral y Geodesia con la Arqueología porque afortunadamente son muy complementarias, de ahí que dentro de esa visión panorámica de la Arqueología Ambiental, siempre he podido dedicarle tiempo a esa primera parte del análisis arqueológico, que es el paisaje y el espacio, tanto físico como social y cultural.

Toda esa producción intelectual y académica la trasmito a mis estudiantes, les inculco la necesidad que el historiador también vea el espacio físico- social, que el historiador también es un historiador del paisaje porque en el fondo todas las Ciencias Sociales deberían hacerse este planteamiento porque los seres humanos vivimos en un espacio y ese espacio es dinámico, la misma tierra es dinámica, el mismo universo. Eso es lo que planteo e inculco a los estudiantes, aquello en lo que trato que les interese y llamarles la atención como en el concepto de evolución, evolución social, de trasformación, el concepto de espacio histórico, el concepto de respuestas, el concepto de patrones de

poblamiento. Todos estos son conceptos que tienen que ver con Arqueología y que yo trato de contextualizarlos en el sentido del análisis histórico porque entiendo la Historia de esa manera, vivo la Historia de esa manera y considero que me he casado con la Historia no en el sentido de la profesión, sino en ese sentido de la actitud de vida, de ver la materia en una constante trasformación, en un constante proceso de cambio, incluyendo la vida humana y la sociedad.

Desde esa idea, puedo sintetizar mi aporte al programa en dos grandes campos. Uno, en la formación integral y holística del estudiante, de entender la cultura y los procesos de la cultura dentro de una formación integral, presentando como prueba de ello, que a consideración mía, más o menos el 90% de los egresados de Historia que ejercen su labor académica o investigativa, tiene que ver con la cultura y tiene que ver entonces con el campo del que conjuntamente con otros profesores compartimos, es decir, que el historiador de la UIS debe y se ha alimentado de esta integralidad que convoca la Historia, la Antropología y la Arqueología, teniendo un mayor alcance.

Quizá el egresado no lo puede definir o representar, pero estoy seguro que si hiciéramos un seminario, podríamos llegar a la conclusión que el historiador de la UIS lleva una gran ventaja, en tanto que a través del pensum y como fue inspirado por estos colegas tan acertadamente, él tiene una formación holística e integradora en el campo de la Antropología, la Arqueología y de la Etnohistoria, permitiéndole al historiador entender procesos histórico-sociales de una manera más integrada. El historiador, podría entender todos los hilos que generan estos procesos históricos sociales, por ejemplo, desde el siglo XVI hasta el siglo XIX que lo cubre toda esta área de las Etnohistoriæs, es decir, está en capacidad de entender estos proceso

sociales prehispánicos obtenidos desde el componente de la Arqueología, y por supuesto, también de la Historia Contemporánea, porque a través de la Etnología él va a entender la lógica y el conocimiento de sociedades no occidentales que aún viven.

De ese modo, el egresado de la Escuela de Historia de la Universidad Industrial de Santander tiene una formación integral que le permite contextualizar esos procesos y entender esos fenómenos sociales de una manera más integral y desde épocas remotas, prehistóricas si pudiéramos decirlo, hasta la actualidad. Quizá no toma conciencia de esto, pero quizá en su vida profesional en algún momento lo va tener que sacar de su mente, el entender estos procesos sociales.

En ese sentido, paso al segundo comentario: el historiador tiene todo el bagaje teórico, toda la formación y toda la capacidad, puede ejercer su profesión desde ser un asesor hasta ser un profesor de primaria, no con menosprecio o de menor calidad, pues éste también tiene un importante trabajo, porque imagínese que todos los niños pudieran entender la Historia a partir de procesos, y ahí es donde está el historiador que tiene una formación teórica. Toda esta formación permite que el historiador a través de estos procesos pueda explicar continuidades y discontinuidades, permitiéndole leer la historia social de una región de manera mucho más certera o, en otros términos, ver rupturas, ver transiciónes. Pero, infortunadamente por las reformas que han existido, la Historia dentro del bachillerato ya no se ve y habrá que tener optimismo que algún día exista un gobierno que piense no en las armas sino en la educación, pues la Historia es un componente fundamental para nuestra nacionalidad, para nuestro desarrollo como sociedad, en un fortalecimiento muy profundo de patrimonio, de identidad y de construcción de un acontecer que lo construimos por retazos y de una manera fraccionada.

Ahora, yo me alejo un poco de la visión que tiene la Escuela de Historia porque la veo muy fraccionada y muy insistente en que la historia regional empieza con el Estado-Nación. Esa es una de las tiras de la Historia, pero la Historia tiene muchísimas otras tiras. Esperamos que las nuevas generaciones nos superen a nosotros como académicos, en el sentido que puedan construir una visión de la Historia mucho más holística y una convergencia temática, disciplinar y de investigación que permita pagar las deudas que tenemos con la región, por ejemplo, la deuda que tenemos con la Historia Colonial, con la Historia Urbana, con la Historia Social, de las ciudades, de los barrios, con la Etnohistoria.

Por último, yo diría que esta área de la Antropología, la Arqueología, la Etnohistoria y la Etnología, en el contexto mismo de la Escuela han sido subvaloradas de manera inconsciente, porque no creo que mis colegas tengan esa intencionalidad y esa miopía intelectual de despreciar un conocimiento. Todos los directores de la Escuela, sin excepción, le han dado muy poco apoyo, prácticamente he sido un profesor que me he considerado marginal dentro de la Escuela. Pero, quizá ese distanciamiento es el que me ha permitido que yo prácticamente sea amigo de todos los profesores, que no esté alineado a ninguno de los grupos de la Escuela, algo que hoy en día me satisface mucho porque tengo buenas relaciones con todos y hago mi trabajo.

También está el trabajo que ahora se está haciendo con el Museo, por intermedio de él construir un sentido de pasado, hacer una compresión del pasado y proponer una aproximación de la historia social prehispánica para que sea sometida al criterio y a la crítica de los colegas y, ante todo, para empezar a inculcar y a construir un concepto más amplio e historia en los niños. En ese sentido hemos tenido éxito porque en menos de un año de apertura del Museo hemos tenido

muchísimas y numerosas visitas tanto de colegios como de universidades.

Sin embargo, lo más importante es que cada día se acercan más estudiantes interesados y yo espero hacia el futuro, que empiecen a aparecer tesis sobre la Etnohistoria y Arqueología Regional, jalonadas no ya desde una carrera de Antropología sino desde la misma carrera de Historia, porque se olvida que en Santander las sociedades cazadoras-recolectoras que antecedieron en el territorio, tuvieron su presencia, su vida social, económica, política, en épocas, inclusive muy atrás y tuvieron especialmente en la zona hacia el Magdalena Medio y hacia la montaña, sus sitios predilectos para movimientos de la población, existiendo una gran riqueza de estas comunidades que infortunadamente están tapadas y no pueden ser investigadas y dadas a conocer a la región por la falta de apoyo económico que esperamos que a futuro cambie. Esperamos que haya una clase dirigente, una clase académica en la universidad, que apoye a los investigadores y a los estudiantes que en el futuro puedan interesarse por esta temática de la historia regional, que es tan importante como la historia contemporánea o la historia moderna.

De ahí que, a mi modo de ver, ese reduccionismo ha hecho que en la Escuela la relación entre Historia y Arqueología sea de cierta manera muy pobre porque se ha limitado a dictar las clases, apoyarlas o a respetarlas; pero el historiador de la Escuela no tiene una visión integradora y holística que le permita plantear una Historia como yo la he propuesto y pensado, es decir, estudiando una región desde el punto de vista histórico, que comience desde épocas muy antiguas hasta épocas recientes. Esa idea no ha calado entre mis colegas, ni en la Escuela, espero algún día poderla liderar para que sea una realidad. Estas críticas son más en el sentido constructivo y no en el sentido de añoranza o de

reclamo, siendo más una invitación a mis colegas a que pensemos en ese sentido de mayor convergencia hacia la historia de una región; en especial, porque en los dos Santanderes hay regiones demasiado importantes y llamativas para hacer un trabajo a cinco o seis años, con unos fondos aceptables para producir una gran información que beneficie a toda la región y, ante todo, que reivindique y pueda posicionar un sentido de identidad y de patrimonio cultural histórico mucho más visible, mucho más abierto que el que tenemos actualmente, porque, aún con esos elementos, a mí me parece que la producción intelectual de la Escuela es alta.

Yo quiero reconocer que los profesores de la Escuela, en mi entender, son docentes con altas calidades académicas, muy bien formados, por eso, dentro de las fortalezas del programa está el contenido multidisciplinar que tiene la carrera y que tiene el programa de Historia; por el hecho que hay en el cuerpo docente varias disciplinas representadas. Aunque, infortunadamente, a veces minimizados o desprestigiados por los estudiantes, porque ha habido momentos en que hay muchas voces de inconformismo y esto le ha hecho daño a la Escuela. Ante eso, yo creo que faltaría un poco de mayor generosidad profesional, de mayor aceptación, de mayor humildad, dejar ser tan arrogantes como historiadores y como intelectuales, buscar convergencias hacia posibilidades de una integración y de una mayor posibilidad de desarrollo, no sólo de la Escuela sino de la región.

Respecto a la producción ya escrita, es indudable que el profesor Armando Martínez tiene los honores máximos por todas sus publicaciones reconocidas a nivel regional, nacional e internacional. Detrás de él, en el mejor sentido de la palabra, en el sentido que también lideramos diferentes líneas, está cada uno de nosotros,

pues hemos producido libros, artículos, damos conferencias y tenemos una producción intelectual que yo creo que sería de buena a muy buena. Eso no quiere decir que ya hemos logrado la cúspide, sino que al catalogarla como de buena a muy buena, nos invita a cualificarnos más y a luchar por esa convergencia, con esa posibilidad de hacer historias regionales en un sentido mucho más amplio.

En el área que desarrollo, se han logrado hacer aportes al programa en el componente académico; también en investigación como lo he mencionado, y con en el Museo Arqueológico. Creo que esos son los mayores aportes, considerando que a futuro vamos a fortalecer cada uno de los campos de esta parte académica.

Ahora, con respecto al Museo Arqueológico, se debe entender que es un proyecto que está en gestación, un museo no se forma de la noche a la mañana porque es un sueño que se va a construyendo, esto lo venimos pensando hace muchísimos años, quizá unos 17, 19 años, y quizá ahora es el momento en que se materializa ya con un espacio físico, con una colección, con una sala, con una página web que aparecerá hacia el segundo semestre del año 2013, pero todo esto se está construyendo. Y esto, va paralelo también con un proyecto que hemos venido hablando con directivos de la universidad, con el gobierno universitario, y que creo que en el segundo semestre de 2013 también vamos a trabajar duro, una idea que hemos llamado el "Museo Universitario", el cual será un museo que va agrupar el Museo Ecológico, el Museo de Biología y un Museo Tecnológico y donde el Museo Arqueológico sería un componente. Claro está que eso tendría un estructura y una infraestructura mucho más grande, pero son temas que entraríamos a dialogar con el rector y con el gobierno universitario.

Esto solamente es una idea en ciernes, de todas maneras ya es una realidad el "Museo Arqueológico del Gran Santander" adscrito a la Escuela de Historia. Además de esto, entrará también en una alianza en términos de patrimonio documental con el Laboratorio de Restauración, es decir, son dos unidades académicas e investigativas de formación que tienen los estudiantes de la carrera de Historia, en tanto los dos se ocupan del patrimonio documental. Debemos recordar que el patrimonio documental también se presenta en los vestigios materiales arqueológicos y los vestigios materiales escritos a través de los documentos y los archivos. Entonces hay una convergencia en ese sentido documental, y por lo tanto, el Centro de Restauración y el Museo parece que van a configurar una unidad académica o investigativa y de extensión.

Puedo decir que con mis 23 años de pertenecer a la Universidad y 12 años de estar con la Escuela, el balance a nivel personal ha sido muy fructífero. Estoy muy agradecido con la región, con la universidad, con mis colegas, con la Escuela, y creo que aquí he dado mi juventud. El único reclamo que yo tengo y que insisto, es la marginalidad a la que he estado sometido, quiero entender que ha sido un poco por la soberbia intelectual que a veces tienen los investigadores, pero que no ha habido una mala fe en el sentido de negarme como persona.

Ya en el sentido colectivo y social, pues es muy satisfactorio que vengan egresados, que hoy tengamos egresados inclusive de jefes, que hoy tengamos egresados en nuestra Escuela y que muchos estén en empresas importantes, los cuales vienen a saludarnos y reconocer nuestra labor, participando en las programaciones académicas que hacemos. Por supuesto, también es importante que estemos sometidos a la crítica, porque creo que lo más importante es que los estudiantes

no pierdan ese derecho que es distanciarse, tener autonomía y tener crítica y autocrítica. Lo que pasa es que la crítica no debe ser unilateral, sino que debe estar en contextos, es decir, que se involucre también el actor de la crítica; por eso, creo que ese es también otro paso que debemos hacer o que debemos dar en la Escuela, nos hemos quedado en la crítica desde fuera, pero no hemos hecho una autocrítica que es bien necesaria.

En este balance no se puede dejar a un lado, aquello de la doble titulación en Historia y Archivística. Me aparto de esa idea porque considero que los estudiantes de Historia no van a recibir doble titulación, sino que el título se hace más amplio y que el historiador va a tener un título de historiador y archivista, esto quiere decir que ese "y", como todos lo sabemos es incluyente. Eso quiere decir que el historiador va a tener una posibilidad teórica y una posibilidad técnica para que él pueda ejercer con una mayor oportunidad y con más fuerza en el mercado laboral. Entonces el estudiante de Historia, digámoslo, tiene una opción que es la más ponderada, correspondiente al propósito capital de la carrera que es ser investigador en la ciencia de la Historia o puede ser investigador en Archivística, porque la Archivística no la podemos entender solamente como una técnica debido a que es una ciencia en formación, pues también tiene un cuerpo teórico, tiene una serie de elementos conceptuales y, por supuesto, herramientas metodológicas y técnicas. Entonces el historiador lo que ampliaría sería su nivel de contexto y de integración disciplinar, es decir, es un componente disciplinar científico que le va a permitir un mayor desarrollo, en términos de su ocupación laboral, pero también en términos de su proyección como investigador. En ese sentido, yo no entiendo esta reforma como doble titulación, sino que la entiendo en que se han abierto digamos, las posibilidades; así quiero yo entender y así quisiera que los estudiantes pudieran valorar esto. No

es que ahora impulsemos que la investigación histórica se debe desconocer o minimizar, quitarle, o restarle importancia, sino al contrario, es posicionar la idea que la Archivística también es un área de conocimiento que tiene su propio desarrollo investigativo y que puede producir o generar posibilidades laborales. En ese sentido, creo que el paso que se ha dado ha enriquecido la formación del historiador.

Finalmente, esta reflexión de los 25 años me permite de una manera desapasionada y de una manera convergente hacer todos estos comentarios. Mandarles un mensaje también a mis estudiantes, que han sido muy críticos con mi estilo o mi manera pedagógica, pero sí quisiera ponderar el trabajo mío y el de los demás profesores de una manera más objetiva y más dispuesta a construir que a destruir. También que fuera mucho más vehemente su participación, más sentida y más cálida su relación, que cada estudiante sea más comprometido con la formación y construcción de una Escuela que tiene un gran potencial, que tiene un cuerpo de profesores importante, prestigioso y de excelente calidad, junto a una gran mayoría de estudiantes que son muy inteligentes, de mucha capacidad y ante todo jóvenes con mucho potencial para que ojalá, cuando nos volvamos a reunir en los próximos 25 años de la Escuela, podamos entonces decir: hay nuevas generaciones en la Escuela, lo que nosotros hicimos fue muy pequeño porque los logros dentro de 50 años van a ser inmensos.

AMADO ANTONIO GUERRERO RINCÓN

Economista. Magister en Historia de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Profesor de la Universidad Industrial de Santander.

Soy economista, egresado de la Facultad de Economía de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia en 1986. Tengo Magíster en Historia de la misma universidad, graduado en 1989 y tengo un DEA (Diploma de Estudios Avanzados) en Historia de Iberoamérica de la Universidad Internacional de Andalucía y culminé los estudios de doctorado, estudios académicos, la fase académica y la fase de investigación de los estudios de doctorado. Actualmente estoy escribiendo la tesis doctoral.

Llegué a la UIS a finales de 1989, cuando la UIS realizó una convocatoria pública para contratar un profesor para Historia de América Latina, fui favorecido con el concepto y gané el concurso. En ese momento, la carrera de Historia se llamaba Departamento de Ciencias Sociales que tenía dos programas: Trabajo Social e Historia. Llegué a la Escuela de Historia porque buscaban un magíster, y yo soy Magíster en Historia graduado en el área de Ciencias Sociales, es decir, yo reunía esos requisitos. Por tal motivo fue sencillo aplicar; además, mi tesis fue en Historia, mi tesis de pregrado es en Historia Económica y mi experiencia como investigador es en Historia Económica. Duré vinculado con la Escuela de Historia desde el 92 hasta el 2006, año en que me trasladé a la Escuela de Economía.

En 1992, coordiné el VIII Congreso de Historia de Colombia, el cual significó, en su momento, una revolución porque se pasó de las comisiones amplias a los temas de investigación, es decir, a los simposios. Para ese entonces, yo insistía en la necesidad de separar lo que era Trabajo Social de Historia porque se me hacía muy difícil interactuar en mi trabajo. En los Consejos del Departamento, en las reuniones, en los claustros, se hablaba de todo lo habido y por haber, por lo tanto, insistía que era necesario abrir las dos Escuelas y dejar de lado el Departamento de Ciencias Sociales. En el discurso de inauguración del Congreso, en ese momento, se incluyó la decisión de crear la Escuela, y a partir de ese momento se protocolizó que nosotros nos íbamos a separar. Es así, como la universidad tomó la decisión de pasar de los departamentos a las Escuelas.

Las relaciones en la Escuela en ese tiempo fueron muy buenas. En la actualidad, entiendo que tienen algunas dificultades, pero anteriormente existía mucha camaradería, el que quería ser director de Escuela sencillamente lo apoyábamos, le colaborábamos, había mucha preocupación por la investigación, por la Archivística, por la creación del Centro de Documentación y por sacar adelante la maestría, por sacar adelante la Especialización en Historia que nunca se hizo, teníamos dos revistas y había trabajo para todos. Además, estoy muy agradecido con todos los profesores, por sus trabajos intelectuales: Armando Martínez, Jairo Gutiérrez, especialmente con ellos dos, Liliana Cajiao, Armando Gómez.

Como investigador, participé en el Proyecto de Ordenamiento Territorial, lo que fue el poblamiento de las provincias, eso en los macro-proyectos en los que estuvimos varios profesores, pero a nivel individual he investigado mucho. La Escuela de Historia hace grandes esfuerzos para mejorar la producción intelectual, siendo

notoria y destacable la participación de Armando Martínez y Jairo Gutiérrez que son investigadores muy reconocidos y muy consagrados. También creo que hay otros profesores que por su vinculación reciente o por su especialización temática, están siendo muy reconocidos. En este momento no participo de la producción intelectual, pero todavía estoy vinculado con la Escuela, me buscan como director o como evaluador de los trabajos.

El balance que puedo hacer durante estos 25 años de la Escuela es muy bueno. Pienso que para la región ha sido muy importante que exista una Escuela de Historia dado el carácter técnico de la Universidad Industrial; en Ciencias Humanas, en todo el nororiente colombiano no hay más programas de Historia. Entonces yo diría que nos ha ido muy bien y esperamos no otros 25 años, sino 500 años formando buenos historiadores.